

TEATRO de José De Jesús Martínez

CAIFAS Y OTRAS PIEZAS



COE

TEATRO DE JOSE DE JESUS MARTINEZ



**COLECCION
SEPTIMO DIA**

JOSE DE JESUS MARTINEZ

TEATRO

CAIFAS

ENEMIGOS

EL MENDIGO Y EL AVARO

LA VENGANZA

LA RETRETA



EDITORIAL UNIVERSITARIA
CENTROAMERICANA, EDUCA

Primera Edición
EDUCA, Centroamérica, 1971.

Reservados todos los derechos.
Hecho el depósito de ley.

© EDITORIAL UNIVERSITARIA CENTROAMERICANA (EDUCA)
Organismo de las Universidades Nacionales Autónomas de Costa
Rica, Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua.
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio — San José, Costa Rica.

Impreso por Trejos Hnos. — San José, Costa Rica.

C A I F A S

(Un prólogo y tres actos)

Personajes, según el orden en que aparecen:

MARTA
MUJER
CAIFÁS
MUCHACHO
SACERDOTE
TRES FIELES
JUDAS
PILATOS
CENTURIÓN

Las decoraciones serán esquemáticas.
Salvo las veces que se indiquen, todas las entradas
y salidas se harán por la izquierda.
En Jerusalén, tiempos de Jesús.
Derecha e izquierda, las del público.

A Constantino Láscaris Comneno

PROLOGO

Patio trasero de la humilde casa de Samuel, una de cuyas esquinas asoma por la izquierda. Convenientemente situados: un arado dormido, una quesera y un corral.

(Entra Marta casi a la carrera. Viene desconsolada, perseguida por la pena. No tarda el llanto en desbocársele. Va hasta el extremo derecho de la escena y se sienta a llorar sobre el muñón de un árbol. Inmediatamente después entra una Mujer, amiga vieja de Marta, buscándola por todas partes. La ve y se dirige a ella).

MUJER:

¡Mujer! Pero, ¿qué haces, mujer? No lo tomes así. Domina ese llanto de una vez. Regresa y atiende a los invitados. *(Marta no le hace caso)*. Vamos, Marta, enjuga el llanto, enjúgalo ya. Estas cosas no se pueden tomar así. Debiste preverlo desde el día en que enfermó. Samuel no tuvo nunca esa fortaleza de los antiguos patriarcas para que te sorprenda ahora su muerte. Y aún aquellos sucumbieron al fin. Así es que resíg-

nate. Ven, enjuga el llanto y regresa a atender a los que vienen a ofrecerte su pésame. Fue de muchos amigos Samuel. Supo ganarse la amistad de todo aquel quien le trató. Ven, Marta, ven. (*Marta se recupera un poco. Pausa*). Pero enjúgate bien el llanto. Toma. Sécate, (*Le ofrece un pañuelo*). Que no te vea tu hijito así. Que no comprenda. (*Marta recuerda a su hijo y se deshace de nuevo en llanto*). ¡Por favor, Marta! ¡Basta! ¡Basta ya de lágrimas! ¡Tienes que salir a atender a los que te vienen a ofrecer su pésame! ¿Quieres acaso que piensen que la mujer de Samuel es débil? No, ¿verdad? Samuel fue un hombre fuerte... moralmente. Y tú, tú debes seguir su ejemplo.

(Ha entrado Caifás, el Sumo Sacerdote. Se dirige lentamente hacia las mujeres. Es gordo, bajo y con espesas barbas grises).

MUJER:

¡El Sumo Sacerdote, Marta! ¡Caifás! ¡Domínate! (*Marta no le hace caso*).

CAIFÁS:

(*A la Mujer*). Tú. Vete. Déjanos solos.

(La Mujer, haciendo las debidas reverencias sale).

Marta. (*Indiferencia de Marta*) ¡Marta! (*Marta deja de llorar un poco*). ¿Qué te sucede, Marta?

MARTA:

Samuel, Excelencia. Ha muerto.

CAIFÁS:

Sí. Y a tí, ¿qué te sucede? ¿Por qué lloras?

MARTA:

Samuel..., mi esposo...

CAIFÁS:

Sí. Samuel ha muerto. ¿Y es por eso por lo que lloras? (*Gestos afirmativos de Marta*) Hija, sabe que todos los hombres mueren, tarde o temprano. Unos mueren de mañana, otros de noche, pero al día siguiente todos están muertos.

MARTA:

Pero Samuel... Samuel era mi esposo..., el padre de mi hijo. Y ahora, ¿dónde está? (*Llamándolo, hacia dentro*) —¡Oh, Samuel...!

CAIFÁS:

El también era hombre, y esto es un pecado que se paga con la muerte.

MARTA:

No. El no tenía pecados. Era puro. El no merecía esto, Excelencia. ¡Oh! ¿Cómo pudo Dios quitármelo? ¿Cómo pudo hacerlo?

CAIFÁS:

No te lo ha quitado, Marta. Te lo ha puesto en otro sitio. En otro sitio infinitamente mejor que éste. En el seno de Abrahán, cerca de la gloria de Dios.

MARTA:

Samuel no era un gran hombre, Excelencia. Fue, sencillamente, un hombre bueno. Para él nada había mejor que jugar con su hijo, terminadas las faenas del campo, y después dormir en cama limpia, o hablar conmigo... *(Se sorprende recordando y llora nuevamente)*. Esto era, para él, lo mejor. El no era un gran hombre.

CAIFÁS:

No conocía nada mejor que esas cosas simples...

MARTA:

(Sin ánimos de convencerle). El era un hombre simple.

CAIFÁS:

No conocía aún nada mejor. Sin embargo, confía en que ahora...

MARTA:

Ni lo conoce nadie; ni nadie está seguro de ello. Y hasta hay muchos que creen que detrás de esta vida no hay nada.

CAIFÁS:

Sí, los saduceos. Pero cuando no puede verse algo no sólo cabe que no exista. Cabe también que el ojo no lo vea, que no pueda comprenderlo el entendimiento. El aire, tú no lo ves, el aire, y sin embargo...

MARTA:

Yo sólo sé que Samuel no se mueve; que está frío, que lloro y no le importa. Que no está aquí, donde a él

le gustaba estar, ¡donde mejor podía estar! Y que no veo que esté en otro sitio. Y Samuel no es aire: Era carne, tibio, dulce.

CAIFÁS:

Esté Samuel en donde esté, ya no volverá a morir, porque los muertos son inmortales. Y esto, de algún modo, es un consuelo, Marta.

MARTA:

A mí ya nada puede consolarme, como no sea Samuel mismo. Quiero a Samuel, aquí.

CAIFÁS:

Aquí se muere, se sufre, Marta.

MARTA:

¡Lo quiero aquí! ¡Aquí! ¿Cómo pudo Dios quitármelo? ¿Por qué me odia Dios así? El era puro, bueno. El no merecía esto.

CAIFÁS:

¡Basta de blasfemias, mujer! ¡Pon atención...!

(Entra un Muchacho, pero se queda inmóvil y mudo de respeto al ver a Caifás).

CAIFÁS:

Tú, ¿qué quieres, muchacho?

MUCHACHO:

Me dijeron que Marta quería verme, Excelencia.

MARTA:

(Viendo a Caifás, recelosa e indecisa) Eh . . . , ven más tarde. (El Muchacho se aleja. Violenta transición de Marta que se limpia los ojos resueltamente). ¡No! ¡Ven! ¡Acércate! (Lo hace el Muchacho) ¿Conoces a ése que llaman Jesús?

MUCHACHO:

(Volviendo a ver a Caifás). No. Yo no.

MARTA:

(Enojada). ¡Se te ha visto seguirle! ¿Conoces a ése que llaman Jesús?

MUCHACHO:

(A Caifás). Una vez le seguí, por curiosidad, pero no le conozco, Excelencia.

MARTA:

Bien. Anda a buscarle y dile que una mujer desesperada quiere verle en casa de ella. (Se quita alguna joya, algún collar). Toma, dale esto. Para sus pobres.

MUCHACHO:

(Mirando siempre de soslayo a Caifás). No sé si podré encontrarle.

MARTA:

Dicen que a estas horas acostumbra pasearse con sus discípulos por las laderas del monte. Corre, ve a buscarle inmediatamente.

(Sale el Muchacho. Pausa. Caifás la observa largamente).

MARTA:

(No soporta y comienza de pronto a defenderse sin que se le reprochara nada abiertamente).

¡Ese hombre hace milagros, Caifás! ¡Resucita muertos!

CAIFÁS:

¿Lo has visto tú? No a él, sino a esos muertos que dicen ha resucitado. *(No recibe respuesta)*. ¿Les has visto tú, Marta?

MARTA:

No. Yo no. Pero lo dicen. Todo el mundo dice que es el Mesías. ¡Todo el mundo lo dice, Caifás!

CAIFÁS:

¡Otro farsante que quiere explotar la miseria de nuestro pueblo! ¡No hemos visto al uno cuando ha aparecido ya el otro! Como si un mal viento los plantara de noche. Ultimamente fue aquel tuerto que no se dignaba ver el mundo sino con un solo ojo. Luego ese otro, Juan Bautista, disfrazado de camello. Y ahora este otro, Jesús. Farsantes todos, Marta. Cada uno de ellos.

MARTA:

No me importa que sea farsante. Dicen que puede resucitar a los muertos.

CAIFÁS:

Y quieres que resucite a Samuel. ¿Es eso? (*Gesto afirmativo de Marta*). ¿Crees tú que él podría? ¿Lo crees verdaderamente?

MARTA:

(*Resuelta*). Si. Creo. (*Defendiéndose*). Le han visto, Excelencia. Todo el mundo lo comenta. Resucitó a un hombre llamado Lázaro, y a la hija de un jefe llamado Jairo. Lo ha hecho frente a centenares de gente.

CAIFÁS:

Oyeme, Marta. Yo te digo que no ha sido ese Jesús quien ha hecho los milagros, sino esos centenares de gente. La imaginación, la fe, las ganas de cada uno de ellos, pujando al unísono...

MARTA:

¡Pues yo tengo la suficiente fe y ganas para resucitar a veinte muertos!

CAIFÁS:

No fue eso lo que quise decirte.

MARTA:

(*Sin haberlo atendido*). Y Samuel no está lejos... Todavía ayer por la mañana hablábamos de la salud de nuestros animales, y de cuál sería el remedio apropiado. (*Volviendo a ver su casa*) ¡No está lejos! ¡No me sería difícil volver a traerlo aquí, con su mujer, con su hijo! (*Rompiendo a llorar de nuevo*). Porque yo no puedo vivir lejos de él.

CAIFÁS:

A la hora de haber muerto un hombre, tiene siglos de estar muerto. Resígnate, Marta, o te romperás la cabeza contra ese muro.

MARTA:

(Recuperándose rápidamente). ¡O romperé el muro con la cabeza, porque no me resignaré nunca! Ya el mundo de por sí es inícuo para que vengan ahora esta soledad y este dolor a sentárseme encima. No merezco esto, Excelencia. No lo merezco. Ni Samuel tampoco. ¿Cómo pudo? ¿Cómo pudo Dios?

CAIFÁS:

¿Te has asomado bien a tu corazón para que digas así, que no mereces este castigo? ¿Es tan pura y sin pecado tu vida, y la de Samuel, para que pueda justificar esta actitud insolente frente a tu Creador? ¿Te has asomado bien a ese pozo, Marta?

MARTA:

Asómate tú, Excelencia. Asómate tú y dímelo a mí. Yo no guardo secretos.

CAIFÁS:

(Desorientado). De todos modos, aunque estuviera limpio tu corazón, eres hija de mujer, y como tal has recibido en herencia los pecados de tus ascendientes.

MARTA:

Mi padre fue pastor; mi madre, lavandera.

CAIFÁS:

¡Tu madre fue Eva, y Adán, tu padre! De ellos has heredado el pecado que se paga con la muerte. El que recientemente ha pagado Samuel. ¿Por qué te extraña entonces que se muera Samuel?

MARTA:

Samuel y yo no tenemos que ver nada con Adán y Eva. ¿Por qué vamos a pagar por sus pecados?

CAIFÁS:

¡Porque ellos fueron tus padres! (*Transición*). Escúchame, Marta, por favor. Ofendes a Dios de esta manera. Y a mí también me ofendes. Es posible que no puedas comprenderlo, pero Dios es justo; y si El ha dispuesto que Samuel muriera, puedes estar segura de que ha obrado con justicia.

MARTA:

¿Que ha obrado con justicia? ¿Qué clase de justicia es ésa, que mata a Samuel, el hombre más bueno de la tierra, el más humilde? ¿Qué clase de justicia es ésa, Caifás?

CAIFÁS:

Justicia divina.

MARTA:

Pues yo quiero la humana. La del hombre más inícuo de Jerusalén no me hubiera matado a Samuel. Tan joven él, tan bueno, tan pobre. Tú conocías a Samuel, Excelencia.

CAIFÁS:

Sí. Le conocía.

MARTA:

Nunca hizo mal a nadie.

CAIFÁS:

Sí; lo sé.

MARTA:

(Desafiante). ¿Y crees que es justo que muriera?

CAIFÁS:

(Esforzándose en creerlo). Sí. Lo creo. Escúchame, Marta. Yo sé que tu dolor es grande, pero escúchame. En un principio el mundo era un paraíso. En su infinita bondad, Dios lo había creado para el hombre, para Adán y para Eva. Sólo les puso una limitación, les prohibió sólo una cosa; y he aquí que el hombre y la mujer cayeron en el engaño de la serpiente y cometieron pecado grave. Entonces los expulsó del paraíso con una espada de fuego y le dijo a Eva: "Parirás a tus hijos con dolor", y a Adán: "Te ganarás el pan con el sudor de la frente", y a los dos: "Y conoceréis la muerte". Esto, Marta, ¡es justo! (Pausa). ¿Comprendes?

MARTA:

No comprendo cómo pueda ser castigado parir al hijo. Antes bien, considero maldita la mujer que no ha gozado de ese dolor.

CAIFÁS:

Bien. Sí. Pero, ¿y lo de la muerte? ¿Comprendes eso?

MARTA:

¡No! ¡Samuel no debió morir! ¡Eso fue injusto!

CAIFÁS:

Marta, Marta, yo sé que tu dolor es grande, pero mira sobre él; que no te ciegue. ¿No ves que no sólo es el pecado de Adán el que tenemos que purgar? Como si ése fuera poco, hay muchos más en nuestro haber: los de cada uno de nosotros y todos esos que nos caen de nuestros ascendientes: los de los que quebrantaron las leyes de Moisés, los de los que se fabricaron ídolos de oro, los de Sodoma y Gomorra. Estos pecados nos caen encima, como piedras, y la muerte sobreviene necesariamente. Esto es justo, Marta, ¿Conoces tú la historia de Sodoma y Gomorra?

MARTA:

Sí.

CAIFÁS:

Pues eres hija de aquella gente perversa, y en su pecado fuiste engendrada. Carga entonces con la responsabilidad de ser mujer, de pertenecer a la familia humana, y no niegues a tus padres. Este es el precio. (*Pausa*). ¿O es que también tú quieres contribuir a agravar con tu rebeldía la culpa que has heredado? Tú tienes un hijo. ¿Quieres tú tirarle una piedra más, acrecentarle su tajada de dolor, su patrimonio de culpa?

MARTA:

(Le han dado en su punto débil). ¿Mi hijo? No, Excelencia. ¡No! ¡No!

CAIFÁS:

Soporta, entonces. Este es el precio.

MARTA:

(Vencida ya). Pero, ¿por qué tenía que ser Samuel, y no otro, quien muriera?

CAIFÁS:

(Comprende que ha ganado). Los que no murieron ayer, morirán hoy. Pero mañana todos estarán muertos.

MARTA:

¡Es un Dios terrible Jehová, Excelencia!

CAIFÁS:

Sí, Marta, es un Dios terrible, y vengador hasta el último ochavo. Pero tú le amas, ¿verdad? *(Débiles gestos, pero afirmativos, de Marta).* Entonces comprenderás cómo le ofendes al rebelarte contra su castigo, su justo castigo, Marta. Debes resignarte y sufrir la pena, y saber que la mereces. Debes aceptar la muerte de Samuel. Debes aceptar la vida como es, sus dos caras.

MARTA:

(Queriendo de nuevo romperse en llanto). Sí, sí, pero, ¿por qué pecó Adán? ¿Por qué Sodoma y Gomorra, y todo el pueblo de Israel y todo el mundo? ¿Por qué tuvieron que hacerme tan desgraciada?

CAIFÁS:

Arrepiéntete por ellos. Arrepiéntete de sus pecados. Ese es tu único consuelo. Aparte, claro está, de que el espíritu de Samuel vive ahora cerca de la gloria de Dios. Pero por lo que a tu dolor se refiere, sólo el arrepentimiento tienes de consuelo.

MARTA:

¿Encima de todo esto he de arrepentirme? Samuel y yo no tenemos pecados, Excelencia; siempre fuimos...

CAIFÁS:

(Interrumpiéndola violentamente). ¡Los heredásteis! ¿O es que crees que Dios es injusto? ¿Es que tú crees eso Marta? *(Débiles gestos negativos de Marta. Caifás la aborda ahora con dulzura).* Marta, yo amo a Dios con todas mis fuerzas, y por eso amo cuanto su mano, con infinita justicia, con infinito amor, ha hecho; y por eso sufro inmensamente cuando una de sus creaturas le quita el habla, o le mira con el ceño fruncido y el corazón oscuro, o critica la obra de sus manos. *(Pausa).* Sonríele, Marta. Sonríete.

MARTA:

No... puedo.

(Pausa. Caifás guarda silencio dolorosamente. No se lo puede exigir de corazón).

CAIFÁS:

Sólo resígnate entonces. Y sabe, por sobre todas las cosas, que Dios es justo.

(Marta llora, pero resignadamente. Ha entrado de nuevo el Muchacho, por la derecha).

MUCHACHO:

¡Marta!

MARTA:

¿Qué? Acércate.

MUCHACHO:

Toma. No lo quiso. *(Le devuelve la joya)*. Dijo que sus pobres eran ricos . . . , o algo así.

MARTA:

(Sin darle esa importancia que antes habría tenido para ella).

¿No quiso venir?

MUCHACHO:

Sí. Está aquí, afuera, en el portal, esperándote.

(Marta mira por un segundo al Muchacho, extrañada; luego va a algún sitio desde donde pueda ver el portal, que se supone a la derecha, fuera de nuestra órbita visual).

MARTA:

(La mirada fija en él, embelesada). ¿Aquél es?

MUCHACHO:

Sí.

CAIFÁS:

¡Marta! (*Marta ni lo oye*).

MARTA:

¿Cómo le has encontrado tan rápidamente? ¡Si acabas de salir!

MUCHACHO:

No sé... Venía por el camino.

MARTA:

(*Extrañada, pero sin poder quitar los ojos de Jesús*).
¿Venía para acá, dices?

MUCHACHO:

No. Yo no sé. Había mucha gente con él, pero les dijo que se fueran.

CAIFÁS:

(*Con sorna, viendo a Jesús por un segundo*). ¿Y no era éste a quien le gustaba hacer milagros frente a la gente? ¿Por qué les dijo que se fueran?

MARTA:

(*Sin poder quitar los ojos*). ¿Pero venía por el camino? ¿Te parece que venía ya para acá?

(*Pausa. El Muchacho mira a Caifás y no contesta. Caifás advierte en Marta un cierto brillo en los ojos y un movimiento inicial hacia Jesús*).

CAIFÁS:

¡Marta! ¡Tu hijo!

(La dura voz de Caifás rompe el hechizo. Marta reacciona, vuelve a ver a Caifás y se desboca de nuevo en llanto).

MARTA:

(Al Muchacho). Dile... que ya no le necesito. Que se vaya.

(El Muchacho queda inmóvil, desconcertado).

CAIFÁS:

Anda, anda, muchacho. Dile que en esta casa se respeta la voluntad de Dios. Que se vaya a otra parte con su charlatanería.

(El Muchacho sale por la derecha, desconcertado aún).

CAIFÁS:

(A Marta, con emoción). El ojo de Dios está ahora sobre ti, Marta. ¡Gracias! Ven, vamos a velar el cadáver de Samuel, y a que acompañes a tu hijo. Ven.

(Salen los dos por la izquierda).

FIN DEL PROLOGO

PRIMER ACTO

En las graderías del templo de Jerusalén, algunos días más tarde.

(Entran a escena un Sacerdote joven y tres fieles: uno con gorro, otro con joroba y un tercero muy flaco).

EL DE LA JOROBA:

Peor está siendo éste. Ese año que dices tú también tuvimos langostas, es cierto, pero los graneros estaban aún llenos de la cosecha anterior.

EL DEL GORRO:

Y el ganado. No hubo peste ese año, y el ganado no se podría vivo como ahora.

EL FLACO:

Pues yo digo que peor fue aquel año.

EL DE LA JOROBÁ:

Es la ira de Dios que se ha desatado contra nosotros, como dice el Sumo Sacerdote. La mano pesada de Dios. Nunca ha habido tantas desgracias como ahora. Por todas partes se ve el duelo y se huele a muerte. De noche es interminable el campanileo de los leprosos que bajan a la ciudad a buscar desperdicios. Es la ira de Dios, como dice Caifás, el Sumo Sacerdote.

SACERDOTE:

Ciertamente. Y ya sabéis cuál es el único remedio que existe para tantos males: El arrepentiros..., el enmendaros...

EL DE LA JOROBÁ:

No es por nosotros. Dice Caifás que estamos pagando los pecados de toda la historia de Israel.

SACERDOTE:

Tú eres Israel, Jacob.

EL DE LA JOROBÁ:

No encontrarás tantos pecados en mi vida.

EL DEL GORRO:

Sin embargo no tiraste tu piedra aquel día, cuando se juzgaba a la mujer adúltera. No la tiraste, Jacob. Yo estaba ahí detrás, mirándote.

SACERDOTE:

¿Qué adúltera es ésa? ¿De qué habláis?

EL DEL GORRO:

De una adúltera que íbamos a lapidar. La mujer de Melquí, el herrero. Pero en ese momento llegó ese que se hace llamar Jesús y dijo que tirara la primera piedra aquel que estuviera limpio de pecado. Y Jacob no la tiró.

EL DE LA JOROBA:

¿Y tú? ¿La tiraste tú, acaso?

EL DEL GORRO:

No, pero yo no digo que mi corazón sea puro. Por el contrario, me sé pecador y acepto estos tiempos malos como castigo a mi maldad. Aunque se esté muriendo todo mi ganado y ya sólo me reste una decena de reses flacas.

EL FLACO:

¡Sacerdote, haz callar a estos impíos que blasfeman incluso aquí, en las puertas del templo!

SACERDOTE:

Es cierto. Calmaos. No es menester acalorarse así. Pero, ¿por qué dices eso de blasfemar, Abías? Aquí no blasfema nadie.

EL FLACO:

Blasfemar es creer que porque tenemos plaga de langostas y un poco de peste, Dios nos castiga. Yo digo que no merecemos ni el castigo de Dios.

EL DE LA JOROBA:

Eso lo dices tú porque tu negocio de usura florece espléndidamente a costa de nuestra miseria. No, para ti no es un castigo, es una bendición. (*Al Sacerdote*). Cobra por intereses la tercera parte de lo que presta, Sacerdote.

EL FLACO:

No obligo a nadie a aceptar mi dinero.

EL DE LA JOROBA:

¿Y eso te da derecho para explotar a los que acuden a ti obligados por la miseria?

SACERDOTE:

Basta ya de gastar aliento en disputas sobre necedades. Guardadlo para confesar a Dios vuestros pecados.

EL FLACO:

Estos son unos necios, Sacerdote. La vida siempre ha sido así, dura de llevar. Siempre ha habido plaga de langostas y pestes y miseria. Y ése no es motivo para creer que Dios nos castiga.

EL DEL GORRO:

Siempre ha habido todas esas cosas, es cierto; pero sí, no cabe duda de que la ira de Dios está sobre nosotros. Es la única razón por la cual podemos soportarlas en silencio.

SACERDOTE:

(*Sarcástico*). ¿En silencio?

EL DEL GORRO:

Sí. Por saberlas venidas de la mano de Dios como justo castigo, según dice el Sumo Sacerdote.

EL DE LA JOROBA:

Yo estoy dispuesto a presentarme desnudo en medio de la plaza seguro de que no escandalizaría a nadie con mis pecados. No merezco esa hambre de mis hijos, pues. ¡Y esos campanilleos de noche, que no dejan dormir! ¿Cómo voy a merecer estas cosas? ¿Acaso he asesinado? (*Mirando al Flaco*) ¿O robado?

EL FLACO:

Que no mereces la vida, di. Porque la vida es esto, así.

EL DEL GORRO:

Dice el Sumo Sacerdote que los pecados se heredan. Que no basta que un hombre muera para que se considere saldada su cuenta. Así lo dice. Que la heredan sus hijos, y luego los hijos de sus hijos. Tú lo oíste, Jacob.

EL DE LA JOROBA:

Sí. Pero que me registren, y a mis padres, y a mis hijos, y que nos digan si nos merecemos esa dispensa vacía.

EL DEL GORRO:

¡Estás diciendo que Dios es injusto, Jacob! Porque es El quien dispone de todas las cosas.

EL DE LA JOROBA:

No. Sólo digo que no merecemos estos tiempos.

EL FLACO:

¡Blasfemia! ¡Blasfemia! ¡Y aquí en las gradas del templo! ¡Sacerdote, es tu obligación hacer callar a esta gente!

SACERDOTE:

¡Silencio, necios! ¡Ahí viene el Sumo Sacerdote! ¡Que no os oiga hablar así! ¡Callaos!

(Entran por la derecha, bajando del templo, Caifás y Marta. Ella trae en brazos a un niño dormido envuelto en una manta. Caifás ha podido oír la última parte de la conversación)

CAIFÁS:

(A Marta). Vete a casa. No te olvides de seguir al pie de la letra las instrucciones de los médicos. Tu hijo sanará. Ya no mana de tu pecho aquella leche amarga con la que le amamantaste el día en que murió Samuel. Ahora se te ha vuelto dulce y mansa. ¡Sanará! ¡Tiene que sanar!

MARTA:

(Resignada). Sea ésa la voluntad de Dios.

CAIFÁS:

Esa es; yo te lo digo. Vete tranquila ahora.

(Marta sale).

CAIFÁS:

(A los fieles). He aquí a una mujer dócil a la voluntad de Dios.

EL DEL GORRO:

¿Quién? ¿La esposa de Samuel, el que murió la semana pasada?

CAIFÁS:

La misma. Sobre su corazón pesan más dolores que sobre el de todos vosotros juntos, y sin embargo no se queja. Se resigna y se atiene a la voluntad de Dios. Ahora es su hijo quien se le ha enfermado, pero no se lamenta, ni se rasga las vestiduras en señal de protesta. Ora a Dios, pide clemencia; no pone en duda su justicia. (*Con deliberada mala intención, pues de sobra lo sabía*) Y vosotros, ¿de qué hablábais?

SACERDOTE:

(*Sonriendo*). Precisamente, Maestro...

CAIFÁS:

Sí, lo sé. No hay en todo el pueblo de Israel uno que no diga: "Dios es injusto conmigo. Yo no merezco este dolor". ¿Era eso de lo que hablábais?

EL DEL GORRO:

Yo les recordaba, Excelencia, que los pecados se heredan. Tú lo dices.

CAIFÁS:

Pero tú no lo has olvidado, ¿verdad?

EL DEL GORRO:

No, Excelencia. Guardo escrito en mi corazón todo lo que dices.

CAIFÁS:

(Más afirmando que preguntando). ¿Tú no te quejabas de que tus reses están agusanadas?

EL DEL GORRO:

Tú las has visto, Excelencia.

CAIFÁS:

(Enojado). Yo no he visto más que corrupción en vosotros y maldad! ¡No son sólo las reses las que tenéis podridas! ¡Y sin embargo os estáis quejando como el prisionero que no tiene delito! ¡Vamos, idos de aquí! ¡Pronto! ¡Marchaos! ¡Marchaos!

(Los fieles se retiran un poco atemorizados pero no se van del todo. Miran a Caifás con cierta rebeldía incipiente).

CAIFÁS:

Conozco esa mirada. Sé lo que están pensando. *(Viendo la de cada uno de ellos).* Es una mirada cruel, decidida, rebelde.

SACERDOTE:

No, Maestro, hablábamos...

CAIFÁS:

Yo sé lo que hablaban y también lo que callaban. Les conozco mejor de lo que se conocen ellos mismos. Bien. Bueno. Vamos a acusar a Dios. Nos atrevemos. *(A*

uno) ¿Verdad? (A otro). ¿Eh? Sentémosle aquí, en este banquillo. (Había uno por ahí, lo coloca). Ya está sentado Dios aquí. Frente a vosotros. (Con segundas intenciones). Señor, vienen a quejarse a Ti. No se irán hasta que no les respondas. Al parecer eres injusto. Todos los años hay pestes en este país. Mueren sus reses, sus mujeres, ellos mismos. Eres injusto, Dios. Te acusamos. Sí, es cierto, Tú hiciste el paraíso, le llenaste de flores, de animales mansos que miraban al hombre con sus grandes ojos inocentes, de riachuelos alegres, jóvenes, que serpenteaban entre los valles. Y todo era para estos. Pusiste todo tu cariño en la creación toda tu sabiduría. Y todo era para estos. Les prohibiste sólo una cosa. Pero ellos no tienen culpa de haber caído en el pecado de haberse revolcado en él, como cerdos. Ellos no tienen culpa. No. Mirales. Son inocentes. Fue la serpiente la que les indujo. Tú eres el injusto. Te rompieron el corazón, y tú entonces les condenaste a la vida, a la muerte, la peste, la miseria. ¡Oh, qué injusto eres, Dios! Te rompieron el corazón y te lo mordieron. Pero, a pesar de eso, son inocentes, buenos, puros. Mirales, Dios. Mira a Abías. (El Flaco baja el rostro). Si baja el rostro es por pudor, porque es puro, como una doncella. Mira a Jacob. Mirales. Todos son puros, buenos, inocentes. Tienen derecho a preguntar, a obligarte a que te defiendas, tienen derecho a acusarte. Van a pasar, uno por uno, frente a Ti. Te van a acusar, Dios. Abías, tú primero. (Abías hace mutis. Al del Gorro). Tú, entonces. (El del Gorro hace mutis). Jacob, ¿tú? (El de la Joroba no se mueve. Mira fijamente a Caifás, pero baja el rostro y también se va).

(Caifás queda en silencio, abatido. Se vuelve lentamente hacia el banquillo y detiene en él su mirada. De pronto tiene una mueca de asco en la

cara y lo pateo con odio. Se da cuenta de lo que ha hecho y deja caer la cabeza entre sus manos, meneándola).

CAIFÁS:

(Con dolor). ¡Oh!

SACERDOTE:

¡Maestro...!

CAIFÁS:

Ellos tienen razón. No merecen esto.

SACERDOTE:

¿Esto? No pasa nada, Maestro. Es un año como cualquier otro. Un poco más de peste, de miseria. Eso es todo. Pero la vida es así. Ellos mismos se dan cuenta.

CAIFÁS:

Esto, esto de morirse, de tener hambre, de comer carne infectada. Esto... que no tiene nada de raro, porque así es la vida. Así parece que la hizo Dios. Y sin embargo, Dios es justo. Pienso si no sólo se nos cobra los pecados de nuestros padres sino también los de los hijos que vamos a tener. Porque... esto de morirse, Sacerdote, de desprenderse de un día y caerse hasta el fondo del tiempo... ¿Has visto tú un cadáver?

SACERDOTE:

Sí. Muchos.

CAIFÁS:

¿Y... te parece... correcto..., justo? ¿Comprendes que sea eso .. justo?

SACERDOTE:

Sí, Maestro. Y el día en que no lo crea justo será porque piense que los hombres no lo merecen. Pero que no lo merecen porque la muerte no es una desdicha, sino, por el contrario, un estado de bienaventuranza infinitamente superior a lo que los hombres puedan merecer, por sus dos días de sacrificio aquí en la tierra.

CAIFÁS:

¿La muerte? Te hablo de la muerte, de gusanos.

SACERDOTE:

De la muerte del cuerpo, porque el espíritu continúa viviendo en el seno de Abrahán, en espera de que llegue el Mesías a llevarlo de la mano a la gloria eterna de Dios.

CAIFÁS:

Sí, sí, pero trata de explicar eso. Trata de explicarle a los hombres que esto de morir es una cosa de provecho. Tú les hablas y les hablas, y ya cuando crees que les tienes convencidos, ellos te muestran un cadáver, y entonces ya no tiene valor nada de lo que has dicho. Y les hablas de la justicia de Dios, y entonces te interrumpe un niño llorando de hambre, y uno no puede decir ya lo que iba a decir. Y además, que uno lo ha olvidado, lo que iba a decir. Con estas cosas frente a ti, ¿con qué argumentos vas a explicarles que Dios es justo? Y a los hombres hay que explicarles todo. Ellos no pueden creer sin comprender. por eso esta generación maldita, blasfema. Y yo sufro porque no puedo cumplir mi misión de sacerdote, porque no

puedo explicarles que a pesar de ese muerto y de ese niño, Dios es justo. Y yo sufro... (*Le duele*), porque también soy hombre.

SACERDOTE:

Uno no debe querer explicar los misterios, puesto que el entendimiento de los hombres es incapaz de comprenderlos. Deben aceptarlos simplemente.

CAIFÁS:

Pero, ¿no te das cuenta de que para que acepten algo sin comprenderlo se necesita que antes comprendan que tiene que ser así, y que lo que tú me dices es una explicación?

SACERDOTE:

No, no me explico nada. Creo con los ojos cerrados. Tú mismo me has dicho que es así como se va a Dios sin tropezar.

CAIFÁS:

Pero te he dado razones para que creas así. Y esas razones no le sirven ya a los hombres.

SACERDOTE:

(*Haciendo gestos negativos con la cabeza*). Por debajo de todo lo que me dice, creo con los ojos cerrados. (*Trancisión*). Tú mismo me has enseñado, maestro.

CAIFÁS:

(*Transige*). Bueno, sí, como quieras. Tú eres sacerdote. Tú puedes hacerlo. Pero los hombres no son como nosotros. Ellos necesitan comprender para creer. (*Transición*). Y nosotros mismos hemos de ser hombres de vez en cuando. (*Gestos negativos del Sacerdote*). Y de todos modos, tú, como sacerdote, tienes que defender a Dios frente a tanto muerto y llanto acusador. ¿Y qué vas a decir en su defensa?

SACERDOTE:

Que creo.

CAIFÁS:

Pero a los hombres, ¿qué les vas a decir?

SACERDOTE:

Que creo.

CAIFÁS:

Pero se trata de que crean ellos, que comprendan. ¿Y cómo les harás comprender si no lo comprendes tú mismo? Se trata de que comprendan que le deben a Dios obediencia y vasallaje. Yo soy sacerdote, Saúl, y creo, sobre todas las cosas; pero lo que te he preguntado es que si comprendes que la vida sea justa, que está hecha por un Dios justo. Si lo comprendes, como hombre, Saúl. Si lo puedes explicar.

SACERDOTE:

Sí, Maestro. Pagamos así el pecado de Adán. Tú lo dices.

CAIFÁS:

¿Qué tenemos que ver nosotros con Adán? A veces pienso si no es ése un mito para darle a los hombres un sentimiento de culpabilidad, de manera que acepten las tribulaciones de la vida resignadamente. Un mito para presentarnos a Dios justo a toda costa, contra todas las apariencias. (*Transición*). Por lo menos es así como le empleo yo.

SACERDOTE:

¡Maestro!

CAIFÁS:

Sí. Alguna clase de duda se ha apoderado de mí. Ahora lo sé. Le oigo de noche su trabajo de topo, su roer lento, llegándome ya a donde me creía invulnerable. Y sin embargo, creo. Estoy convencido plenamente de que Dios es justo. Porque le amo. Estoy convencido plenamente en mi corazón de que Dios es justo aunque pasáramos mayores calamidades, aunque no tuviéramos ninguna recompensa por estos dos días de sacrificios como dices tú. Pero, ¿dónde está el pecado de esta terrible penitencia? Yo quisiera verlo, fundamentar mi fe, para obligar a estos impíos a que inclinen la cabeza. (*El Sacerdote quiere decirle algo*). No, no me digas que Adán. Es grotesco eso. Ni que nuestros pecados. ¿Qué pecado puede tener Marta para merecer la muerte de su esposo, y ahora la enfermedad de su hijo? ¿Podrías decírselo tú a Marta? Tú conoces a Marta. ¿Podrías decírselo? (*El Sacerdote no contesta*). Yo se lo dije, pero me puse rojo de vergüenza.

(*Entra un Hombre*).

HOMBRE:

¡Excelencia!

CAIFÁS:

¿Eh? ¿Qué quieres?

HOMBRE:

(*Receloso*). Vengo a hablar contigo.

CAIFÁS:

Bueno, acércate. (*El Hombre lo hace*). ¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas?

HOMBRE:

Judas Iscariote.

CAIFÁS:

¿Y qué quieres, Judas Iscariote? (*Judas no contesta. Caifás nota su recelo y le dice al Sacerdote, creyendo que se debía a su presencia*). Anda, déjame solo con este hombre.

JUDAS:

No, no. No importa.

CAIFÁS:

Bueno, pues, habla.

JUDAS:

Habrás oído hablar de Jesús, el nazareno.

CAIFÁS:

(Con una sonrisa sarcástica) ¿Jesús? El último Mesías, ¿verdad? *(Gestos afirmativos de Judas)*.

JUDAS:

Ha blasfemado contra la iglesia.

CAIFÁS:

¿Y qué ha dicho este Jesús?

JUDAS:

Pues, entre otras cosas, que él podría destruir este templo y reconstruirlo en tres días. *(Caifás se sonríe con el sacerdote)*. Es tu deber castigar a este hombre que se hace pasar por el Hijo de Dios, por el Mesías.

CAIFÁS:

Sí, es mi deber. ¿Le conoces tú, a este hombre? *(Gestos afirmativos de Judas)*. Pues dile que venga a verme.

JUDAS:

¿Que venga a verte?

CAIFÁS:

Sí, claro. Yo le pondré una penitencia.

JUDAS:

No has comprendido, Excelencia. Este hombre tiene soliviantado a todo el pueblo. Ha convencido ya a muchos, pero la mayoría se pregunta: “¿Por qué Caifás, el Sumo Sacerdote, no interviene para acabar con este charlatán?”.

CAIFÁS:

Que comprenda el pueblo que el Sumo Sacerdote no puede perder su tiempo persiguiendo falsos profetas. Además, que yo conozco a este pueblo mío y sé que si los persiguiera sería peor, los harían mártires. Ahí está el caso de aquel Juan Bautista, muerto por Herodes. Ahora todos le tienen por profeta.

JUDAS:

Entonces, ¿le dejarás que siga blasfemando impunemente?

CAIFÁS:

Comprendo tu celo, hijo, y tu piadosa preocupación, pero créeme: no se puede hacer nada. Sí, yo tomaría mis medidas, si surgieran de vez en cuando, cada mes, pero surgen ya todos los días. Y es que la miseria es un gran abono, y la imaginación del hambriento siembra hasta en el agua, para que le sepa a vino, y hasta en el higo, para que le sepa a carne.

JUDAS:

Pero éste es más importante. Este hace milagros.

CAIFÁS:

Sí, lo sé. Resucita muertos. Eso dicen. Pero, ¿por qué te has empeñado en que se castigue a este hombre? ¿Te ha hecho acaso algún daño?

JUDAS:

(Desconcertado). No, a mí no.

CAIFÁS:

Bueno, eh . . . , Judas, y en resumidas cuentas, ¿qué quieres?

JUDAS:

Te lo he dicho ya, Excelencia: Que se castigue a ese hombre. No estarás solo, el gobernador romano te ayudará, pues también ha blasfemado contra el César. Y todo el pueblo estará contigo; está ya cansado de tanto falso profeta. Todos quieren que se castigue a éste severamente, para escarmiento.

CAIFÁS:

(*Perdiendo la paciencia*). Bueno, bueno. Lo pensaré. Ahora vete. Déjanos solos.

JUDAS:

Es que yo puedo ayudarte, Excelencia.

CAIFÁS:

¿En qué puedes tú ayudarme?

JUDAS:

Yo podría entregarte a este hombre.

CAIFÁS:

¿Por qué? ¿Es que este hombre anda armado? ¿Es que hay algo que me impida ir a él simplemente y cogerle?

JUDAS:

No. Pero yo podría señalártelo. Sólo quiero a cambio una pequeña remuneración.

CAIFÁS:

¿Remuneración? ¿Dinero quieres por hacer lo que cualquiera de la calle haría con pedírselo solamente?

JUDAS:

Sólo quiero treinta monedas de plata. No es mucho.

(El Sacerdote sonríe y vuelve a ver a Caifás. Este comprende pronto y suelta la carcajada).

CAIFÁS:

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Ya caigo en la cuenta. ¡Treinta monedas de plata! Como lo profetizan las Escrituras, ¿no es eso?

JUDAS:

No entiendo. Yo sólo...

CAIFÁS:

Tú sólo quieres que yo te dé treinta monedas de plata por entregarme a ese hombre. Sabéis que hay una profecía de los Salmos, o de Jeremías...

SACERDOTE:

Sí. De Jeremías...

CAIFÁS:

...de Jeremías, según la cual se entregará al Mesías por esa cantidad, y os habéis puesto de acuerdo para cumplirla con este... Jesús. Para hacerlo pasar por el Mesías. ¿No es eso?

JUDAS:

No te entiendo, Excelencia.

CAIFÁS:

Dime, ¿y cómo me lo señalarías? ¿Acaso con un beso?

JUDAS:

(*Desconcertado*). Bueno. Sí.

CAIFÁS:

(*Transición*). Debes de querer mucho a ese hombre, para sacrificarte así por él, ¿verdad? Porque supongo que conocerás el resto de la profecía.

JUDAS:

¿Quererlo yo? No. No me has comprendido. Yo sólo quiero que se le castigue. No es mucho, treinta monedas de plata.

CAIFÁS:

(*Sondeándolo*). ¿Y si te doy cincuenta?

JUDAS:

Treinta bastarían, Excelencia.

CAIFÁS:

Sí, hombre, sí. Te comprendo. Lo siento. No vas a creer que me voy a hacer cómplice de lo que pretendéis. (*A sí mismo*). ¡Venir a proponérmelo a mí! ¡Atreverse a tanto estos...! (*A Judas, incrédulo*).

Dime, ¿y ese hombre está dispuesto a morir, como dicen las profecías? (*Judas no contesta. Caifás interpreta su silencio como una tácita afirmación. A sí mismo*). ¡Extraño pueblo el mío ciertamente! Bueno, ¡vete! ¡Vete ya! ¿O qué es lo que has creído?

(*Mutis a Judas*).

CAIFÁS:

(*A sí mismo*). ¡Extraño pueblo el mío! (*Queda meditando. Luego, a Judas, que ya había salido*). ¡Oye! ¡Tú! ¡Ven acá!

(*Judas regresa, esperanzado*).

Acércate. Acércate, no tengas miedo. (*Judas lo hace tímidamente*). ¿Y dices que ha convencido a muchos?

JUDAS:

Sí, Excelencia. A muchos.

CAIFÁS:

Luego tiene el don de la palabra.

JUDAS:

¡Oh, sí! ¡Habla muy bien!

CAIFÁS:

Y de... compostura, de... apariencia, ¿qué tal es?

JUDAS:

Muy hermoso, Excelencia.

CAIFÁS:

Yo lo vi una vez de lejos. Creo que también es alto, ¿verdad? (*Recordar que Caifás es bajo*).

JUDAS:

Sí, Excelencia.

CAIFÁS:

Y en este hombre, ¿se han cumplido las profecías? Quiero decirte, ¿si se puede acomodar su vida a las profecías?

SACERDOTE:

(*Sonriéndose sarcásticamente*). La de todos ellos, Maestro. (*Caifás no le hace caso*).

JUDAS:

Sí, Excelencia. Es una extraña coincidencia.

CAIFÁS:

¡Ya veo cómo! (*Transición radical. Sumido profundamente en sí mismo*). Pero, dime, ¿hay quien de veras le cree el Mesías?

JUDAS:

Sí. Hay muchos. Todos los días se le unen más. (*Pausa. Caifás queda pensativo*). Naturalmente, son sólo los pobres y los...

CAIFÁS:

(Con voz de trueno). ¡No me interrumpas! (Pausa larga. Sigue cavilando. Luego resuelto repentinamente, pero no del todo). Bien. Muy bien. Sí. Dile a ese Jesús que iré a prenderle mañana por la noche. Quiero preparar antes al sanhedrín, pero con los ánimos exaltados por motivo de la Pascua creo que será fácil. No. Pasado mañana mejor. Sí. (Transición. Alegre. A sí mismo). —¡Sí, sí! ¡Este es! Este es! (Pausa. Una alegría secreta le ilumina el rostro. La goza él solo. Luego, a Judas, grave, seguro ya, pero mirándolo sólo de vez en cuando). Dile que esté en el monte de los Olivos, pasado mañana, por la noche, en esa granja llamada Getsemaní. Ven a buscarme e iremos a prenderle con algunos soldados y fieles. Tú le besarás, como está escrito, y te daré las treinta monedas en público, para que vea el pueblo que la profecía se ha cumplido. Lo haremos todo según las profecías. Ahora vete. Dile que esté listo para pasado mañana, en el sitio que te dije. (Judas lo mira, extrañado).

JUDAS:

(Receloso siempre, sin comprometerse a nada realmente, sale haciendo las debidas reverencias). Sí, Excelencia. Sí.

CAIFÁS:

(Al Sacerdote). Ven. Quiero repasar, punto por punto, todas las profecías de las Escrituras sobre el Mesías. Necesito estudiarlas detenidamente.

SACERDOTE:

Perdóname, Maestro, estoy un poco desorientado.

CAIFÁS:

Te explicaré otro día. Ven, vamos a estudiar.
(Mutis por la derecha. Suben al templo).

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

Días más tarde, en el palacio de Pilatos.

(Entran Pilatos y Caifás).

PILATOS:

No te comprendo, Caifás. He mandado ya a azotar a ese pobre hombre. ¿Qué más quieres?

CAIFÁS:

Quiero que le crucifiques.

PILATOS:

Pero, ¿por qué? ¿Qué delito ha cometido para que merezca la pena de muerte?

CAIFÁS:

Ha blasfemado contra la iglesia, y contra el César.

PILATOS:

(Sonriéndose sarcásticamente). Creo que el César le perdonaría. ¿No puede la iglesia hacer otro tanto?

CAIFÁS:

Bien. Pero yo no soy la iglesia. Soy su más humilde siervo. Es mi pueblo, y el pueblo quiere hacer del castigo de este hombre un ejemplo para los falsos profetas.

PILATOS:

Caifás, aquí estamos solos. Yo sé que tú eres el nervio de tu pueblo, y que tú le has levantado de esta manera. ¿Qué te propones?

CAIFÁS:

Lo he dicho ya: Dar un ejemplo. Son tantos los falsos profetas que hay hoy en día que urge exterminarlos de una vez para que no nos impidan ver al verdadero Mesías cuando venga.

PILATOS:

(Sarcástico). ¿El Mesías? Bueno, en fin. Pero yo a este pobre hombre no le puedo matar por tus motivos religiosos solamente.

CAIFÁS:

No soy yo, Pilatos. Es mi pueblo. Ayer se reunieron los ancianos, los escribas y todo el sanhedrín, y reo de muerte le encontraron. Es mi pueblo, no yo.

PILATOS:

Pero tú, como Sumo Sacerdote, debes aconsejar a tu pueblo. Que no cometa una injusticia con ese hombre.

CAIFÁS:

Nada puedo hacer yo para que mi pueblo no vea en ese hombre...

PILATOS:

(Transición, por fin) ¡Tu pueblo! ¡Tu pueblo! ¡Si es así, que le juzgue él, que le juzgue tu pueblo entonces! *(Firme)*. ¡Pero te prohíbo que influyas! ¡Estás advertido, Caifás! No quiero pensar que es por envidia por lo que te has empeñado en matar a este hombre. Ven. *(Inician el mutis)*.

CAIFÁS:

Tampoco yo quiero pensar, Pilatos.

PILATOS:

(Se detiene). ¿Qué cosa? ¿Qué es lo que no quieres pensar?

CAIFÁS:

(Con disimulo, sin declararse hostil abiertamente). Pues... aquello vuestro de "divide y vencerás". Que no quieres matar a este hombre porque sabes que está dividiendo la única unidad que le resta al pueblo judío: su religión. Qué te puede importar la suerte de ese lunático blasfemo.

PILATOS:

(Cae en la cuenta, o por lo menos así lo cree). ¡Ah, ya...! Pero, ¿eres tú tan inocente que crees que a Roma le importa tanto esta tierra, o que necesita vencerla aún?

CAIFÁS:

No. Es cierto. Ya lo ha hecho. Materialmente al menos.

PILATOS:

¡Ajá! ¡De modo que era esto! ¿De modo que tú crees que no le quiero matar para que siga dividiendo esa unidad... espiritual de la que hablas? *(Caifás no le contesta para hacerle creer que ha dado en el clavo)*. ¿Y tú no puedes comprender lo que significa para un romano la ley, aunque se trate sólo de un lunático? *(Caifás no contesta)*. Pero, lo dicho, Caifás: Dejaré que tu pueblo le juzgue. Está la situación demasiado tirante para que la agrave yo contrariando la voluntad de tu pueblo, y me niego terminantemente a poner el derecho romano al servicio de la religión judía. Voy a dejar que le juzgue él, tu propio pueblo, pero, ¡te repito: te prohíbo que influyas! Ven, vamos. Haré que le traigan.

(Salen los dos. Casi inmediatamente vuelve a entrar Caifás con el Sacerdote).

CAIFÁS:

(Mirando hacia atrás, hacia donde ha dejado a Pilatos). En seguida voy, Gobernador, en seguida. (Transición. Al Sacerdote). Pon atención: Ve abajo y hos-

tiga a la gente para que le crucifiquen. Y haz que los demás sacerdotes hagan lo mismo. Diles que es una orden mía. Que así lo quiero yo.

SACERDOTE:

Sí, Maestro, pero, ¿por qué le das tanta importancia a ese hombre? ¿No te das cuenta de que estás ayudándole en sus propósitos de hacerse pasar por el Mesías?

CAIFÁS:

¿Que si no me doy cuenta? ¡Imbécil! Eres tú quien no se ha dado cuenta de los propósitos míos. En realidad son ellos quienes me ayudan a mí. *(El Sacerdote no comprende. Caifás lo lleva del brazo más lejos, donde corra menos peligro de que lo oigan)*. Voy a matar a este hombre, tal y como profetizan las Escrituras que morirá el Mesías. Como lo profetizó David: Crucificado. Después le haré pasar por el Mesías. Quiero darles un remordimiento tan grande a esos pobres que gritan allá fuera que alcance para cada uno de ellos y aún sobre para los por nacer, y que cada uno sienta en sus manos sangre divina y la huella de un martillo deicida. Quiero hacerles que se sientan culpables y acepten la vida como castigo, sin lamentaciones, cómodamente, porque es más llevadero el dolor merecido de quien se sabe culpable que el de quien se cree inocente. Quiero hacerles este favor. Que ya nadie dude de su justicia. Porque, ¿cómo podrán los hombres quejarse de la injusticia de Dios, si ellos juzgaron injustamente a su Hijo? Anda, ve, ¡hostiga! Haz lo que te digo. ¡Siembra! *(El Sacerdote se le rebela con la mirada. No quiere ir)*. ¿Qué pasa? ¿Es que no comprendes que estamos trabajando en el ser-

vicio de Dios? ¿Que tu misión como sacerdote es la de acercar los hombres a Dios?; pero que vayan de rodillas, humildes, a pedir perdón, no a criticar la obra de sus manos insolentemente, como lo hacen, diciéndole: “Señor don Dios, ¿por qué la peste, el hambre, la enfermedad, mis vacas, la muerte de mi esposo? ¿Por qué esto, por qué esto otro? ¿Por qué? ¿Por qué, señor don Dios? ¿Y para hacer esta miseria te duraste siete días?” ¿Comprendes ahora, sacerdote, que tenemos que asestarles un golpe (*dádoselo en la palma de la mano*) en plena conciencia, para que los aplaste y los postre de rodillas? ¿Comprendes ahora?

SACERDOTE:

Eso lo lograbas tú, Maestro, predicando sobre Adán y Eva. ¿A cuántos no les has ya...?

CAIFÁS:

Sí, ¿a cuántos? Puedo contarlos con mi mano. Los hombres de esta generación ya no comprenden las Escrituras. Esas están terminadas. Fueron escritas para poner de manifiesto la justicia y el poderío de Dios a hombres de hace más de mil años, distintos a nosotros. Ahora es menester escribir una segunda parte.

SACERDOTE:

Maestro, tú mismo dices que la palabra de Dios es sólo una.

CAIFÁS:

Sí, una. Una, pero cuando está adentro de nosotros. La que nos dice que Dios es todopoderoso e infinitamente bueno y justo; pero para llegar adentro tiene

primero que pasar por el entendimiento, por la oreja; tiene primero que amoldarse a las capacidades de la oreja con distintos ropajes e idiomas. Y la oreja de esta generación no entiende el habla con el que se hizo evidente a los antiguos la justicia y el amor de Dios. Pregúntale a una mujer de hoy, a Marta, por ejemplo, si entiende eso de que parir a los hijos con dolor es una maldición. Pues ahora vamos a usar un idioma que la oreja de los hombres de esta generación entiende. Vamos a decirle a los hombres que ellos han asesinado al Hijo de Dios, y que esto merece un castigo: la vida, la muerte, la miseria. De este modo aceptarán estas cosas sin chistar, pues habrán comprendido que es lo justo. Estos ya saben lo que es un hijo. Comprenderán. Y esto es muy importante, porque ellos necesitan comprender.

SACERDOTE:

El entendimiento de los hombres, Maestro, no puede pretender...

CAIFÁS:

Pero es que aún para creer sin comprender, eso... de creer sin comprender, lo tiene que comprender antes. Tú no lo ves así porque eres sacerdote, Saúl; tú crees solamente y no te preocupas por comprender. Pero no todos habrán de ser como nosotros. El entendimiento de ellos tiene manos, y pide, golpea sobre la mesa, exige. Y tiene una boca hambrienta a la que urge condimentarle, acondicionarle el alimento, porque tiene dientes también. También tiene dientes, Saúl. (*Transición*). Si fuéramos pájaros, yo hablaría de Dios por medio de plumas y de trinos. Pero somos hombres. Vamos a hablar en hombre entonces: ¡con sangre! Ve.

Haz que me maten a ese hombre. Lo primero que tenemos que decirles es que Dios es infinitamente justo, para que duerman tranquilos confiando en El. Ve. Y no te preocupes. Yo no estoy improvisando esto. Lleva largos años fermentándose en el corazón sin que me diera cuenta. Ve. Haz lo que te digo.

SACERDOTE:

Sí, Maestro. Tú sabes lo que haces.

CAIFÁS:

Sí, yo sé lo que hago. (*El Sacerdote inicia el mutis*). ¡Ah, mira! Lo más importante. Si logramos crucificarle, los romanos querrán hacerlo al amanecer, según es costumbre, pero haz que la gente insista en que se le crucifique hoy mismo, esta misma tarde. ¿Comprendes? Que griten eso. (*Observando el cielo por una ventana*). He observado el cielo y creo que se avecina una tormenta. Y es muy importante, pues está escrito que el día se oscurecerá. ¿Has comprendido? Esta misma tarde.

SACERDOTE:

Sí, Maestro.

CAIFÁS:

(*Transición*). Dime, ¿has visto a Marta entre la multitud?

SACERDOTE:

Sí, Maestro. Todos han respondido a tu llamado.

CAIFÁS:

Bien. Muy bien. Muy bien. Ve, ahora. No se te olvide nada de lo que te he dicho. Y grita. Por primera vez en tu vida, grita.

SACERDOTE:

Sí, Maestro. Tú sabes lo que haces.

CAIFÁS:

Sí, yo sé lo que hago.

(Mutis del Sacerdote).

CAIFÁS:

(Solo). Posiblemente nunca nadie lo sabrá, pero yo sí lo se. *(Alzando el rostro).* Y tú también, Dios mío.

(Caifás queda orando en silencio. Entra por la izquierda un ruido de multitudes. Primero es un lejano murmullo más o menos uniforme, como el de un mar, pero se va acercando rápidamente hasta desarticularse en gritos formando un estrépito ensordecedor. Entra un Centurión).

CENTURIÓN:

Caifás, Pilatos te espera.

CAIFÁS:

Sí, ya voy; ya voy.

(Salen los dos. Salvo las veces que se indiquen, la escena quedará totalmente vacía durante todo el proceso de Jesús, pero las voces se oirán claramente).

CENTURIÓN:

(Su voz). ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Pilatos va a hablaros!
(Se oyen aclamaciones, vivas al César, a Pilatos y a Caifás). ¡Silencio! (Se hace el silencio).

PILATOS:

(Su voz). Y bien, ¿de qué se le acusa a este hombre?
(Estrépito).

CENTURIÓN:

(Su voz) ¡Silencio! (Se hace el silencio).

CAIFÁS:

(Su voz). Pilatos, hemos hallado a este hombre amotinando a nuestra gente y diciendo que él es el Mesías. Lo juzgó Herodes ya. Ayer se reunió el sanedrín para juzgarle y se le ha encontrado culpable.

PILATOS:

(Su voz). Si ya le habéis juzgado, castigadle vosotros entonces.

CAIFÁS:

(Su voz). Reo es de muerte, y sólo los romanos tienen autoridad para llevar a cabo tal sentencia. ¡Crucifícale, pues!

GRITOS:

¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

PILATOS:

(*Su voz*). ¡Caifás, desde aquí veo cómo tus sacerdotes hostigan al pueblo! ¡Ordena que dejen de influir en él o no será Jesús a quien se juzgue aquí! (*Estrépito ensordecedor*).

(*Entran a escena Pilatos y el Centurión*).

PILATOS:

¡Malditos judíos estos!

CENTURIÓN:

No conviene llevarles la contraria, Señor. A los locos y a los niños hay que darles la razón siempre.

PILATOS:

Si no estuvieran tan tirantes nuestras relaciones con estos bárbaros yo les enseñaría lo que es la ley romana. (*Nervioso por los gritos que continúan*). Anda, ve, apacígualos. Haz que callen. (*El Centurión inicia el mutis*). No. Es inútil. Ve a traerme una jarra de agua. Nadie podrá decir que Pilatos condenó a un justo.

CENTURIÓN:

(*Extrañado*). ¿Una jarra de agua, Señor?

PILATOS:

(*Agrio*). ¡Sí, una jarra de agua! ¡Obedece!

CENTURIÓN:

Sí, señor.

(El Centurión sale por la derecha. Pilatos por la izquierda).

PILATOS:

(Su voz). ¡Silencio! *(Se hace el silencio).* ¡Que traigan a mí a ese hombre! *(Pausa larga).* Ahí, ahí está bien. Soltadle. Nazareno, ¿qué tienes que decir a todo esto? *(Larga pausa de silencio)* ¿Qué dices en tu defensa? *(Pausa).* ¿Te has empeñado en morir? *(Pausa).* ¡Nazareno, responde, contigo estoy hablando! ¿Eres tú el Mesías? *(Pausa).*

JESÚS:

(Su voz serena). Tú lo has dicho. *(Estrépito).*

PILATOS:

(Su voz). ¡Silencio! ¡Guardad el orden o se termina aquí el proceso! *(Se hace el silencio).* Es costumbre vuestra perdonar a un reo en esta fecha de Pascua. Ahora bien: todos conocéis a Barrabás, el asesino. ¿Queréis que os suelte a Barrabás...

VOCES:

(En voz baja). ¡No! ¡No!

PILATOS:

(Su voz) ... o a este hombre? ¿Qué preferís?

(Rumores de indecisión. De pronto se oye clara la voz del Sacerdote, secundada después por todos).

SACERDOTE:

(Su Voz). ¡Barrabás! ¡Suéltanos a Barrabás!

TODOS:

(Sus voces). ¡Barrabás! ¡Barrabás!

PILATOS:

(Su voz). ¿Y con éste, con Jesús qué queréis que haga?

TODOS:

(Sus voces). ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

PILATOS:

(Su voz). Yo no encuentro delito... *(Los gritos de "crucifícale, crucifícale" no lo dejan hablar).* ¡Yo no encuentro delito...! *(Es inútil, ahogan su voz).*

(El Centurión había ya cruzado la escena llevando el agua).

CENTURIÓN:

(Su voz estentórea). ¡Silencio! ¡Silencio! *(Se hace el silencio).*

PILATOS:

(Su voz). ¡Me lavo las manos de la sangre de este justo!

CAIFÁS:

(Su voz). ¡Lávatelas, Pilatos! ¡Que su sangre caiga sobre nuestras cabezas y sobre las de nuestros hijos! *(Aplausos).*

PILATOS:

(Su voz). Centurión, llévate a este hombre y que le crucifiquen mañana al amanecer, junto a los otros dos sentenciados.

(Gritos aislados primero; después, secundados por todos).

ALGUNOS:

(Sus voces). ¡No! ¡Crucifícale hoy! ¡Hoy!

TODOS:

(Sus voces). ¡Hoy! ¡Hoy! ¡Hoy!

(Su voz). ¡Bueno, crucifíquense ahora! ¡Pero idos de aquí ya, todos!

(Algarabía desenfrenada afuera, alejándose poco a poco. De vez en cuando se puede distinguir algún viva al César, a Pilatos y a Caifás, pero ya no al unísono como al principio, sino mezclado con risas y gritos desordenados. Entra Pilatos apresuradamente y atraviesa la escena. Luego, Caifás).

CAIFÁS:

¡Gobernador!

(Pilatos vuelve a verlo. Lo mira con desprecio por un segundo y luego sigue su camino sin hacerle caso. Mutis por la derecha. Caifás sonríe. Entra el Sacerdote).

SACERDOTE:

(Con un cierto rencor). ¿Ha salido todo bien, Maestro?

CAIFÁS:

(Estaba distraído). ¿Ah? Sí, sí. Muy bien. *(Transición).* Y tú, te has portado magníficamente. Estoy orgulloso de ti. Te oí como gritabas.

SACERDOTE:

(*Humilde*). Hice cuanto me ordenaste, lo mejor que pude. No es de mi carácter gritar, Maestro. (*Vivamente*). ¡Pero...!

CAIFÁS:

Sí, lo sé, hijo. (*No, no lo sabe, pero el Sacerdote renuncia ya a decírselo*). Sin embargo lo has hecho magníficamente bien. Ahora que has estado entre esa chusma, ¿comprendes ahora?

SACERDOTE:

Sí, Maestro. (*Se anima otra vez*). Pero, ¿estás seguro de que Dios necesita de estos engaños para ganarse la buena voluntad de los hombres? ¿Estás seguro? Yo no puedo dejar de sentirme como blasfemo, Maestro.

CAIFÁS:

Dios no necesita de estos engaños, ni de nosotros, ni de nada. Somos nosotros los que tenemos que ir a El, y cualquier camino es bueno, con tal de que lleguemos postrados, humildes y a pedir perdón, ya que está visto que no podemos ir a darle las gracias por esta vida miserable. Y los hombres se postrarán cuando crean que han matado al Hijo de Dios. Se postrarán, estoy seguro; y no cesarán de repetirse: (*Golpeándose el pecho en un mea culpa*). “Por mi culpa. Por mi culpa”, aún cuando llueva truenos sobre ellos. No te sientas blasfemo. Todo lo contrario. Nunca has hecho más por la gloria de Dios que ahora.

SACERDOTE:

Pero si creen que éste ha sido el Mesías, ¿cómo harán para reconocer al verdadero, cuando venga a fundar su Reino?

CAIFÁS:

¿El verdadero Mesías? Hijo, te vuelvo a repetir lo del ropaje. Ahora estoy seguro de que el Mesías es un mito: Una manera de vestir a la palabra de Dios para que la podamos comprender, una manera de mostrarnos a Dios justo, de disculpar esta pobre vida con la esperanza de su llegada.

SACERDOTE:

(Hondamente oprimido). ¿El Mesías un mito? ¿Y los que le esperan del otro lado de la muerte? ¿Los que estaremos ahí esperándole?

CAIFÁS:

(Grave). Ahora sí, sacerdote: cierra los ojos y ama a Dios más que a ti mismo. El es justo, a su manera, de alguna forma. Confía.

SACERDOTE:

(Para sí mismo casi). ¿El Mesías un mito?

CAIFÁS:

Sí. Un ropaje, un condimento, un acondicionamiento de la palabra de Dios para que pueda captarla nuestra oreja y nuestro entendimiento. La palabra de Dios es... como el aire, como el aliento vivo del bosque al

amanecer, que de tan puro y limpio es invisible. Pero al medio día, cuando se ha hecho turbio el aire, entonces sí se le ve. Así la palabra de Dios, pura, limpia, transparente, invisible, cuando está incontaminada del polvo y la mentira. El mito del Mesías es el polvo que han levantado los pies de los hombres buscando a Dios. Pero nos aprovecharemos de ese mito, porque los hombres no están preparados todavía para desatender a la esperanza, ni para oír ese sonido puro, esa verdad de Dios desnuda. Inténtalo tú, si quieres, un momento, cuando reces. Prueba tú la palabra cruda de Dios tal y como florece en los bosques y comprenderás que es de un sabor que no soportaría el paladar de esta generación. Pero inténtalo tú, si quieres, un día en que reces o en que te pasees por el bosque. *(Pausa)*. ¿Te extraña, verdad, que yo te diga todo esto?

SACERDOTE:

Tú has sido mi maestro desde hace años. Desde que vine a ti tú me has enseñado a orar en el templo, y ahora...

CAIFÁS:

Sí, lo sé; ahora te digo que debes orar en el bosque, en cualquier parte. Tú has venido a mí a que yo te guíe, a que te conduzca bajo esos oscuros simbolismos de las Escrituras, y te encuentras con que yo te invito a orar en el bosque, y con que te digo que Dios está ahí, al aire libre. Lo está en todas partes. Sólo que, hijo, de una manera cruda, directa, limpia, no acondicionada para el entendimiento estrecho de los hombres por el mito y el simbolismo de las Escrituras. Pero

quiero que lo intentes, que veas a Dios cara a cara, porque se te va a confiar una misión muy importante. Se te ha confiado ya, mejor dicho.

SACERDOTE:

Tú eres mi maestro, Maestro. Yo intentaré seguir tus pasos. (*En voz baja, terrible*). ¡Pero te hago responsable!

CAIFÁS:

Bueno. Sí. Pero sígueme en este engaño, Saúl. Por él vamos a pastorear a los hombres camino de Dios.

SACERDOTE:

¿Y cómo se convencerán de que este nazareno es el... de que es el...? (*No puede decirlo*). ¡Dios mío! ¡Perdón!

CAIFÁS:

Habla.

SACERDOTE:

¿Cómo se convencerán de que este nazareno es el... Hijo de Dios? (*Caifás sonríe*). Si vieras cómo le están tratando.

CAIFÁS:

Se convencerán, porque están hambrientos, y este bocado, todo lo amargo que quieras, es del tamaño justo de su boca. Y les hará bien. Les sentará bien. (*No quiere discutirlos*). Hay muchas razones. Muchas co-

sas. Además, porque estamos cumpliendo todas las profecías, paso a paso. Y además, porque tomaremos nuestras medidas para que no tarden en convencerse. (*Pausa. Transición*). Mira, acompaña a la gente. Dile a todos los judíos que se abstengan de poner la mano sobre Jesús. Que sean los romanos los que le crucifiquen. Quiero que también sobre ellos caiga la sangre del Hijo de Dios. Hay la suficiente para todos los hombres de la tierra. Y aún para cada uno de esos que no ha nacido todavía, hay una gota esperándole. Y es una sangre que no se limpia con agua. Pilatos. No con agua. Vamos. (*Inician el mutis*).

SACERDOTE:

¿Vienes con nosotros?

CAIFÁS:

No. Voy a dar una vuelta . . . , para pensar. Te veré después, en el templo. Y ánimo, Saúl. Confía.

(*Salen*).

FIN DEL SEGUNDO ACTO

TERCER ACTO

Unas horas más tarde, pero de día aún, en el interior del templo de Jerusalén. Al fondo, alguna ventana. Mejor dicho, el marco de una ventana suspendido en el aire por hilos invisibles, pues falta la pared que nos impediría ver ese paisaje típico en el fondo. A la derecha, el velo del santuario colgando de dos palos, irregular pero armónicamente colocados. En fin, que todo dé esa impresión inconfundible de sueño que se ha pedido ya para toda la escenografía de esta obra, sólo que un poco más exageradamente en la de este último acto.

*(Entra Caifás por la derecha, se asoma por la ventana a contemplar el cielo y después va a arro-
dillarse frente al velo. Al rato entra el Sacerdote,
por la izquierda, y llama respetuosamente. Viene
llorando, pero Caifás no se apercibe de ello).*

SACERDOTE:

Maestro. *(Pausa)*. Maestro.

CAIFÁS:

¿Ah? ¡Oh! (*Se levanta penosamente y va a la ventana de nuevo*). ¡Maldita atmósfera! Hubiera podido jurar esta mañana que estaría lloviendo a estas horas. (*Mira detenidamente*). Sin embargo, sin embargo, aún hay esperanza. (*Sin transición*). ¿Qué nuevas traes?

SACERDOTE:

Están crucificando a Jesús. (*Pausa. Caifás queda pensativo*).

CAIFÁS:

¿Y...? ¿Han obedecido mis instrucciones? ¿Se han abstenido de tocarle, los judíos?

SACERDOTE:

Sí.

CAIFÁS:

¿Son los romanos quienes le crucifican?

SACERDOTE:

Sí.

CAIFÁS:

(*Alegre por dentro repentinamente*). ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Excelente! (*Vuelve a asomarse a la ventana*). ¡Si solo lloviera ahora! ¡Si se oscureciera de pronto! ¡Y esta mañana, que parecía...! Va a resultar inútil el haber insistido en que se le crucificara hoy. ¡Vamos, nubes, vamos; apretaos, revolveos, estallad de una vez!

SACERDOTE:

Está el cielo despejado, Maestro. No creo que llueva.

CAIFÁS:

Sí, sí; pero los pájaros han volado durante todo el día a ras de tierra, y las nubes son contrarias al viento. Y hay algo extraño, tenso, que carga el aire. (*Pujando*). ¡Vamos, nubes, vamos! Mira, mira aquella de allá, que viene. Si se apresurara quizá llegue a tiempo. (*Trasición. Se vuelve al Sacerdote*). Bien, sólo nos queda esperar ahora, y rogar a Dios con todas nuestras fuerzas. Creo que... (*Se apercibe al fin de que el Sacerdote lloraba*). ¡Pero tú has estado llorando! (*El Sacerdote se cubre la cara con las manos*).

(*Entra un murmullo de gente por la izquierda. Inmediatamente después aparece Judas, tímido y receloso como siempre. Caifás lo ve; luego vuelve a ver al Sacerdote que ahora se enjuga el llanto*).

CAIFÁS:

(*A Judas, violentamente*). ¡Cierra esa puerta! ¿Qué hacen ahí esos mirones? (*Judas se pone muy nervioso al oír sus gritos y no obedece. Caifás se dirige a cerrar la puerta él mismo, pero advierte el nerviosismo de Judas y cree que se debe a que éste quiere que permanezca abierta. Esto, que en realidad no confirma la actuación de Judas, le hace recordar y desistir de su intento*). Sí, sí. Te entiendo. (*Va a algún sitio y coge una bolsita de dinero. Luego, hablando en voz alta, con el vivo propósito de que lo oigan los de afuera*). Aquí están las treinta monedas de plata por las que me entregaste a Jesús. (*Le da la bolsa. En voz*

baja). Han visto y han oído. *(Al Sacerdote)* Ahora ciérrala. Quiero hablar con este hombre.

(El Sacerdote va y cierra la puerta que se supone está por la izquierda, fuera de nuestro radio visual. Cesa el murmullo de la gente. Al pasar por Caifás en su camino de vuelta lo mira dolorosamente, secándose las lágrimas y como interrogándolo. Caifás lo ve, lo sigue con la mirada y guarda respetuoso silencio hasta que ha salido de escena por la derecha).

CAIFÁS:

Me alegro de que hayas venido a verme, Judas. Y no por lo de las monedas esas, que te puedes guardar si quieres. Tengo que hablar contigo de cosas muy importantes. He estado repasando las profecías estas últimas noches. Yo no sé si vosotros las habéis estudiado detenidamente. *(Espera contestación. No le llega).* ¿Sabes lo que te corresponde hacer ahora? *(Pausa. Lo mismo).* Está escrito. Me supongo que lo sabrás.

JUDAS:

No te entiendo, Excelencia.

CAIFÁS:

(Pretendiendo no haber oído). Las Escrituras están llenas de profecías; pero sabiendo interpretar ciertos pasajes como proféticos, mesiánicos, les podremos acomodar a la vida y muerte de Jesús de alguna manera. Sin embargo, hay algunas profecías que por estar en boca de todos conviene observarlas rigurosamente, pues a base de ellas reconocerá el pueblo al Mesías, tales como las referentes a la resurrección, la tormenta, la

túnica, el velo del santuario. Yo me encargaré de esta última, claro. Pero no sé si vosotros estáis al tanto de todas las demás, ni si habéis hecho los preparativos, ni si contáis con colaboradores para llevarlas a cabo. ¿Sabéis ya, por ejemplo, cómo haréis para robar el cadáver de Jesús a los tres días? Esto es muy importante.

JUDAS:

No te entiendo, Excelencia.

CAIFÁS:

(No puede soportar más el recelo de Judas). ¡Imbécil! ¿No te das cuenta de que yo soy uno de vosotros, de que trabajamos por la misma causa? ¡Infórmame! ¿Qué tenéis preparado? *(Silencio de Judas. Transición. Esforzándose en ser amable).* Mira, vosotros necesitáis de mi ayuda y yo la de vosotros. Me he comprometido ya demasiado y tengo que llegar hasta el final. Yo tengo fieles servidores, el arca del templo... Todo lo pondré al servicio de nuestra causa. Incluso os perseguiré, predicando contra vosotros con argumentos débiles, de manera que cunda y trascienda nuestro engaño. Pero para todo esto necesito estar en contacto secreto con vosotros. Mi ayuda y consejo os sería de inestimable valor. Por mucho que estéis preparados, no podéis tener mi experiencia en estas cuestiones de religión, ni estar tan al tanto como yo de las Escrituras. Tú, por ejemplo, ¿sabes que esta misma noche debes quitarte la vida?

JUDAS:

(Saliendo de espaldas y haciendo gestos negativos con la cabeza). No. No.

CAIFÁS:

¡Ven acá, necio! ¡No te vayas! Por lo menos dime . . . !
¡Ven acá, te digo! ¡Te ordeno!

JUDAS:

(Su voz. Desde afuera, entre el murmullo de la gente que se ha vuelto a oír. Gritando). ¡Caifás, toma tu dinero! ¡Me arrepiento de haber hecho lo que hice! ¡Toma! (Le tira la bolsita de dinero).

CAIFÁS:

(En voz baja. Sonriéndose y recogiendo la bolsa). Te arrepientes, ¿eh? Y esto. Sí, olvidaba. Así está escrito. (Pesando la bolsa en su mano). Para el campo del alfarero. Estáis bien enterados de las profecías. (Mirando hacia la izquierda, por donde había salido Judas, pero siempre a sí mismo y en voz baja). Me hubiera gustado ver aquel beso más de cerca, Judas.

(Va hacia la puerta. Se oye que dice a los curiosos: “¡Fuera, fuera, fuera de aquí!”). Se oye el portazo con que cierra la puerta. Cesa el murmullo de la gente. Regresa y atraviesa la escena. Cuando va por la mitad se ve, a lo lejos, un rayo. Luego se oye el trueno, lejano. Caifás se emociona de pronto y corre a la ventana. Otro rayo a lo lejos. Sí, es cierto. No se equivocaba: la tormenta está encima. El día se ha oscurecido repentinamente. La estancia, sumida en sombras, refleja los relámpagos).

CAIFÁS:

¡Gracias, Señor! (*Recuerda de pronto*). ¡El velo! ¡El velo! (*Va rápidamente a él, pero en el momento en que lo iba a tocar se queda inmóvil, temiendo. Otro trueno. Caifás se contagia, agarra el velo con rabia, con odio, y lo rasga en dos, de arriba a abajo. Violenta transición. Tiembla y cae postrado de rodillas*). Perdóname, Señor, Dios todopoderoso; Tú conoces mi corazón! (*Ora*).

(*Entra el Sacerdote por la derecha con una antorcha en la mano; ve a Caifás y va a hablarle, pero se asombra al ver el velo y se crispa de terror*).

SACERDOTE:

¿Cómo? (*Pero medita rápidamente; vuelve a ver a Caifás y cae en la cuenta. Pausa. Lo acepta. Va y deja la antorcha en algún sitio apropiado. Luego, respetuosamente*). Maestro. (*Caifás levanta la cabeza y lo ve*). Jesús ha expirado. (*Otro trueno. Caifás se incorpora silencioso, cansado*). La tempestad de pronto. Si no me lo hubieras dicho desde esta mañana tú, que sabes tanto de estas cosas, creería que se trata de un milagro. Que se haya oscurecido así, el día. Parece milagro ciertamente.

CAIFÁS:

(*Rendido. Hablando lentamente. El esfuerzo con que rompió el velo había sido su último*). Quién sabe si no lo es. Quién sabe si no es ésta la manera de discernir Dios que aprueba nuestros propósitos y que nos ayudará. (*Pausa*). ¿Por qué llorabas, Saúl, (*Pausa*). ¿Jesús?

SACERDOTE:

No. Los hombres.

CAIFÁS:

Es curioso. Yo pensaba en lo mismo. No pude evitar pensarlo por un instante. (*Mira el velo*). Por un breve instante.

SACERDOTE:

Yo he estado todo el día entre esos hombres, viéndoles, a cada uno de ellos. Tú me has enseñado a amarles, Maestro, (*verdaderamente*) y me dolía engañarles. ¿Es necesario engañarles de esta forma?

CAIFÁS:

Sí. Es necesario. Aunque sólo fuera por el propio bien de ellos, es necesario. (*Transición*). Es curioso, hace un rato pensé yo en lo mismo, en los hombres. Y se me ocurre preguntarme además: Si este Nazareno fuese de veras el Hijo de Dios, ¿lo hubiera yo matado? ¿Lo hubiera yo matado, Saúl? Porque, Saúl, yo amo a Dios, pero también amo a los hombres, y me duele verlos cómo sufren, cómo mueren los pobres. En realidad son buenos. Son obras de Dios. Hechos de uno en uno, de noche, con besos y caricias, con amor, cuando más se quieren los esposos. ¿No cabe entonces que nosotros pidamos, que exijamos por ellos? ¿No cabe entonces que nos vengemos por su miseria? No sé qué hubiera hecho si este nazareno fuese de veras el Hijo de Dios. Es una fantasía pensarlo, pero no sé qué hubiera hecho. Demos gracias de que es un charlatán, y de que lo hemos sacrificado por la gloria de Dios y por el bien de los hombres.

SACERDOTE:

¿Cómo puedes dudar de lo que harías con el Hijo de Dios, Maestro...?

CAIFÁS:

(Un poco ansioso por salirse del tema). En fin, de todos modos, el Hijo de Dios no existe. Es un mito.

SACERDOTE:

Pero, si existiera, ¿qué otra cosa se podría hacer sino besarle los pies?

CAIFÁS:

(Sin ánimo). Sí, sí. Claro.

SACERDOTE:

Primero hablas de vengarte de Dios y luego de su gloria. Yo ya no sé en qué creer. Ya no te puedo comprender, Maestro.

CAIFÁS:

(Acariciándose la frente). Sí. Perdóname. Es que estoy cansado. Por la gloria, por la gloria de Dios es esto que hacemos. Y por el bien de los hombres. Ya te lo expliqué en el palacio de Pilatos. La primera ley es amar a Dios, y es nuestro deber, como sacerdotes, enseñarles a los hombres a que amen a Dios, y para esto tienen antes que considerarle justo.

SACERDOTE:

¿Y no lo es acaso? ¿Me vas a decir ahora que Dios no es justo.

CAIFÁS:

No, hijo, no. Sí lo es, a lo divino; pero yo digo justo a la pobre manera de ellos... Te lo he explicado ya, Saúl.

SACERDOTE:

¿No son dignos los hombres de la verdad desnuda entonces? ¿De ese puro sonido, como dices?

CAIFÁS:

Algún día, sí, quizá. Pero no los de esta generación. Dios nos perdonará de que le hayamos vestido de hombre para poder introducirle en la estrecha conciencia de estos hombres. El sabrá desvestirse dentro cuando llegue el momento oportuno, cuando juzgue que podrán soportarle su terrible desnudez. No, estos hombres de esta generación no soportarían la verdad; ni sabrían qué hacer con ella, dónde ponerla, cómo usarla; ni son dignos de conocerla, los pobres. Aquí nadie viene a la sinagoga si no es a vender sus mercancías, o a robar. Roma se hunde bajo el fango y la prostitución. Grecia imita a Roma. No. Lo que estos necesitan es este peso que les estamos fabricando a la medida, para que les quede bien en la conciencia, apretado. Aceptarán la vida como el castigo merecido que les da un Padre iracundo y ofendido, pero justo, y le podrán amar entonces, y sólo entonces creerán en El a ciegas, sin querer comprenderle, porque antes habrán comprendido que son unos pecadores asesinos indignos de pretender hacerlo.

SACERDOTE:

Y este engaño, Maestro, ¿hasta cuándo vivirán de él?

CAIFÁS:

Quién sabe. No lo sé. Hasta que los hombres amen la vida y no la vean como un castigo sino como una bendición. Hasta que se laven los ojos, porque la miseria está en nuestros propios ojos y no en la vida. De esto estoy seguro, pues Dios es infinitamente bueno, y la vida es obra de sus manos. Al menos, si no toda, las partes más inevitables de ella, las más duras. Entonces, cuando vean la vida buena, totalmente, al faltarles el castigo, se olvidarán de la culpa poco a poco, o bien se dirán: “¿Dónde está la culpa? Si hubiese de veras culpa habría castigo, puesto que Dios es justo. La justicia de Dios es su propia substancia. Pero yo aquí no veo —se dirán— sino una vida hermosa como una bendición. Luego culpa nunca la hubo. Los hombres nacen sin pecado, con las manos limpias. Todo ha sido un engaño de los antiguos” —se dirán—. E irán a Dios agradecidos, no golpeándose el pecho, sino cantando hossanas. Y sonriéndole. (*Pausa*). Nosotros, aquí, ahora, somos esos antiguos que ellos posiblemente desprecien por haber engañado a sus padres.

SACERDOTE:

¿Crees que verdaderamente llegará ese día?

CAIFÁS:

Te repito: No sé. Quizá. Para mí es completamente imposible imaginarme a la vida limpia como una bendición. Pero sí, puede ser que algún día ciertos hombres distintos a nosotros, de una nueva raza, sobre la que no pese tanto la vieja carga de la tradición..., puede ser que ellos logren sacudírsela y ver la vida sin prejuicios, así, limpia, como te digo; y oír pura la palabra de Dios, y alimentarse de su verdad cruda.

SACERDOTE:

Y nos despreciarán. (*En voz más baja*). ¡Como me desprecio yo mismo!

CAIFÁS:

(*No ha oído, o pretende no haber oído, la última parte*). Sí. Aunque también podría ser que uno de estos nuevos hombres se pasee un día por el bosque, y vea, y se sienta feliz, y no comprenda algo. Esa noche este hombre podría tener un sueño y vernos, a ti y a mí, como estamos ahora, y oírnos... desde algún sitio. Y él se lo dirá a sus hermanos y ya no nos despreciarán. Muchas verdades se revelan en sueños, confusamente, y no por eso dejan de ser verdad.

SACERDOTE:

No se la creerían, estoy seguro.

CAIFÁS:

Aunque así fuera, eres sacerdote, siervo de Dios, y como tal, debes pensar primero en El y en sus amados intereses: sus criaturas. Debes tener fe, hoy más que nunca, y estar dispuesto hasta el martirio por el amor de Dios. Porque tu labor comienza ahora. Tú te vas a convertir a esta nueva religión y seguirás a esos hombres que andaban con el nazareno. Apostatarás de esta sinagoga decrepita y la atacarás, e irás por todo el mundo predicando la nueva religión, diciéndole a los hombres que aquí, en Palestina, en Jerusalén, el hombre ha crucificado al Hijo de Dios; haciéndoles sentirse culpables hasta de haber nacido. Se te perseguirá oficialmente, pero te estarán esperando hambrientos en la puerta de cada corazón, porque necesitan urgente-

mente de Dios y están ayunos de El desde que encontraron insípido y huero el maná de los antiguos; han menester de este nuevo condimento, pues todos se buscan el pecado que justifique el castigo de la vida para poder considerar a Dios justo y poder creer en El y saciarse esa hambre natural. Tú vas a señalarles su pecado, su tremendo pecado. Sepárate de mí, pues; ve a llevarle a esos pobres el consuelo. (*A sí mismo*). ¡El consuelo! Toda la vida la he pasado buscándole, el consuelo. Y era el asesinato de Dios. (*Menea la cabeza con pesimismo*). ¡A lo que hemos llegado!

SACERDOTE:

¿Por qué no vas a llevárselo tú mismo, Maestro? Yo... no quisiera ir. Todo el mundo sabe cómo he perseguido a ese nazareno. No creerán que haya cambiado así de repente.

CAIFÁS:

Eso no importa. Sí, creerán. Di que el nazareno se te apareció en sueños, que se te reveló y te convirtió en sueños... cualquier cosa, pero que no sean razones. Tenemos que fiarle este mensaje a la creencia de los hombres, que no a su ciencia. Para que llegue lejos, para que llegue hondo.

SACERDOTE:

Pero, ¿por qué no te conviertes tú en vez de yo? Con sólo convertirme convencerías a centenares.

CAIFÁS:

No. Se le daría mucha importancia e investigarían los escribas y los fariseos, y descubrirían fácilmente nues-

tro engaño. Es menester esperar a que la distancia y el tiempo lo enturbie de tal forma que parezca verdad, o que dé pábulo a la duda al menos. Yo no creo que viva para eso. Y es necesario, es necesaria esa distancia. El hambre y la imaginación harán el resto. Por eso conviene que vayas a predicar lejos de aquí. A Roma, si puedes.

SACERDOTE:

¿Y crees que incluso ahí prenderá este engaño?

CAIFÁS:

Sí, sí, prenderá. Y probablemente más que aquí. Yo sé lo que te digo. Basta leer a sus escritores para darse cuenta. Todos se mofan de sus dioses.

SACERDOTE:

Pero Jesús, la doctrina de Jesús, ¿cómo sabes cómo es? No le hemos oído hablar nunca.

CAIFÁS:

Yo conozco a mi pueblo, Saul. Le conozco bien. Y sé lo que puede y lo que no puede hacer. Ve a Roma. También allí te esperan. (*Lo dice pero no quiere discutirlo*). Hay muchas cosas, muchas cosas, como te digo. Ya te darás cuenta.

SACERDOTE:

Yo no quisiera que me pidas eso, Maestro. Yo... no quisiera ir.

CAIFÁS:

Es necesario, Saúl.

SACERDOTE:

Además, los romanos desprecian a los judíos y no me harían caso. Se reirían de mí.

CAIFÁS:

Tú vas a tratar con esclavos especialmente, con los humildes. Ellos no te despreciarán. Y te harán caso. Yo sé lo que te digo. Cámbiate de nombre de todos modos. En vez de Saúl, en vez de Sábulo, hazte llamar..., pues... por algún nombre romano.

SACERDOTE:

Otra mentira. En el fondo de todo esto no hay más que mentira.

CAIFÁS:

No.

SACERDOTE:

¡Sí! Estás construyendo esto..., este nuevo templo, sobre una mentira, sobre base de barro, ¡y se desplomará! ¡Les caerá encima a los que están dentro!

CAIFÁS:

No estamos construyendo sobre base de barro. En el fondo de todo esto lo que hay es un firme amor a Dios y a los hombres. Y eso es base suficiente, porque eso es perdurable. La mentira, el engaño, es sólo el andamiaje para construir lo que tú llamas un nuevo templo. Una vez construido..., lo que yo llamo el amor a Dios, su mayor gloria..., una vez construido, el andamiaje se tirará, se olvidará.

SACERDOTE:

Si eso se desploma sobre la cabeza de los hombres...

CAIFÁS:

No se desplomará. Y de todos modos, le habrán desocupado ya para entonces. Habrán salido al aire libre, al bosque.

SACERDOTE:

(Terco). ¡Pero, ¿y si se les cae sobre la cabeza?

CAIFÁS:

No se les caerá. En caso de que flaquee antes de tiempo, crujirá, habrán señales, se les advertirá. No te preocupes, Saúl. Te repito: yo no estoy improvisando esto. Llevo ya largos años calculándolo sin que me diera cuenta. Haz lo que te digo.

SACERDOTE:

¡No... puedo!

CAIFÁS:

Sí, lo sé. Pero es necesario sacrificarse. También lo hago yo, como ves, sembrando lo que otro ha de recoger. Recuerda que somos sacerdotes, siervos de Dios. Vete, hijo. No vuelvas a verme. Pasa ahora por el Gólgota y di al pie de la cruz: "Ciertamente, este hombre era el Hijo de Dios". Dilo en voz alta, para que te oigan. Yo te repudiaré mañana, pero el fuego ha llegado a la paja ya. (Pausa). Adiós, Saúl. (Lo abraza).

SACERDOTE:

(Se deja abrazar pasivamente, pero de pronto estalla con violencia). ¡No! ¡No me toques, Maestro!

CAIFÁS:

(Extrañado) ¿Qué te pasa?

SACERDOTE:

¡Yo... no puedo! ¡No... puedo ofender a Dios así! *(Transición. Vehementemente)*. Maestro, tú me has enseñado a amar a Dios...

CAIFÁS:

(Dulce). Sí, hijo, sí. Y es por el amor a Dios...

SACERDOTE:

¡No! ¡No puedo! Tú no lo sabes. Yo me siento cochino desde que colaboro contigo en este engaño. ¡Y ahora ver así, profanado, el santuario del Señor!

CAIFÁS:

El santuario del Señor no es ese trapo que está ahí. El santuario del Señor está...

SACERDOTE:

¡No!

CAIFÁS:

Exponme tus razones. Yo te ayudaré a que comprendas esto que estoy haciendo.

SACERDOTE:

¡Siempre, siempre, siempre has hablado tú! ¡Pues no!
¡Ya no! ¡Ahora quiero ser yo quien hable!

CAIFÁS:

Sí, por lo que más quieras, habla. Exponme tus razones.

SACERDOTE:

(Primero se crispa todo, como si fuera a hablar a gritos, pero en el momento de comenzar a hacerlo se encuentra con que no sabe cómo). Yo no tengo razones. (Deja caer su cabeza entre las manos, vencido. Caifás va a hablarle con dulzura pero se incorpora rápidamente). ¡No! ¡No quiero que me convenzas con tu sofística extranjera! Tú lo has dicho: Un sacerdote no cree con el entendimiento. De nada te sirve el haberme convencido así. Yo no creo con esto..., (Por la frente) sino con esto... (Por el corazón).

CAIFÁS:

(Tomando fuerzas de donde ya no las tenía). ¡Y ese hombre, ese hombre que estuvo aquí hace un rato, Judas Iscariote, ¿no te convenció al corazón? ¿No sabes que en estos momentos se está ahorcando? ¡Eso..., ¿no te convence al corazón?

SACERDOTE:

(Desesperado) ¡No! ¡No me hables más! ¡No quiero oírte! (Se tapa las orejas. Pausa. Transición). No te respeto más, Caifás. Has hecho mal, mal, mal. Se te juzgará por ello. Has ofendido a Dios con esta men-

tira, y se te juzgará por ello. (*Transición*). Y en esta vida también, porque yo voy a ir a hablarles a esos hombres y les diré la verdad. Les diré que tú has pretendido engañarles; que tú has pretendido robar para este nazareno la gloria de Jehová. ¡Lo gritaré! ¡Iré a gritarles la verdad antes de que se filtre tu veneno! ¡Tú me has enseñado a hacerlo! ¡Ahora sé gritar! ¡Mira! (*Gritando*). ¡Caifás, Dios te arrojará, te vomitará de su boca! ¿Quién eres tú para querer justificarlo?! ¡Iré a gritarles la verdad, ahora mismo! (*Inicia el mutis. Caifás se le interpone mansamente en su camino*). Intenta detenerme, Maestro, y te abatiré a golpes. (*Caifás le cede el paso*).

CAIFÁS:

(*Rogando*). ¡Saúl! ¡Saúl! ¡Por el amor de Dios, y el de los hombres!

SACERDOTE:

(*Se detiene. De espaldas a Caifás*). ¿Por el amor de Dios? (*Grosero*). ¡Caifás...! (*Dulce*). ¡Maestro..., por el amor de Dios no se miente!

CAIFÁS:

Por el amor de Dios es, hijo.

SACERDOTE:

Pilatos anda diciendo que eres envidioso, y ambicioso.

CAIFÁS:

Tú no puedes creer eso de mí, Saúl.

SACERDOTE:

(Gestos. No sabe en qué creer. Siempre de espaldas a Caifás). Te daré una oportunidad. ¡Que Dios deje caer un rayo sobre mí y que me parta en dos, si es su voluntad el que este engaño se realice, si es para gloria suya! ¡Que deje caer sobre mí treinta rayos cuando salga del templo, si es su voluntad el que yo no le hable a los hombres! ¡Que los deje caer, ahora, sobre mí! ¡Que me hable! ¡Reza, Caifás, reza! ¡Que te haga este milagro! ¡Que me hable! *(A lo lejos, truenos amenazadores).*

CAIFÁS:

Escucha la voz de Dios, Saúl. Pero no eso... *(Por los truenos).* Escúchala en tí, en el fondo de tí. Pon atención. Escucha.

SACERDOTE:

(Pausa. Escucha. Pero no comprende la voz de su conciencia. Flaquea toda su decisión y se viene abajo. Llorando). ¡Ayúdame, Maestro! ¡Ruega a Dios que me manifieste su voluntad! ¡Ruégale a Dios un milagro, Caifás, cualquier cosa! ¡Que me diga de alguna forma que este engaño es para mayor gloria suya y para el bien de los hombres! Que ha aceptado este sacrificio monstruoso, inhumano.

CAIFÁS:

¡Lo ha aceptado! Porque es para su gloria, y para el bien de los hombres.

SACERDOTE:

¡Que me lo diga Dios!

CAIFÁS:

Vendrán a burlarse de Dios, a pedirle cuentas por sus actos . . . , a escupir en su santuario. Porque ya no le entienden, Saúl; los hombres ya no entienden a Dios, y han menester de esta nueva explicación para hacerles la vida soportable. Tú sabes eso.

SACERDOTE:

¡Que me lo diga Dios! ¡Un milagro! ¡Cualquier cosa! (*Desesperado*). ¡Reza, Caifás, reza! (*Caifás va lentamente al velo y se arrodilla a rezar, el rostro vuelto hacia arriba. Larga pausa*). ¡Reza, Caifás, ayúdame! ¡Cualquier cosa! (*Larga pausa de silencio. Se recupera. Tranquilo*). ¿Oyes? Silencio. (*Silencio absoluto*). Estás juzgado, Maestro.

(*El Sacerdote inicia el mutis decidido. Caifás permanece orando imperturbable. Antes de consumir el Sacerdote el mutis, entra Marta, desesperada, rasgadas sus vestiduras*).

MARTA:

¡Caifás! ¡Caifás! ¡Justicia, Caifás! ¡Justicia! ¡Mi hijo ha muerto! ¡Ha muerto! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! (*Caifás ora, imperturbable*).

SACERDOTE:

(*Asiéndola*). Ven, Marta. (*Con desprecio*). No le hables a ése.

MARTA:

¡El, él decía que mi hijo iba a sanar, que ésa era la voluntad de Dios! ¡Ahora voy a pedirle cuentas a su Dios! ¡Suéltame! ¡Suéltame!

SACERDOTE:

¡Marta, por favor! Ofendes a Dios de esta manera!

MARTA:

¿Dios? ¿Dios? ¡Yo no entiendo a tu Dios! ¡Dios ha matado a mi hijo, y a mi esposo! ¡Váis a ver lo que hago con vuestro Dios! ¡Suéltame, o te muerdo! (*Logra desasirse*). ¡Escupiré en su santuario..., romperé ese velo que... (*Ve el velo, roto ya, y queda inmóvil y muda de estupefacción*). ¡El velo! ¿Qué ha pasado con el velo?

Pausa. Truenos. El Sacerdote vuelve la cabeza violentamente hacia la ventana, luego ve a Caifás y a Marta, y comprende de pronto).

SACERDOTE:

¿Tú, Marta? ¡El milagro!

MARTA:

Yo, ¿qué? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué está roto el velo?

SACERDOTE:

¡El milagro, Marta! ¡El milagro! (*En voz más baja*). ¡Tú! (*Se cubre el rostro*). ¡Dios mío!

MARTA:

(*Sospecha*). ¿Qué milagro? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién ha roto el velo del santuario? (*Lo sacude*). ¡Contesta! ¡Contesta! ¿Qué milagro? ¿De qué milagro hablas? (*Transición*). ¿Acaso...? (*Ve por la ventana. Truenos*). ¿Acaso...?

SACERDOTE:

(Titubeando). Marta..., el velo del santuario... se rasgó en dos..., solo..., cuando expiró Jesús. *(Caí-fás baja el rostro, cansado, con una tristísima alegría)*.

MARTA:

¡Y la tempestad...!

SACERDOTE:

(Titubeando). Así estaba escrito por los profetas.

MARTA:

¿Entonces...?

SACERDOTE:

(Titubeando). Sí. Era... el Hijo de Dios, Marta.

MARTA:

(Ya lo había sospechado. Con una voz honda, pero no alta). ¿El Hijo de Dios? ¡No! ¡No! ¡No puede ser!

SACERDOTE:

(Titubeando). La luz vino a las tinieblas y..., y... ¡Dios mío!

MARTA:

¡El Hijo de Dios! ¡Y yo les ayudé! *(Con un atroz remordimiento, pero sin violencia)*. ¡Y yo les ayudé a matarle! ¡Con razón murió mi hijo, si yo mataba en esos momentos al de Dios! ¡Ahora lo comprendo! ¡Oh! ¡Perdóname, Señor! *(Llora amargamente, pero suave. Pausa)*.

SACERDOTE:

(La mira detenidamente). ¿Te sientes mejor? *(No recibe respuesta, pero es evidente que sí. Decidido)* Ven, vamos al Gólgota a arrepentirnos; vamos a pedir perdón.

MARTA:

¡Yo les ayudé! ¡Señor! ¡Señor! ¡Con razón murió mi hijo!

SACERDOTE:

(Erguido, resuelta ya la voz). Vamos, Marta; a pedir perdón, porque ¡Ese hombre era el Hijo de Dios! ¡Ese hombre era el Hijo de Dios, Caifás!

(Salen los dos. Marta apoyada en el Sacerdote y llorando vencidamente. Pausa).

CAIFÁS:

(Solo. Alza el rostro. En voz baja). Padre nuestro que estás en los cielos, he aquí el engaño de Jesús que ha muerto para redimirte en la pobre conciencia de estos hombres. He aquí nuestro engaño para que estos hombres puedan adorarte y para hacerles más llevadera la miserable vida. Sal a encontrarles, a estos pobres hombres, que van a Tí guiados por la mentira pero por los caminos de la humildad y de la resignación y del arrepentimiento, y que tu nombre sea bendito entre los benditos y la obra de tus manos justa ante los impuros ojos de estos hombres. Amén.

(La tempestad arrecia. Cae una serie de relámpagos a lo lejos que alumbran esporádicamente las tres cruces del Gólgota. Al rato se oye acercarse el rumor ensordecedor de una legión de niños cantando en coro un aleluya espléndido y glorioso. Se ven pasar sus sombras marchando hacia la aurora cuyos límites pisa ya la vanguardia. ¡Aleluya! ¡Aleluya! La tempestad arrecia).

TELON LENTO

ENEMIGOS

(Pieza en dos actos)

Personajes: TRES HOMBRES

Lugar del suceso: MEXICO

Durante la Revolución.

A Italo López Vallecillos

PRIMER ACTO

Piedra y vegetal. A unos veinticinco metros de la carretera, a donde se va por una especie de cañón que forman dos piedras muy grandes. Esta salida natural es la única que hay. Todo lo demás está sitiado por la selva. Es una especie de isla. Tarde en la tarde. La poca luz que queda se va recogiendo poco a poco para seguir el mismo camino del sol, que ya se ha puesto. Anochecerá durante el transcurso de la primera parte del primer acto.

(Llega un hombre sudoroso, cansado. Ha estado corriendo. Mira hacia atrás y sonríe. Se sienta sobre una piedra, de espaldas al sitio por donde entró, y se acaricia la cara. Poco a poco comienza a brotar ese estrato de su persona que la guerra recubrió de barro y odio. Sonríe otra vez. Esta vez es una sonrisa de vencedor ante los que creen en la docilidad del alma humana. Se quita las pesadas botas y se soba los pies con cariño. Los ve. También para ellos tiene una callada sonrisa. Una sonrisa de agradecimiento. Les da unos golpecitos como para felicitarlos y se los vuelve a acariciar,

como si fueran perros fieles. Estando en esto, comienza a recordar y, sin dejar de acariciarse los pies, echa para atrás la cabeza y tararea una canción lejana. Es como si estuviera siguiendo, imitando lo que en su memoria escucha. De pronto, desde algún sitio inesperado, salta otro recuerdo más urgente e inmediato. Interrumpe la canción y cambia de cara. Vuelve otra vez a ver por donde entró y se calza las botas. En ello está cuando por el mismo sitio entra otro hombre. El hombre primero no lo ve por estar de espaldas. El hombre segundo desenfunda inmediatamente su pistola, pero al darse cuenta de que no ha sido visto siente de pronto unas ganas de huir, de salir corriendo. Tembloroso, comienza a retroceder, pero el primer paso que da hacia la huida tropieza con una rama seca cuyo crujido lo delata. El hombre primero se inmoviliza en su gesto de estar amarrándose los cordones de las botas. No se atreve a mirar hacia atrás. El hombre segundo está encañonándolo. Le tiembla la mano. Pero no se mueve, no dice nada. Todavía tiene la esperanza de que de alguna forma no se haya dado cuenta de su presencia. Al fin, el hombre primero se resuelve a volver la cabeza poco a poco. Es entonces cuando el segundo le grita).

HOMBRE SEGUNDO:

¡No se mueva! (El hombre primero alza los brazos).

HOMBRE PRIMERO:

Un momento. No dispare. (Empieza de nuevo a volver la cabeza).

SEGUNDO:

¡No se mueva! ¡No me mire! Levántese. (*Primero le obedece*). Suba más las manos. ¡Más! En el momento en que se vuelva le suelto plomo. Le estoy apuntando a la cabeza. Ya lo sabe. (*Ha ido retrocediendo hasta salir*).

(*Pausa. El hombre primero, que esperaba la muerte con alguna entereza al principio, comienza a temblar y a fruncir el entrecejo*).

PRIMERO:

¡Dispara! ¡Dispara rápido!

(*El hombre segundo vuelve a entrar, con los brazos en alto. Inmediatamente después entra un tercer hombre, de típico porte ranchero, encañonando con su rifle a Segundo*).

HOMBRE TERCERO:

(*A Primero*). Creo que le he salvado la vida, ¿eh amigo? (*Primero se vuelve*). Téngalo, mátelo usted. Le pertenece. (*Primero desenfunda y encañona a Segundo*).

PRIMERO:

Por eso no querías que te viera, ¿verdad? No tienes cara de asesino.

TERCERO:

Es un cobarde. Estaba temblando como una hoja cuando me lo encontré. Y yéndose para atrás, porque éste es de los que no pueden matar de cerca.

SEGUNDO:

(*Ve las dos armas que lo amenazan*). Me parece que no estoy temblando ahora.

PRIMERO:

Es más fácil morir que matar, ¿verdad?

SEGUNDO:

Acaben de una vez.

PRIMERO:

Esperar. Eso es lo peor.

SEGUNDO:

Acaba de una vez.

TERCERO:

Tire, amigo, tire.

PRIMERO:

Me salvaste la vida. Quizás debemos salvársela también a éste. (*Transición*) ¿Por qué...?

TERCERO:

¿Por qué, qué?

PRIMERO:

¿Por qué me salvaste la vida?

TERCERO:

Pasaba. Ví a éste. (*Gesto de ¿quién sabe?*)

PRIMERO:

Mientras sucedan cosas así, que un desconocido ayuda a otro..., mientras sucedan cosas así, todavía hay remedio. (*A Segundo*). ¿Comprendes?

TERCERO:

No sea tonto. Mátelo. El lo iba a matar a usted. Tire.

PRIMERO:

(*A Segundo*) De qué bando eres?

SEGUNDO:

Me van a matar, ¿para qué andan con rodeos? (*Transición*). Espera. Pensemos. Si ustedes dos no son amigos, si no se han visto antes, tampoco saben a qué bando pertenecen. Ni saben a qué bando pertenezco yo. (*A Primero*). Quizás tú y yo seamos del mismo bando, ¿ah? Nos podríamos cargar a éste. Dos contra uno. Es fácil. (*A Tercero*) O tú y yo, encargarnos de que se vaya éste a los infiernos. De cualquier bando que yo sea, soy del mismo del de uno de ustedes.

PRIMERO:

Más te valiera rezar que quererte salir con las tuyas. Si hay alguien a quien odio es a la gente como tú que embrolla las cosas pensando. (*Prensa el gatillo*). Reza.

SEGUNDO:

No creo que haya necesidad. No vas a disparar.

PRIMERO:

(A Tercero). ¿De qué bando es usted, compañero?

TERCERO:

(Lo encañona). No. Usted a mí primero. ¿A qué lado pertenece, al federal o al revolucionario?

SEGUNDO:

Eso. Que te lo diga él primero, porque en el momento de decírselo tú, si no eres de su mismo bando, antes de que termines te llenará la barriga de plomo caliente. (Comienza a bajar las manos).

TERCERO:

No baje las manos. Este y yo seguramente somos del mismo bando.

SEGUNDO:

Bueno, pregúntaselo.

(Primero y Tercero se miran, luego se encañonan mutuamente).

SEGUNDO:

No quiere. Dile tú.

(Lo mismo. Segundo ríe un poco y baja las manos. Encañona con su pistola a los dos, los dos lo encañonan a él rápidamente, y él, riéndose, enfunda la pistola, probando con ese gesto que todos están con las manos atadas).

SEGUNDO:

Aquí la solución de cada uno es matar a los otros dos. Pero en el momento de matar a uno, el otro lo mataría a él. (*A Tercero*) Usted, con ese rifle, es el que está en peores condiciones. Porque ese no será uno de esos rifles modernos que tiran un tiro detrás del otro. (*Lo ve*). No. Antes de poner la otra bala ya tendría una en la cabeza. Otra solución es la de averiguar a qué bando pertenecemos, porque dos de nosotros necesariamente hemos de ser del mismo bando. Basta que estos dos sepan quiénes son para liquidarse al que queda. Yo y tú, o yo y tú. O tú y tú, claro. ¿Cómo hacemos para saberlo? ¿Quién es el primero que se atreve a decir a qué bando pertenece? Esto nos pasa por no llevar uniforme. Los “dorados” de Pancho Villa, esos sí que... (*Primero y Tercero lo han encañonado*).

TERCERO:

¿Qué ibas a decir de los “dorados” de Villa?

SEGUNDO:

Iba a decir que esos sí que llevan uniformes. Y los del ejército regular federal. Nada más, ni en pro ni en contra.

PRIMERO:

¿Y si te matamos, nosotros dos?

SEGUNDO:

A lo mejor soy de tu bando.

SEGUNDO:

Pero, ¿y si te mato, de todas maneras, como me pensabas matar tú, y éste y yo nos vamos cada cual por su lado?

SEGUNDO:

En el momento de darse la vuelta uno, el otro lo mataría. Vivo yo, soy un posible aliado de cualquiera de los dos.

PRIMERO:

(A Tercero). Te debo la vida. ¿Confías en mí?

TERCERO:

(Pausa). No. (Pausa). Matamos a éste, luego tú te das vuelta y te vas. Te he salvado la vida. ¿Confías en mí?

PRIMERO:

(Le duele, pero). No. Conozco ese veneno de "patriotismo" que nos inyectan.

SEGUNDO:

¡Ja, ja, ja!

PRIMERO:

Tú has tenido la culpa. Te íbamos a perdonar cuando comenzaste a hablar, a razonar. Ahora serás el que primero caiga.

SEGUNDO:

Lo veremos.

PRIMERO:

Cuando no se piensa, se sale uno del camino y se le salva la vida a otro. Se perdona al que momentos antes nos iba a matar, pero se piensa, se embrolla, y mira: No nos podemos mover. (*Enfunda su pistola. Tercero continúa con su rifle preparado. Es el que más desconfía*). ¡Hay una solución! Vámonos todos, cada uno por su lado, sin decirnos nada.

SEGUNDO:

¿Por dónde te irías tú, querido, una vez en la carretera, por la izquierda o por la derecha?

PRIMERO:

Sin salir a la carretera. Aquí mismo.

SEGUNDO:

Es lo mismo. ¿Qué lado cogerías tú?

PRIMERO:

Cualquiera. Lo echaríamos a suerte.

SEGUNDO:

Nos toca el lado contrario y tenemos que dar la vuelta a medio camino, si no queremos caer en mitad del campamento enemigo y nos volveríamos a encontrar, pero entonces ya dos contra uno, y cualquiera puede ser ese uno.

PRIMERO:

Pronto se hará oscuro completamente. No nos veríamos.

SEGUNDO:

De noche es peor. Cazarnos en la oscuridad. (*Sonríe cínico*). Aquí estoy más tranquilo. Por lo menos sabré el momento en que voy a morir. (*Idea*). Nos podríamos marchar, con cierto intervalo de tiempo...

PRIMERO:

¡Si, eso es!

SEGUNDO:

Pero no, porque sólo bastaría que el primero se escondiera, viera qué dirección coge el segundo para aliarse con él o con el que queda.

PRIMERO:

¡Otra vez estás razonando! Podemos jurar que no nos esconderemos.

SEGUNDO:

¡Cómo quieres salvar la vida!

PRIMERO:

No es la vida lo que quiero salvar. Es más. Podemos jurar que no nos esconderemos.

SEGUNDO:

Bueno. Sí. (*A Tercero*). ¿Tú crees en esos juramentos?

TERCERO:

No.

PRIMERO:

¡Hay que hacer algo!

TERCERO:

Al que primero quiera irse de aquí le pego un tiro.

SEGUNDO:

No asusta a nadie, jefe. Usted es el que está en peores condiciones, con ese rifle.

TERCERO:

Puedo disparar y volver a cargarlo antes de que tú cuentes hasta uno.

SEGUNDO:

(Cínico). ¿Sí? Pruebe.

(Tercero está encañonando a Segundo. Vuelve a ver a Primero. Primero está con la mano presta a desenfundar).

SEGUNDO:

Estamos en una trampa. (A Tercero). Tú debiste haber previsto todo esto y esperar a que yo matara a éste y tomara mi camino, y entonces matarme a mí o venirte conmigo, según el lado que cogiera. Yo sí lo hubiera previsto. Tú no, claro.

PRIMERO:

¿Y si todos somos del mismo bando? ¡Sí! ¡Sí! ¡¿Y si todos somos del mismo bando?!

SEGUNDO:

¿De cuál bando, cariño, del federal o del revolucionario? Dílo tú. No hay otra solución que la de sentarnos y esperar a que pase algo. Muy rápido tiene que ser el que comience a disparar para no ser muerto por el otro. El único que podría es usted, compadre... si tuviera pistola, porque con ese rifle... La única solución es sentarse... *(Se sienta en un extremo de la escena)* y esperar. Esperar.

PRIMERO:

¿Esperar qué?

SEGUNDO:

No sé.

(Primero se sienta al otro extremo. Tercero en la mitad al fondo, de manera que forman un triángulo. Todos están dándose el frente y la mano cerca del arma).

SEGUNDO:

Estamos más o menos a la mitad del camino entre ambos campamentos. Alguno de los dos avanzará tarde o temprano. Que cada cual espere que sea el suyo. *(Los mira)*. Es cierto. Todos podemos ser del mismo bando. *(Pausa corta)*. Está anocheciendo. Hoy ha sido dura la pelea. De ambos bandos, se entiende. Empate. Siempre, después de una batalla, hay unos cuantos que se quedan atrás por algún motivo y no pueden retirarse a su campamento. Je, je. ¿Cuál es el motivo de ustedes? Puesto que no podemos hacer otra cosa que esperar, me parece bien que hablemos teniendo la precaución de no decir ni dar a entender a cuál

bando pertenecemos, si a la izquierda o a la derecha. Yo estaba en un hueco. Desde el mediodía. Cuando ordenaron la retirada, mi compañero, que estaba conmigo, salió primero. En ese momento le reventaron la cabeza a balazos. Volvió a caer. Tenía los ojos... fuera. Quedó como sorprendido, como si no pudiera creer que... ¡Como si no lo pudiera creer! *(Pausa)*. Permanecí ahí, hasta que no hubiera ya nadie, y esperé y esperé y esperé y esperé, con él, al lado. Desde mediodía. No he probado bocado. Regresaba a mi campamento. Entré a descansar.

TERCERO:

¿Quieres? *(Le tira una mochila con comida)*.

SEGUNDO:

(Asiente y come. De pronto se detiene. Voz baja). Le sacaron los ojos. Pablo! *(Aparta la comida y vomita)*.

TERCERO:

Ahí dentro hay aguardiente.

SEGUNDO:

No.

(Pausa).

PRIMERO:

(A Tercero). ¿Y tú?

TERCERO:

Vine a la guerra con mi hijo. Después de la batalla de esta mañana, no llegó al campamento. Regresé a buscarlo. *(Baja la cabeza)*.

PRIMERO:

(Grita. Tiene que ser un grito máximo, que trascienda, con mucho, el salón del público. En este grito toda moderación significaría vulgaridad y tendría un efecto contraproducente). ¡Dios! (Transición). Compañeros, óiganme. Se están burlando de nosotros. No somos dignos. Nos están mirando en estos momentos. Yo soy maestro de escuela. Soy un hombre de paz. Quiero decir... Probemos..., demostremos algo..., amémonos de pronto.

SEGUNDO:

¡Ja, ja, ja! Ahora sí que estás cómico. ¡Ja, ja, ja! (Serio). Bueno, amémonos, amémonos. Empieza tú. Trata de hacerlo tú. (Primero comprende que no puede). ¿Ves, imbécil? ¡Ja, ja, ja! Esto sí que es cómico. ¡Ja, ja, ja! Tú, padre, dame la comida. Comeré.

PRIMERO:

(De nuevo). ¡Dios!

SEGUNDO:

(Tranquilo). ¿Para qué haces eso? Lo único que lograrás es hacer que vengan los de cualquier bando. Espera que vengan ellos por su propia cuenta. Me dará tiempo de comer. (Come).

TERCERO:

Hagamos un fuego.

SEGUNDO:

Sólo serviría para llamarle la atención a los de cualquier bando. Oye, padre, qué bueno está esto.

TERCERO:

Lo hizo mi mujer.

SEGUNDO:

¿Trajiste a tu mujer a la guerra?

TERCERO:

Sí.

SEGUNDO:

La soldadera. Qué país este. Los soldados van a la guerra con mujer e hijos. Será hábil en robar a los muertos tu mujer, ¿eh padre? En otros países los ejércitos tienen un servicio de cocina, no tienen que llevar los soldados a su propia cocinera. Aquí tenemos... Está bueno, esto. (*Lo que come*). Aquí tenemos que ser verdaderamente patriotas para ir a la guerra. O ladrones. En otros países se les da un sueldo a los soldados. Aquí el sueldo de uno es lo que robe. México. Sin olvidar lo de los uniformes. Es una ventaja. De esa forma ya no todos los hombres son enemigos, sino sólo los que visten de azul, o de verde. Tú debes ser bravo para la guerra, ¿eh padre? ¿Era tu único hijo?

TERCERO:

No, tengo otro, niño todavía. Se quedó, con la madre de mi mujer.

SEGUNDO:

A lo mejor fuiste tú el que mató a mi amigo. ¿Por qué no? Podría ser.

TERCERO:

A lo mejor. No sería la primera vez que le desbarato los sesos a alguien.

SEGUNDO:

O a lo mejor mi amigo era tu hijo. Podría ser. ¿Por qué no? *(Pausa. Tercero comprende que es posible).* ¿Era un... como de veinte años?

TERCERO:

(Se levanta). ¡Sí!

SEGUNDO:

(Ve los bigotes de Tercero). ¿Con bigotes?

TERCERO:

No. *(Se sienta de nuevo).*

SEGUNDO:

Bueno, sí, no tenía bigotes. Vello más bien. ¿Un muchacho moreno, alto, fuerte? ¿Callado? No le gustaba hablar.

TERCERO:

(Otra vez comprende que es posible, pero ya recela. Voz baja). Sí.

PRIMERO:

Déjate de estar engañándolo, ¿quieres?

SEGUNDO:

Je, je, je.

PRIMERO:

Tu hijo no se llamaba Pablo, ¿verdad? *(Al oír el nombre se le trunca la risa a Segundo).*

TERCERO:

No. Jacinto. Se llama. No llamaba.

SEGUNDO:

¿Cómo sabes que mi amigo se llamaba Pablo?

PRIMERO:

Tú lo dijiste. Hagamos ese fuego. Que vengan, qué importa. Sólo así podremos terminar con esta . . . peores que bestias encerradas.

(Primero, ayudado por Tercero, comienza a hacer un fuego. Le dan la espalda a Segundo, y éste aprovecha la ocasión para deslizar la mano hacia su cartuchera).

PRIMERO:

(A pesar de no parecer haber estado viéndolo. Sin volverse). Tendrías que hacer dos disparos certeros. Dos disparos únicos y rápidos. Y tú sabes que no puedes.

SEGUNDO:

(Sonríe cínico). Tienes razón.

TERCERO:

Déjalo que comience. Yo también lo estaba viendo.

PRIMERO:

Y después matarme a mí, ¿verdad?

TERCERO:

(Sin darle pizca de importancia). Sí.

PRIMERO:

Pero si me ibas a salvar la vida. Te saliste de tu camino para ayudarme.

TERCERO:

Entonces, sí. Ahora es otra cosa. O los mato yo o me matan ustedes.

PRIMERO:

(Le duele, pero). Sí.

TERCERO:

Levanta el pie, esta rama arderá bien.

SEGUNDO:

(Burlón). Oye, maestro, ¿por qué gritaste eso? Tú crees en Dios, ¿verdad?

PRIMERO:

Es Dios el que no cree en nosotros.

SEGUNDO:

Yo en lo que creo es en los ángeles. Sobre todo cuando están bien dotados de... *(Gesto libidinoso)* protuberancias. Je, je. Recuerdo que una vez en..., bueno, en cualquier parte, en un pueblo que cogimos... Entramos en una casa, una casa de mampostería, lujosa. Buena gente. Estaban ahí, temblando, el padre, la madre y el ángel. ¡Y qué ángel! Matamos a los viejos, y a ella nos la repartimos entre todos. *(Con gusto, recreándose en mostrarse malo).* Yo fui el pri-

mero. Ah, muchachos, ni les cuento cómo estuvo eso. El cielo. Yo mismo le movía la caderas, porque estaba desmayada. Ah, el cielo. Eh, maestro, ¿qué te parece? Esa pudo haber sido tu mujer. No, era virgen. Tu hermana, eso sí. Y ahora, viéndote bien, hasta creo que te pareces a ella. Sólo que ella..., claro... ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO:

Sí, pudo haber sido. O pude yo haber hecho lo mismo con tu hermana.

SEGUNDO:

Yo no tengo hermana. ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO:

Con tu mujer entonces. ¿O tampoco tienes mujer?

SEGUNDO:

(Serio). No.

PRIMERO:

O tu madre. Porque los míos no respetan ni a las viejas. Los míos o los tuyos. Es lo mismo.

SEGUNDO:

Yo no tengo madre. ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO:

Te lo creo.

SEGUNDO:

Comienzo a conocerte, ¿sabes? Tú eres uno de esos maestritos que creían en los ideales de la revolución y se van a luchar por ellos. Los maestros siempre están hablando de ideales. O que no creen en los ideales de la revolución y se van a luchar contra ella para guardar el orden. Los maestros siempre están hablando de orden. ¿De cuál clase eres tú? ¡No, cuidado, no lo digas! Has venido y te has encontrado con que aquí no se trata ni de orden ni de ideales, con que aquí sólo se trata de matar. Ese es el único ideal que existe. Y sólo cuando estemos todos muertos habrá orden. Te has de haber llevado una sorpresa, ¿eh maestro?

PRIMERO:

Yo sabía a lo que venía.

SEGUNDO:

¿Sí? Yo también. Eso nos hace ser más peligrosos todavía. (*A Tercero*) Ahora te diré por qué estás tú aquí.

TERCERO:

Si me tratas de engañar otra vez o de burlarte de mí te parto la cabeza.

PRIMERO:

Y lo hará. Tú lo sabes. De manera que cállate.

SEGUNDO:

Si pudiera ya lo hubiera hecho. Con ese rifle. Ja. Tú eres mi guardián, mi ángel guardián. (*A Tercero*)

ro). ¿Eh, padre? Este y yo tenemos cinco balas que podemos soltar de corrido. Usted una. ¿Quiere cambiar, mi pistola por su rifle? ¡Ja, ja, ja! A mí no me sirve la pistola, soy . . . cobarde, sí. Tengo miedo. A éste tampoco le sirve, al maestrito. El maestrito es bueno. No quiere pecar. Cree en Dios. A usted sí que le serviría, ¿eh?

PRIMERO:

Cállate, te digo. Hablas demasiado. Todo es culpa tuya. Yo te quise salvar. Quise hacer el bien. Este vino a salvarme. Quiso hacer el bien. Sólo tú estás aquí por malo, y nos encerraste a todos hablando, razonando.

SEGUNDO:

Bueno, les diré por qué estoy yo aquí. No, mejor no. Se reirían.

(Pausa).

PRIMERO:

¿Oyen?

SEGUNDO:

(Escucha). No se oye nada.

PRIMERO:

Eso. Hasta a los bichos los han matado.

SEGUNDO:

Oh, qué dolor, los pobres bichitos. Qué inhumana es la guerra. ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO:

¡Pablo! (*Surte el efecto que buscaba. Se le corta la risa a Segundo*). ¡Ja, ja, ja! ¿Entonces es de veras que era tu amigo? (*Transición*). Perdóname. Hace fresco. Acérquese al fuego, padre. (*Tercero lo hace*). Yo tengo tabaco. ¿Quiere?

TERCERO:

Bueno.

PRIMERO:

¿Tú?

SEGUNDO:

Gracias. (*Lían cigarrillos y fuman*).

PRIMERO:

¿Usted es de por aquí, padre? Sí. Es mejor que no lo diga. Tiene razón. Esta tierra no es buena. Mucha piedra.

TERCERO:

De donde yo soy sí es buena. Para el frijol.

SEGUNDO:

Ajá. Entonces usted es del norte.

PRIMERO:

(*Negándolo*). ¿Por qué? ¿Acaso no se da el frijol también en el sur?

SEGUNDO:

Sí, es cierto. (*Pausa*). No podemos ni hablar.

(*Pausa*).

PRIMERO:

No podemos decir ni “soy de tal parte”, ni “¿cómo te llamas?”, ni “te quiero”. (*Pausa. Se levanta y grita de nuevo*). ¡Dios!

(*Segundo se le tira encima furioso, lo tumba y le pone la pistola debajo de la quijada*).

SEGUNDO:

¡Como vuelvas a gritar eso te mato, ¿me oyes? te mato!

TERCERO:

(*Apuntándolo con su rifle*). Suéltalo. O no, mejor no, mávalo, mávalo de una vez, para matarte yo y terminar esto.

SEGUNDO:

(*Se levanta*) ¿Me oíste? No es de camaradas. Hay que ser muy poco hombre... (*Tirita*). Tengo frío.

PRIMERO:

(*Sin rencor, al contrario*). ¿Tanto así crees?

SEGUNDO:

No me preocupo de eso. Estoy nervioso. (*Tirita*).

PRIMERO:

(Se quita el saco y se lo da). Coge, ponte esto.

SEGUNDO:

(Receloso). ¿Por qué?

PRIMERO:

Porque sí. Anda. Cógelo.

SEGUNDO:

(Lo coge). Gracias. *(A Tercero).* Dame un trago.

PRIMERO:

Yo también tengo. *(Saca una botella de su mochila. Tiene una nueva esperanza).* Qué importa que no nos podamos decir las cosas importantes si podemos decirnos cosas como “tengo frío”, “coge mi saco”. Todo no está perdido, mientras nos podamos decir cosas así.

SEGUNDO:

A lo mejor se ponen ustedes a pensar que como soy friolento debo ser de la costa, y como la costa está en manos de... ¡Pero se equivocan! ¡No soy de la costa! Si tengo frío es porque estoy enfermo, me va a dar calentura. ¡Lo cual no quita que no sea...! ¡Oh! *(Se aprieta la cabeza).*

PRIMERO:

Entonces, ni eso.

SEGUNDO:

Ni eso. Coge tu saco.

PRIMERO:

No, déjateló.

SEGUNDO:

Cógelo, he dicho. (*Se lo tira*).

PRIMERO:

Y sin embargo, todos somos algo, de alguna parte. Pero es un crimen, ser lo que sea. Está prohibido. Sólo cuando está uno solo. Porque es un crimen ser. Y hasta decir “yo tengo frío” es peligroso. Si el que está a tu lado se da cuenta de que eres, te aplastará la cabeza. Es un crimen. Bien. Vamos a jugar a que no somos, a que estamos simplemente. (*Tercero está rascándose la espalda*). Rascarse la espalda, eso es todo lo más que se puede hacer. (*Tercero desconfiado, deja de rascarse*). Pero, cuidado, también eso puede ser peligroso. Se pueden deducir cosas. ¿No es cierto?

SEGUNDO:

Imbécil.

PRIMERO:

Eso es, defiéndete. (*Segundo le quita la cara*). ¿Por qué no me miras? Por qué no nos miramos todos a los ojos? Terminaríamos acostándonos juntos.

SEGUNDO:

¡Maricón, cállate!

PRIMERO:

A usted, papá, a usted le debe ser más fácil todo esto. A usted no le gusta hablar. Es lo más seguro en este juego de escondite. Jugamos a que no somos, a que no existimos más que como esto, una cosa que bebe, o que se rasca la espalda, que camina por la calle, que se sienta. Nada más. Sí, me callaré. (*Transición*) ¡Oh, estúpidos! ¡Oh, oh, estúpidos! No se dan cuenta de que esto es así porque nadie se ha atrevido nunca a hablar, porque nadie se ha atrevido a llorar en las esquinas, o a decirle al de al lado: "Tengo frío"? El día que pase eso nos abrazaremos todos. De pronto comprenderemos que hemos hecho los estúpidos, que nos hemos dejado engañar, porque aquí estamos para abrazarnos los unos a los otros. ¡Déjenme, déjenme besarlos en la boca, y besarlos en los pies, para darles la bienvenida a esta nueva vida, para demostrarlo! ¡Déjenme ser bueno, para probarles cómo inmediatamente lo serán ustedes también, y después ellos, y después los otros, y después todos! Será una nueva vida que habremos comenzado nosotros, aquí, en esta tierra de nadie, a escondidas! Yo voy a decir de qué bando soy, y lo vas a decir tú, y luego tú, y nos vamos a abrazar todos, porque habremos comprendido que no importa. Oigan, oigan, yo soy... (*Segundo y Tercero aprestan sus armas. Primero comprende que uno de los dos lo matará en el momento en que diga de qué bando es*). Yo soy... (*Se dobla y llora*).

SEGUNDO:

¿Qué, hablador de mierda, qué eres tú?! ¿De qué bando eres? ¡Habla! ¡Habla! Para eso, para hablar, para eso sí eres bueno tú, para hablar de ideales, de orden. Son gente como tú los que están pudriendo

el mundo, los que le hacen la vida insoportable a los que sólo queremos quedarnos en casa, sin decir que somos o que no somos. Quedarnos simplemente y trabajar en lo nuestro. Que nadie me diga que tiene frío, que yo tampoco se lo diré a nadie. Yo sólo quiero... vivir... en paz... con lo mío. Aunque tenga que matar para ello. Porque yo vine aquí a matar. Me sería repugnante saber que tú y yo somos del mismo bando. Hablador. Te conozco. A la hora de hablar, grande. A la hora de hacer lo que predicán, mírate, maricón. (*Transición*). No se puede hacer otra cosa que esperar. Esperar. Hasta que cualquiera de los dos bandos venga. Lo más gracioso es eso, que todos podemos ser del mismo bando. Je, je, je. A lo mejor todos somos del mismo bando y los que vienen son los otros. Los habremos esperado, así, cruzaditos de brazos, para que nos maten. Y todo porque no hay nadie que... ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO:

Todos "somos" del mismo bando. Sencillamente porque no hay dos bandos, hay uno solo. Nos lo han hecho creer, pero hay uno solamente, uno solo.

SEGUNDO:

¿Y cuál es ese bando único, querido, el federal o el revolucionario? ¿El que cree en los ideales, o el que cree en el orden? ¿El que quiere trastornar al mundo para implantar unos ideales, o el que está satisfecho con las cosas mientras pueda sentarse en algún sitio y fumar tranquilamente? Estoy hablando demasiado.

PRIMERO:

Tú eres un hombre de paz. Todos los hombres somos hombres de paz.

SEGUNDO:

¿Crees que soy federal? ¿No puede ser que yo haya salido a luchar por ese sitio en donde sentarme? ¿No puede ser que sea eso lo que signifique para mí la revolución? Sí, puede ser. O puede ser que ya lo tenía. ¡Adivínalo! ¡Arriégate! Estoy hablando demasiado. Ya he dicho más de lo que conviene. (*Tirita*).

PRIMERO:

Pero decir: "yo tengo frío", eso sí lo puedes decir.

SEGUNDO:

No. Tampoco. El padre, el padre es el más listo de nosotros. No habla. Espera a que uno de nosotros meta la pata para meterle él plomo en la cabeza. ¿Eh, padre? ¿Por qué no habla? ¿Por qué no dice nada?

TERCERO:

Cuando yo hable va a ser con ruido. (*Gesto al rifle*).

SEGUNDO:

Vamos a dormir ¿qué les parece? Tú velarás mi sueño, ¿eh, padre? (*Transición*). Lo decía en broma, pero sí, creo que sí se puede dormir. Cada uno de ustedes cuidará de que el otro no me haga daño, porque yo puedo ser de su bando. (*Se echa. Transición. Se incorpora*). Pero, pensándolo bien, (*A primero*) tú puedes engatuzar a éste y aliarte con él de alguna forma. No, no pueden. Entre dos es el mismo problema. Je. A lo mejor entre mil sería lo mismo. O entre un mi-

llón. Je. Sería gracioso. (*A Primero*). Sí, pero conozco a los de tu clase y tu lengua. Tampoco se puede dormir.

(*Primero se echa y cierra los ojos*).

SEGUNDO:

(*Bebe*). ¿Quieres?

TERCERO:

No.

SEGUNDO:

Yo sí. Me quita el frío. (*Bebe*).

(*Pausa larga*).

SEGUNDO:

(*En voz baja, cuidando de que no lo oiga Primero a quien cree dormido*). Padre, padre, ¿quiere salir con vida de esto?

TERCERO:

¿De qué bando eres?

PRIMERO:

(*No dormía*) Sí, ¿de qué bando eres? ¡Dilo! ¡Porque juro que mataré al que no sea del mío, y nadie es de mi bando! ¡Dilo, ¿de qué bando eres, traidor cochino?! ¿Crees que dormía? Tigre, hay que ser tigre entre los tigres. (*Los tres están encañonándose*).

SEGUNDO:

(*Cínico*). ¿Ves? No se puede dormir. Esto va a durar toda la noche.

PRIMERO:

No. Esto va a durar hasta que se acabe el mundo. (*Voz baja*). ¡Dios, ayúdame! ¡Hazme amar a estos puercos, Señor! Tú eres mi refugio. ¡Carajo, escúchame!

SEGUNDO:

Dios no existe, idiota.

TERCERO:

(*Tranquilo*). Yo soy Dios. (*Pausa. Primero y Segundo lo miran. Tercero se da vuelta de pronto y sin previo anuncio visible, congestionado de risa*). ¡Ja, ja, ja! (*De pronto se vuelve, cree que venían hacia él*). ¡Cuidado, el que se me acerca se muere!

SEGUNDO:

Cuando los brutos abren la boca...

PRIMERO:

(*Todavía bajo la impresión*). ¿Quién es usted, padre?

TERCERO:

(*Encañonándolo. Los tres están con las armas en la mano*). ¡Adivínalo! ¡Arriésgate!

SEGUNDO:

(*Voz baja*). Hasta que se acabe el mundo.

TELON

SEGUNDO ACTO

Lo mismo. El fuego se ha extinguido casi totalmente.

SEGUNDO:

(En la oscuridad. Voz baja). ¡Dios! ¡Dios! ¡Padre! ¿Está dormido? *(Se levanta y va al proscenio, camino de Primero. A sí mismo).* Está dormido. Todos duermen. Ahora..., ahora es la hora. Los mataré a los dos. Primero a éste. Será más fácil. Pero en silencio. No debo despertar a Dios. Lo estrangularé, en silencio, y después..., el otro. Debo tener fuerzas. ¡Oh, qué hermoso es esto! Estoy solo. Solo sobre la tierra. ¡Solo! Pero no debo pensar en voz alta. Puedo despertar a Dios. A Dios Padre que anda buscando a su Hijo. ¿Para qué lo mandó? Está bien que lo haya perdido. Este es un juego para hombres. Je, je. Está bien. Qué tiene que andar espionando. Desvarío. Me ha subido la fiebre. No debo pensar. No debo pensar. Debo matar solamente, matar, matar. *(Transición).* Abel, ¿duermes? Sí, duermes. Confías en Dios. Pero Dios también está dormido. Ahora te mataré. Ahora... *(Le-*

vanta el saco que hace de cobija a Primero y lo despierta).

PRIMERO:

¿Eh? (*Desenfunda rápidamente y prende un fósforo*). Tú, claro. (*Levanta más el fósforo para alumbrar a Tercero. Tercero está con el rifle al hombro, apuntando a Segundo*).

TERCERO:

En el momento en que lo mataras te ibas a ir detrás de él.

SEGUNDO:

¿Estabas despierto?

TERCERO:

Estaba despierto. Oyéndote.

SEGUNDO:

¿Y por qué no nos ha matado? ¿Por qué no nos ha matado usted a los dos? Pudo hacerlo. Este estaba dormido, habría tenido tiempo de cargar de nuevo su rifle. Era su gran oportunidad. ¿Por qué no lo hizo?

TERCERO:

No quiero ser yo el que empiece el tiroteo. Pero seguramente seré el que lo termine.

PRIMERO:

Porque es bueno. Todavía tiene esperanza de ser bueno. Déjalo. Tú eres el único perverso. En realidad es tan fácil. Sólo hay que romper un hilo para desen-

cadenarlo todo. Y nadie se atreve. Todos nos agarramos a ese hilo. Y nadie se atreve. Todos nos agarramos a ese hilo. Todavía tenemos esperanza. (*A Tercero*). ¿Verdad? (*Tercero hace gesto de que ni lo sabe ni le importa*) ¿Pero creen que si en el fondo nos quisiéramos matar no nos hubiéramos matado ya? Pero si es . . . Yo lo veo tan claro. Todavía tenemos esperanza de ser buenos. (*A Segundo*). Hasta tú, estoy seguro. Sí, hasta tú. Y no nos dejan. Hay una cosa que se llama naturaleza humana, buena, limpia, como la mano misma de Dios. Pero aquí todo conspira contra ella, quiere mancharla, hacerla mala, y tenemos que defenderla. (*A Tercero*). Es eso lo que estamos haciendo, defendiéndola, ¿verdad?

SEGUNDO:

No se trata de ningún hilo, maestrito. Yo no comienzo porque . . . , sí, porque soy cobarde. Y porque tienes el sueño muy liviano. Este no comienza porque no puede. Y tú no comienzas porque . . . , ¿sabes?, te lo creo, porque no te quieres manchar. (*A Tercero*). Llamarte bueno. ¿Qué te parece, padre? Dios, ¿qué te parece? (*A Primero*). Y además, no empiezas el juego porque no eres lo suficientemente valiente para hacerlo. Yo sí lo soy. Duérmete, descúdate y verás. Yo, el cobarde, sí lo soy.

TERCERO:

¡Empiézalo! ¡Empiézalo! Ya me estoy cansando. Pero sabe que yo no voy a dormir. Estoy siempre despierto. Y veo bien en la oscuridad.

PRIMERO:

(*A Segundo*). No. No empezarás nada. Te conozco. Eres cobarde. Y además, también tú tienes esperanza.

SEGUNDO:

De salir con vida de esto.

PRIMERO:

De salir limpio de esto. No hay por qué impacientarse. Al amanecer alguno de los dos bandos avanzará. El empate de esta mañana no durará siempre. Ellos empezarán.

SEGUNDO:

Falta mucho para que amanezca.

PRIMERO:

Sí. Faltan siglos todavía. (*Anima el fuego*). Seguramente todos estaremos muertos para entonces. Será un amanecer muy bello. La tierra vacía, cara al sol, tostada. Reirá. Y no habrá tenido ninguna importancia. Alguien le habrá ganado la apuesta a alguien. Eso es todo.

SEGUNDO:

Han apostado a que gano yo.

PRIMERO:

Han apostado a que no gana nadie. Sólo él, Dios, seguramente sólo él saldrá con vida de esto.

TERCERO:

Sí.

PRIMERO:

Dígame, ¿por qué dijo usted eso, que era Dios?

TERCERO:

Porque lo soy, comparado con ustedes, que son unas gallinas, que sólo saben hablar. Y yo no hablo. Dios tampoco habla. Y para seguirles el juego, que está divertido. Uno de ustedes se va a delatar de un momento a otro. Algo me dice que los dos son del bando contrario. Y qué gusto me va a dar matarlos.

PRIMERO:

¿Para vengar a su hijo?

TERCERO:

Mi hijo no está muerto.

PRIMERO:

¿Por qué, entonces? ¿Por qué?

SEGUNDO:

Porque es bueno, querido. ¿No lo dijiste tú antes? (*Transición*). Porque es malo, como tú, como yo, como todos.

PRIMERO:

No.

SEGUNDO:

Descuídате y verás. Parecemos diablos con esta luz.

PRIMERO:

A mí me gusta. Alumbra más que la del día.

SEGUNDO:

Depende de lo que se quiera ver.

PRIMERO:

Sí. A tí. A mí. A Dios.

TERCERO:

Ya basta de esa broma. Empieza a cansarme.

PRIMERO:

Sí, debe ser muy cansado.

SEGUNDO:

Ustedes no saben. Hay... No. No debo hablar. ¡Pero no me gusta esta luz! *(Va a apagarla pero se le interpone Primero)*.

PRIMERO:

No. Ya una vez quisiste aprovecharte de la oscuridad.

TERCERO:

Déjalo. La oscuridad es la misma para todos. Y es él el que sale perdiendo. *(A Segundo)*. Tú brillas. Tus ojos brillan.

SEGUNDO:

¿Mis ojos? No. No eran los míos. ¡Son estos que recuerdo, que me miran! (*Desde su frente, de donde quiere arrancárselos. Tirita*). Tengo frío. (*Primero le ofrece su saco*). ¡No! ¡No he dicho nada! Hagamos algo, hablemos de algo. Me pone nervioso no hacer nada.

PRIMERO:

Habla tú.

SEGUNDO:

De cosas sin importancia, que no nos comprometan.

PRIMERO:

Sí. Claro que se puede. ¿Ves? Yo te lo decía. Empieza. Se hará la noche menos larga.

SEGUNDO:

No. Empieza tú.

PRIMERO:

Bueno. Por ejemplo: Es una noche hermosa.

SEGUNDO:

Sí.

PRIMERO:

Las estrellas también. Son hermosas.

SEGUNDO:

Sí.

PRIMERO:

Yo me llamo, por ejemplo, Carlos.

SEGUNDO:

Sí.

PRIMERO:

O Enrique, o José.

SEGUNDO:

Sí.

PRIMERO:

A pesar de todo . . . , a pesar de todo, todavía hay esperanza.

SEGUNDO:

(Pausa). ¿De qué?

PRIMERO:

Pues . . . de que todavía haya esperanza.

SEGUNDO:

¿De qué?

PRIMERO:

De que la haya, de que la haya. De que amanezca mañana.

SEGUNDO:

De que se cierren esos ojos.

PRIMERO:

De que encontremos ese sitio en donde podamos sentarnos a fumar un cigarro.

SEGUNDO:

De que yo te mate a tí antes de que me mates tú a mí.

PRIMERO:

No, porque somos del mismo bando. Todos somos del mismo bando. Mañana, cuando amanezca, nos daremos cuenta de ello y nos arrepentiremos de haberla pasado así, en vez de cantando.

SEGUNDO:

Sólo el que tenga un amigo que se llame Pablo, al que le han roto la cabeza, al que le reventaron los ojos, sólo ése es de mi bando. No hago más concesiones.

PRIMERO:

Bastan. Yo.

SEGUNDO:

¿Te atreves a cargarte conmigo a Dios?

PRIMERO:

El también es de nuestro bando.

SEGUNDO:

Ya lo sabía. Eres cobarde.

TERCERO:

He dicho que ya me estaba cansando de ese juego.

PRIMERO:

Algún nombre hemos de tener, para cubrirnos.

TERCERO:

El de padre está bien para mí.

(Pausa).

SEGUNDO:

¡Bueno, pero que pase, que pase algo de una vez!
¡Matémonos, si es que es eso lo único que se puede
hacer! ¡Tenemos horas de estar aquí! ¡¿Hasta cuán-
do?!

PRIMERO:

Se pueden hacer muchas cosas. Todavía se puede ha-
blar de muchas cosas.

SEGUNDO:

Ya lo has visto que no.

PRIMERO:

Se puede vivir, simplemente. Aunque sólo sea así.

SEGUNDO:

¿Sí?

PRIMERO:

Sí. ¡Sí! ¡Se puede vivir!

SEGUNDO:

Déjenme ir a vivir entonces, déjenme irme de aquí.
(*Marca el mutis. Primero y Tercero lo encañonan*).

PRIMERO:

No puedo. Desconfío. Te puedes apostar por ahí en lo oscuro y cargarnos.

SEGUNDO:

¿Ves? No me dejan.

PRIMERO:

Tú no nos dejas a nosotros. No podemos confiar. Es una buena trampa en la que hemos caído. No se puede dormir porque podemos soñar y salirnos por ahí. No se puede hablar. No se puede nada. Pecar, solamente pecar. Matarnos solamente. (*Pausa*). Ahora, en alguna parte, hace de día. (*Pausa*). Ahora ya hace tarde. (*Pausa*). Ahora hace de día de nuevo. Sólo aquí, no. Aquí no cambia. Estamos como fuera del tiempo. Con todo, es una buena oportunidad para hablar sin prisas. Es lástima que no podamos ponernos de acuerdo. Seguramente nadie tuvo tanto tiempo para hablar como nosotros. Si no estuviera prohibido. Podríamos habernos puesto de acuerdo y mañana, cuando vengan a buscarnos y nos pregunten: ¿de qué bando son?, responderíamos: del mismo. Algunos comprenderían y convencerían a los otros, y luego convencerían a los del bando enemigo de que no son enemigos, de que son del mismo bando. E irían los dos ejércitos donde sus jefes, los generales gordos, los comerciantes —ellos sí se han puesto de acuerdo— y les dirían: No podemos pelear. Somos del mismo bando.

Fumamos los mismos cigarros. Nos rascamos la espalda de la misma manera. Lo hemos descubierto. Y entonces todo México le diría a las otras naciones: No podemos pelear contra ustedes. Somos del mismo bando. Y ellos comprenderían. Todos comprenderían. Sería domingo ese día. Los que entonces estén enfermos sanarían milagrosamente. El que se haya olvidado de cuando era niño, lo recordaría de pronto. Sería muy hermoso. Y todo esto lo habríamos comenzado nosotros. Lo único que se necesita es decir: ¡No! ¡No pasarán! (*Se pone en pie e imita el tono de voz con que, en efecto, se dirá esto al final*). ¿De qué bando, de qué bando serán estos, que se paran así?, preguntará uno. Del mismo, diremos nosotros. Y ustedes no pasarán hasta que no reconozcan que también son del mismo bando. ¡No pasarán!

SEGUNDO:

Ja. Pasarían pisándonos la barriga.

PRIMERO:

(*Sin ánimo ya*). Valdría la pena intentarlo. Quizás sea eso todo lo que haga falta. Se ríen de nosotros, y de ellos, de todo el mundo. (*Transición*). ¿Por qué dijiste eso, que no es de camaradas gritar . . . , tú sabes?

SEGUNDO:

Yo no dije eso.

PRIMERO:

Sí, lo dijiste, lo dijiste. Y me parece muy bien. (*Gesto de "qué me importa" de Segundo*). ¿Sabes? Creo que nadie nunca ha hablado con tanta sinceridad como

nosotros. Todo el mundo es capaz de hacerlo, pero nunca lo ha hecho nadie. La situación, el momento, no sé. Y eso que no podemos hablar. Oh, si pudiéramos, qué de cosas saldrían, qué de nombres. (*Consigno mismo*). Consuelo, madre, me voy. Quiero tocar fondo, encontrarme ahí con la gente, hablar. No fracasaré. Si fracaso, sí. Te lo prometo. Pero no fracasaré. Te lo prometo. (*A los otros, burlándose de sí mismo*). ¿Oyen? ¡No fracasaré! (*Es una risa enferma*). ¡Ja, ja, ja! (*Transición lenta. Otra vez consigo mismo, o más bien con alguien imaginario*). Hola, ¿qué tal? Mira. No, pero así no. Como si estuvieras recién llegando. Pero no cansado, curioso. No, tampoco. Más bien . . . , sí, algo así. Como si estuvieras un poco más seguro, más acompañado. Sí, ya sé, pero disimula. Se debe sonreír. Y quedártelo mirando. Esta piedra, por ejemplo. (*Recoge una y se la queda mirando*). Quedártela mirando hasta que se produzca el milagro. De pronto las cosas comienzan a ser, abren el párpado y se les ve el ojo, que también te mira. ¡¿Ves?! ¡Ahora! ¡Ahora! (*Hace un gesto de tirar la piedra*). ¡No, no la tires! (*Más calmado*) ¿Viste? (*Cierra la mano. No ve más la piedra*). Pues lo mismo sucede con la propia mano de uno. (*Suelta la piedra y se ve la mano*). Pero hay que quedársela mirando por un buen rato. (*Se la deja de mirar antes de que se produzca el milagro*). O con uno mismo, cuando se ve uno largo rato en el espejo. O con los otros. (*Mira a sus compañeros*). Somos todos uno. Pero nos separan, nos dividen, nos vencen. (*Otra vez a alguien imaginario*) No te dejes engañar, ven a mis brazos, ven. (*Los abre*). ¡No! ¿Por qué me pegas? ¿Qué te he hecho? (*A sus compañeros*). ¿Qué mal les he hecho? Díganme.

SEGUNDO:

¿Te has vuelto loco?

PRIMERO:

(Después de una pausa en la que recupera el uso de razón. Sonriendo para disimular). Todo el mundo lo hace. Y todo el mundo sabe que todo el mundo lo hace. Y todo el mundo sabe que todo el mundo sabe. Y sin embargo... Es como las narices, que todo el mundo se las hurga cuando está solo.

SEGUNDO:

Otros se hurgan el culo. Ja, ja. Yo solamente cuando me baño.

PRIMERO:

¿Sí? ¡Qué hermoso!

TERCERO:

El también dijo eso.

PRIMERO:

¿Qué?

TERCERO:

Qué hermoso. Cuando te iba a matar.

PRIMERO:

¿Sí? *(A Segundo).* ¿De veras me ibas a matar?

SEGUNDO:

Sí.

PRIMERO:

No lo creo. Sabiendo que esto es tan hermoso, ¿por qué ibas a querer ensuciarlo?

SEGUNDO:

(A Tercero). Oye, ¿estás seguro de que yo dije eso? Yo sólo lo pensé. ¿Cómo sabes tú lo que yo pensé?

TERCERO:

Lo dijiste.

SEGUNDO:

Bueno, no tiene importancia.

(Pausa).

PRIMERO:

¿Y si estuviéramos todos muertos? A lo mejor estar muerto es esto. Puede ser. Podría ser. Hay gente que cree en cosas más inverosímiles aún. Una bala en la cabeza. Pudimos no habernos dado cuenta. A estas horas en el campamento todos están bebiendo. Puede que haya mujeres. Sólo los muertos no están ahí. Tú mismo lo dijiste, antes. ¿Por qué no podemos ser nosotros? Nadie sabe. A lo mejor entra un ángel de un momento a otro y... (Transición. A Tercero) ¿Es cierto lo de su hijo? No mentía, ¿verdas?

TERCERO:

Yo sólo miento a los que les tengo miedo, y ustedes son gallinas.

SEGUNDO:

El Hijo de Dios. Lo crucificamos. Y después nos lo comimos. Yo me le comí los ojos. ¡Ja, ja, ja!

TERCERO:

Te advertí que no hicieras bromas conmigo.

PRIMERO:

No es broma.

TERCERO:

Mi hijo no ha muerto. No ha nacido todavía el hombre que pueda matarlo. *(Piensa. Por un momento puede más el pensamiento que la realidad e inicia el mutis. Lo encañona Segundo).*

SEGUNDO:

Padre, ¿adónde vas? Está prohibido.

PRIMERO:

¡Déjalo!

SEGUNDO:

No. Me protege contra tí. *(Tercero vuelve a su sitio).*

PRIMERO:

¿Estás sordo? ¿No me oyes que soy un hombre de paz? *(Lo sacude de la camisa).* ¿No me oyes? *(Como si el otro estuviera lejano).* ¡Tú, allá, lejos! ¿Me oyes? ¿Hay alguien ahí dentro?

SEGUNDO:

¡Suelta, suelta, fracasado! (*Logra desasirse*) Ese es tu error, creer que la gente vive dentro. Adentro no hay nada, nadie. Sí, sí, todo lo que somos es esto, una cosa que bebe, que se rasca la espalda, que camina por la calle, que se sienta. Adentro no, maestrito, aquí afuera, mirándote.

PRIMERO:

¡Bueno, óyeme entonces, déjalo que se vaya! Soy un hombre de paz.

SEGUNDO:

Los hombres de paz no llevan pistola.

PRIMERO:

Sí, tienen que llevarla, mientras haya gente como tú. Pero hasta en tí creo yo. Hay gente que cree en cosas más inverosímiles. Yo creo en tí.

SEGUNDO:

Pruébalo. Dame tu pistola.

TERCERO:

Si te la da, te mato.

PRIMERO:

No, no creo en tí. (*A Tercero*). Tampoco yo se la daría, padre. Hay que ser tigre entre los tigres. Chacal entre los chacales. Hombre entre los hombres.

SEGUNDO:

Entre los hombres lo que hay que ser es mujer. ¿Por qué no naciste mujer, maestro, una mujer entrada en carnes, como me gustan a mí? ¿Estuviste tan cerca de ello?

PRIMERO:

Acabemos ya de una vez con esta tortura. ¿Cómo es que no ven el fuego? ¿Cómo es que no mandan una patrulla?

SEGUNDO:

Podemos llamarlos. ¿Llamo?

PRIMERO:

Sí. Llama.

SEGUNDÔ:

¿Llamo, padre? (*Gesto de "me da lo mismo" de Tercero*). Ni hacia acá, ni hacia allá sino hacia acá, el justo medio. (*Grita*). ¡Federavolucionarios! ¡Aquí! ¡Vengan todos, cualquiera! (*Tose*). Dame un trago. Tengo una idea mejor. Cantemos. Una canción de los federales y otra de los revolucionarios. Y cuidado, poner el mismo entusiasmo en las dos canciones. El que desafine se muere. Es muy importante esto de cantar canciones, por lo visto. Venga, Dios, hágase usted más al fuego. Tú, tú también, vente para acá, vamos a cantar, como querías.

PRIMERO:

Sí. Ellos la oirán. Creerán que son los muertos los que cantan.

SEGUNDO:

Que sean dos canciones bonitas, conocidas. Por ejemplo... Caray, hay tantas. Por ejemplo, Adelita y Valentina. Adelita y Valentina, las dos hermanas enemigas. Cara, Adelita, cruz, Valentina. No. Me pueden ver la moneda. Esta piedra. La cara la mojamos, así. (*La moja con la lengua. Tira*). Adela. Ganó Adela. Lo cual no significa nada, claro. Bueno, los tres a la vez. Uno, dos y tres.

PRIMERO y SEGUNDO:

Si Adelita quisiera ser mi esposa,
si Adelita fuera mi mujer...

SEGUNDO:

Venga, venga, padre. No nos haga pensar que no la sabe. Comencemos de nuevo.

PRIMERO, SEGUNDO y TERCERO:

Si Adelita quisiera ser mi esposa,
si Adelita fuera mi mujer,
le compraría un vestido de rosa
pa' llevarla a bailar al cuartel.
Si Adelita se fuera con otro
la perseguiría por tierra y por mar,
si por mar, en un buque de guerra,
si por tierra, en un tren militar.
Etc....

(*Gritos. Se entusiasman, toman aguardiente. El que más toma, cambia y se alegra es Tercero*).

SEGUNDO:

(A Tercero). Buen grito, compadre. (Risa sana). ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO:

¡Hemos llegado! ¿Ven? Aquí, ahora sí se puede reír. Esta sí es una risa sana. Ríase usted también, padre. (Efecto contrario. Tercero retira su risa incipiente). Mire, como yo. ¡Ja, ja, ja!

TERCERO:

(Poco a poco, por burla al principio, pero de pura salud después, comienza a reír estrepitosamente uniéndose a Primero y Segundo, que también ríen). ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO:

¿Ven? ¿Ven? (A Segundo). Ahora dí: Piedra.

SEGUNDO:

¿Piedra? ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO:

(A Tercero). Y usted, diga... (Busca a su alrededor). Fuego.

TERCERO:

¡Fuego! ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO:

¡Piedra! ¡Fuego! ¡Hierba! ¡Manos! ¡Es la primera vez que estamos aludiendo a las cosas mismas! Estamos frente a ellas, con el corazón puro. Nos esperaban. No,

ya no nos esperaban, nos daban por perdidos. (*A la Naturaleza*). ¡Hemos regresado! ¡Hemos regresado! Nunca hubieran creído que pudiéramos elevarnos, ¿verdad?

SEGUNDO y TERCERO:

¡Ja, ja, ja!

PRIMERO:

Digan: Te quiero.

SEGUNDO y TERCERO:

¡Ja, ja, ja!

PRIMERO:

Digan: Te quiero. O: Tengo frío. (*A Segundo*). Dí: Tengo frío.

SEGUNDO:

Déjate de tonterías. Vamos a cantar la otra canción. Siéntate.

PRIMERO:

No. Díganlo. Ahora. Quiero que las cosas sepan que podemos hacerlo. Que no nos hemos perdido. Es aquí donde están las cosas. No en lo profundo, en lo alto. (*Amenazante*). ¡Díganlo! (*Segundo y Tercero se ponen serios. Transición*). ¿Ven? Ya no. Bajamos. Pesamos mucho todavía. (*Se sienta*).

SEGUNDO:

Venga, vamos, la hermana.

PRIMERO, SEGUNDO y TERCERO:

Valentina, Valentina,
yo te quisiera decir
que una pasión me domina
y es la que me ha hecho venir.
Si porque tomo tequila
mañana tomo jerez,
si porque me ves borracho
mañana ya no me ves,
Valentina, Valentina,
rendido estoy a tus pies,
si me han de matar mañana
que me maten de una vez.
Etc. . . .

(Gritos).

PRIMERO:

(Acostado en el suelo boca arriba con los brazos abiertos). ¡Otra vez, otra vez nos elevamos! ¡Vamos subiéndolo!

(A todo esto, se han acabado la primera botella. Tercero le pide la suya a Primero, y éste se la pasa por medio de Segundo. Pero Segundo, haciendo un gesto que quiere decir: "No, porque se va a emborrachar", la tira un poco lejos de Tercero. Tercero va a buscarla descuidando su rifle por primera vez. Segundo se tira encima del rifle, encañona a los dos con su pistola y lanza un grito triunfal).

SEGUNDO:

¡Jaque! ¡No, tampoco se puede cantar! ¡Cantar, reír, eso es lo que no se puede hacer nunca, de ningún

modo! ¡Ja, ja, ja! Las cosas estarán allá arriba, maestro, pero yo estoy aquí abajo. Dese la vuelta, Dios, voy a matarlo. Péguese al maestro. Yo fui el que mató a su hijo. Estoy seguro. Yo me le comí los ojos. (A *Primero*). Tú, saca tu pistola y tíramela. No, dale la vuelta a la cartuchera. Así. Ahora empújala con el pie. Eso es. Date la vuelta también.

PRIMERO:

Eres el único perverso de los tres. Miserable. Eres el único malo que existe.

SEGUNDO:

¿Yo, malo? ¡Ja, ja, ja! Tú te crees muy bueno...

PRIMERO:

Yo te iba a perdonar cuando comenzaste a hablar. Yo te iba a perdonar. Y éste vino aquí para salvarme la vida. Tú eres el único culpable. Mátanos. Estarás solo aquí abajo.

SEGUNDO:

¡Pues sabe que yo no te iba a matar cuando me encontró éste! ¡Huía! ¡Yo te había perdonado! ¡Iba en ese momento a pegar la carrera! ¡No te quería matar! ¡Huía! Pero el padre me puso su rifle en la nuca. Ustedes me han obligado. ¡Soy bueno! Quise serlo. Ustedes son más culpables que yo, porque me obligaron a esto, me empujaron, me trajeron con un rifle a la espalda. Y aún ahora me están apretando el dedo, y yo no quiero.

PRIMERO:

¡¿También tú eres inocente?! ¡Yo lo sabía! (*Se cubre la cara de alegría*). Todos lo somos. ¿Quién es el culpable entonces, si todos somos inocentes, si todos perdonamos? ¿Quién? ¡¿Quién?!

SEGUNDO:

¡Ustedes mismos, porque si no los mato me matarán ustedes!

PRIMERO:

No.

SEGUNDO:

No mientas, justo. ¿No es verdad, padre? ¿Dios, no es verdad que si no te mato me matarás tú a mí?

TERCERO:

(*Tranquilo*). Sí.

SEGUNDO:

¿Ves? ¡Me empujan el dedo! (*Tiembla, como al principio*). ¡No soy yo, son ustedes los que aprietan el gatillo! ¡Yo no quiero! (*Dispara. Hierre a Tercero*). ¡Yo no quiero! (*Vuelve a disparar. Tercero cae muerto*).

PRIMERO:

Pudiste. Lo mataste.

SEGUNDO:

Adiós, Dios.

PRIMERO:

Sin ni siquiera saber quién era.

SEGUNDO:

¿No decía que era Dios? De aquí no sale vivo ni Dios. Ni el Padre ni el Hijo ni el Espíritu Santo. Ahora te toca a ti. Es el vivo, el vivo es el que siempre gana, el inteligente.

PRIMERO:

No has ganado, has perdido, pobre.

SEGUNDO:

¡Ja, ja, ja! A tí te voy a dejar rezar, como me dejaste a mí. Anda, reza, elévate con esas alas cómodas y limpias de la religión.

PRIMERO:

(Se arrodilla, las manos juntas, con honda devoción). Padre nuestro, que estás en los cielos..., *(Alza los ojos)* allá arriba, tan alto... *(Baja los ojos para ver a Tercero).* Y tú aquí, sin nombre, nadie sabrá ni que moriste. ¿Quién eras tú, pobre criatura? Ridículo, deslucido, casi sin ser, sin nada. ¿Qué es lo que querías? *(Transición).* En el corazón. Ojalá tengas la misma puntería conmigo.

SEGUNDO:

La tendré, te lo prometo. Tengo el pulso firme, seguro. *(Le está temblando).*

Pero no pudimos. Yo creo en tí. Hay gente que cree en cosas más inverosímiles todavía.

SEGUNDO:

¡No quiero que nadie crea en mí! (*Transición*) Dime, ¿de qué bando eres? Quiero . . . perdonarte otra vez.

PRIMERO:

¿Que de qué bando soy? Soy desertor.

SEGUNDO:

¡No mientas! ¿De qué bando eres? Dispararé como no me lo digas.

PRIMERO:

No miento. Desertaba. Soy desertor. Había fracasado.

SEGUNDO:

¡Bueno! ¡Mejor! Así seré patriota aunque seas de mi bando. Nosotros matamos a los desertores.

PRIMERO:

Nosotros también.

SEGUNDO:

(*Suplicante*). ¡Por favor! Dime, ¿de qué bando eres? Te perdonaré si eres del mío, aunque seas desertor. ¡Quiero perdonarte!

PRIMERO:

Pero yo quiero morir. Dispara, patriota.

SEGUNDO:

¿Ves? ¿Ves? ¡No me amas! ¡No me amas!

PRIMERO:

Sí. Pero ya no quiero cambiar. Quiero quererte ya para toda la vida. Quiero creer en ti ya para siempre. Pueden suceder cosas... Puedo no ser de tu bando, podemos pensar... Mientras que así, ahora... Dispara. Clávame en este momento. Ahora soy feliz.

SEGUNDO:

¡Muérete, entonces hijueputa! (*Dispara*). Conque crees en mí, ¿verdad?

PRIMERO:

(*Cayendo*). ¡Sí!

SEGUNDO:

(*Dispara*). ¡Y ahora, ¿crees en mí?!

PRIMERO:

(*Moribundo*). ¡Sí!

SEGUNDO:

(*Dispara*). ¡¿Y ahora?! (*Se acerca a él. Transición*). ¿Estás muerto? ¿De veras? (*Transición*) ¡Y a mí qué me importa! Ustedes son los responsables. Querías conmoverme, ¿no es eso? Sí. Querías conmoverme. ¡Qué me importa el hijo de éste! ¿Y crees que yo no tengo hijos? (*Llora*) ¿Quién te creíste que era yo? ¿Por qué no me dejaron huir? ¿Por qué no me deja-

PRIMERO:

Sus papeles. Fotos. Este debe ser Jacinto. Y éste el niño. ¿Quieres que te diga a qué bando pertenecía? *(Mira un papel y se sonríe).*

SEGUNDO:

¿A cuál? No, déjalo. No me lo digas. Así pensaré siempre que maté por patriotismo. ¡Anda, reza!

PRIMERO:

(Transición. Se levanta. Es un grito que expresa una decisión repentina pero firme). ¡No! *(Dulce).* ¡Oyeme...! *(Va a volverse).*

SEGUNDO:

¡No te vuelvas! ¡Reza!

PRIMERO:

No.

SEGUNDO:

No te vuelvas.

PRIMERO:

Tú no eres malo. También tú perdonaste. *(Ve a Tercero).* Se te salió el tiro. No quisiste matarlo. Fue un accidente. Tiene que haber sido.

SEGUNDO:

¿Un accidente? Pues ahora va a haber otro.

PRIMERO:

Yo creo en tí.

SEGUNDO:

¿Crees en mí? Aguarda entonces. (*Apunta, tiembla de nuevo*). ¡Reza!

PRIMERO:

No. Tendría que pedir que te condenes, y a tí te quiero más. Prefiero tu bando. Prefiero ser de tu bando. Quiero acompañarte aquí abajo, o más abajo aún, en el infierno mismo. Porque tú eres bueno, y solamente yo lo sé.

SEGUNDO:

No, no lo soy. Lo fui. Ustedes me perdieron. Ustedes me pusieron un rifle en la nuca y me obligaron a ser malo. Todos ustedes. ¿Quieres que te cuente una cosa, lo que vi esta mañana?

PRIMERO:

No. Yo estaba ahí. Yo también lo he visto.

SEGUNDO:

Entonces comprendes que no ha habido ningún accidente, y que ahora te voy a matar a tí.

PRIMERO:

Comprendo. Todos quisimos ayudarnos y no pudimos. Todos quisimos perdonarnos y no pudimos. Ese razonamiento tuyo era falso, artificial. Sonaba hueco. No era el miedo el que nos impedía matarnos, era el amor.

ron huir? (*Transición*). ¿Estás muerto? ¿Pablo? (*Transición*). ¡Pues cierra los ojos entonces! Los muertos tienen que tener los ojos cerrados. Ya no les pertenece ver. ¿Por qué me miras? ¡El mundo es mío! (*Aprieta el gatillo pero ya no tiene bala. Tira la pistola y con el rifle le da una culatazo salvaje en la cara*). ¡Vete! ¡Cierra los ojos! (*Transición*). No hay que hacer bulla. Tengo que irme de aquí, regresar a mi campamento. Hay que apagar el fuego, lo pueden ver. (*Lo apaga*). Tengo frío. ¡Tengo frío!

(Un rayo de luz lo ilumina. Se vuelve a defenderse con el rifle pero cae sobre él una lluvia de balas que se prolonga y prolonga desmesuradamente).

VOZ EN LO OSCURO:

Basta. Ese ya no sirve ni para colador.

(Es evidente que se acercan, porque el rayo de luz se intensifica disminuyendo el área que ilumina que sólo abarca ahora al de los tres caídos).

OTRA VOZ:

(Acercándose). Ese es el que se ha de haber cargado a los otros dos. Mírelos cómo están, mi capitán. Parecen novios. ¿De qué bando serán estos?

PRIMERA VOZ:

¡Qué más da! Da la voz de adelante. Apaguen eso. (*Apagan*).

SEGUNDA VOZ:

¡Adelante!

OTRA VOZ:

(Más lejana). ¡Adelante!

OTRA:

(Lejísima ya). ¡Adelante!

(Comienza a caer el telón lentamente).

OTRA:

(Tan lejana como la anterior pero desde otra dirección, desde detrás del público). ¡Adelante!

OTRA:

(Más cercana. Desde detrás del público). ¡Adelante!

OTRA:

(Más cercana. Lo mismo). ¡Adelante!

OTRA:

(En uno de los pasillos fuera del salón). ¡Adelante!

OTRA:

(En la entrada misma del salón). ¡Adelante!

(Ruidos de pasos por todas partes. De millones y millones de pasos. El telón ha caído ya. Luces).

EL MENDIGO Y EL AVARO

(Pieza en un acto)

Personajes, según el orden en que aparecen:

CARMEN

ROBERTO, esposo de Carmen.

CECILIA, hermana de Carmen.

EMILIO, hijo de Carmen y Roberto.

Derecha e izquierda, las del público.

A Tristán Solarte

ACTO UNICO

No quiero escenografía. Sólo lo rigurosamente indispensable: una, dos sillas. Todo debe estar a oscuras salvo el pequeño hueco en el espacio que ocupan los cuerpos de los personajes. Yo, por mi parte, me encargaré de que tampoco en el diálogo o en el conflicto aparezca el mundo distrayendo la atención del ámbito estrictamente anímico en que está situada la obra. Las pocas veces que lo haga será solo para que su ausencia no se note; que se sienta solo. Tampoco quiero que los personajes se muevan mucho. El espacio es justamente la dimensión que descarto. Ni que griten en ningún momento, por lo menos en voz alta, pues el grito carga el acento sobre esa parte de la palabra que menos me interesa en esta obra.

CARMEN:

(En lo oscuro. Poco a poco irá espesándose una luz de reflector sobre ella, a la izquierda. El teléfono que usa es imaginario). ¿Haló? Sí. Hola, ¿cómo está usted, señora marquesa? ¿Cómo? Sí, sí. Muchas gracias. Je, je. Bueno, ¿cómo estás? ¿Sí? Cuánto me

alegro. Me dijeron que quería..., que querías hablarme, y pensé que ahora... No, no, hoy no. Ya es tarde. Claro que si usted quiere..., si tú quieres, mejor dicho... Claro. Claro. Pero había pensado que ahora podíamos quedar para otro día. ¿El jueves? Sí, sí iré. Nunca falto a mis reuniones. ¿Y... "vosotras"? Je, je. Muy bien. Ya hablaremos entonces. ¿Ah, era para eso? ¿Media docena más? Sí, se lo diré. Quizás la vea esta misma tarde. De nada. Cómo vas a creer. No, nada.

(Entra Roberto. Antes de que éste le diga nada, ella le hace un gesto con la mano para que no la interrumpa).

CARMEN:

(Continuando sin interrupción). Bueno, sí, pensaba ir de compras. Con mi marido. Je, je. Sí. Je, je. ¡Qué ocurrencias! Qué ocurrencias. Bueno, quedamos en eso. El jueves. Adiós. Muchas gracias. Adiós. *(Espera a que la otra cuelgue para colgar ella).*

ROBERTO:

¿Estás ya lista?

CARMEN:

(Transición. Agria). Tengo más de media hora de estar esperándote y me preguntas si estoy ya lista...

ROBERTO:

Bueno, vente, vamos. ¿Emilio?

CARMEN:

No sé. Debe estar ya donde Cecilia. Para ése su madre es ella, no yo.

ROBERTO:

El no tiene la culpa.

CARMEN:

No, la tengo yo. Sólo faltaba que dijeras eso.

ROBERTO:

Pues sí, Carmen, sí, la tienes tú. Te haces tan...

CARMEN:

Termina.

ROBERTO:

Tan... desagradable, cuando te pones a hablar mal hasta de tu propia hermana... Antes por lo menos esperabas a que estuviéramos solos para decirme esas cosas tuyas. Pero últimamente ya no respetas ni la presencia del muchacho.

CARMEN:

¿Mis cosas?

ROBERTO:

Me refiero a las peleas. Cada vez peleas más. Conmigo, con la criada, con él. No se salva nadie. Y por lo menos conmigo, no me gusta que peleemos frente a Emilio. El otro día, en el comedor, te pusiste a hablar tonterías. El te estaba oyendo..., te miraba..., extrañado. Después me miró a mí, como preguntándome. Yo tuve que bajarle los ojos. ¡No me gusta tener peleas frente al muchacho! Además, ya sabes cuánto

quiere a tu hermana, y oírte hablar así, tan mal de ella, lo desorienta, y lo hace quererla más, y quererte a tí menos. Es tu culpa.

CARMEN:

¡Ya! Saltó la liebre.

ROBERTO:

¿Qué quieres decir?

CARMEN:

Nada. Bueno, ¿y qué más?

ROBERTO:

Carmen, Emilio es un hombre ya. Ha dado su primer paso en el mundo, y si comienza desorientándose hasta en su propio hogar... Su casa debe ser un refugio, un sitio donde todo lo vea claro, libre de intrigas y..., y mala fe. Ya la encontrará fuera del hogar. Pero, por lo menos aquí, conviene que aquí no vea nada de eso.

CARMEN:

Hablemos claro. ¿Te preocupa Emilio..., o Cecilia?

ROBERTO:

Ya sabía yo que no lo ibas a comprender.

CARMEN:

(*Con una suficiencia repugnante*). Ay, Roberto, lo que pasa es que lo comprendo demasiado bien. Si está clarísimo.

ROBERTO:

Sólo tú serías capaz...

CARMEN:

¿De creer que quieres a Cecilia...? No, Roberto. Sería el colmo. Tú ya no estás para esos trotes. Ni ella para inspirarlos. Bueno, ella ni ahora ni nunca.

ROBERTO:

¿Pero qué mal te ha hecho tu hermana para que la odies así? ¿No te das cuenta de que te estás envileciendo cada día más con ese odio, esa pequeña maldad tuya de todos los días? ¿Y de que Emilio lo nota?

CARMEN:

¿Ahora vas a decirme que te preocupas por mí?

ROBERTO:

No hay manera, ¿eh, Carmen? ¿No hay manera de hacerte comprender?

CARMEN:

No necesito comprender lo que dices. Te comprendo a tí. Estás convencido de que por culpa mía no te casaste con Cecilia, de que yo me serví de no sé qué extraños manejos para conseguirte. Estás arrepentido de haberte casado conmigo. Es eso, ¿verdad? ¡Contesta! ¡Dímelo, no importa! ¡Dime que sí! ¡Dímelo!

ROBERTO:

Esas son tonterías tuyas. Hablábamos de Emilio.

CARMEN:

Eso es lo que tú crees.

ROBERTO:

(*Se da por vencido*). Ven, vamos. Tengo poco tiempo hoy.

CARMEN:

No vamos a ir donde Cecilia. Tengo que ir de compras. Vas a acompañarme a los almacenes.

ROBERTO:

Vamos a ir a visitar a tu hermana. Está enferma. Por lo menos este poco se espera de tí.

CARMEN:

Vamos a ir a los almacenes primero. Después, si alcanza el tiempo, iremos a visitarla.

ROBERTO:

¡Es tu hermana!

CARMEN:

Tengo que ir de compras.

ROBERTO:

Carmen...

CARMEN:

¿Qué?

ROBERTO:

Sí.

CARMEN:

Ya estás más razonable. Después iremos donde Cecilia, si alcanza el tiempo.

ROBERTO:

No era eso a lo que te decía que sí.

CARMEN:

(Se miran). Bueno. No importa. *(Transición).* Pero salgamos ya, que se nos hace tarde. Nos van a cerrar los almacenes. *(Oscuro).*

(Cecilia borda, en la parte delantera del escenario, bajo una luz apacible. El bordado y las agujas son imaginarios. Entra Emilio).

EMILIO:

Hola, tía.

CECILIA:

Hola, Emilio. No los esperaba todavía.

EMILIO:

No. He venido solo. Papá y mamá vendrán después.

CECILIA:

Siéntate. *(Emilio se sienta en el suelo, a sus pies).*

EMILIO:

Creíamos que todavía estarías en cama. ¿Te dió permiso el médico para levantarte?

CECILIA:

Sí. Si ya no tengo nada. Son ustedes demasiado buenos con esta vieja inútil. Se preocupan demasiado.

EMILIO:

Te he traído flores.

CECILIA:

¿Dónde están?

EMILIO:

Las he dejado afuera. La gente suele servirse de cosas para expresar sus sentimientos. A mí me gusta llevar mis recados personalmente.

CECILIA:

¿Desconfías de las cosas?

EMILIO:

No sé.

CECILIA:

Haces bien. Pero no con las flores. Las flores son los seres más hermosos de la naturaleza, los más tiernos, los más pobres. En eso se parecen a la gente.

EMILIO:

A cierta gente por lo menos. *(Ella le agradece con dos suaves palmaditas).*

CECILIA:

Bueno, dame tu recado.

EMILIO:

También desconfío de las palabras, tía. (*Se miran*).

CECILIA:

Con los ojos entonces. (*Pausa*).

EMILIO:

¡He estado tan preocupado, tía! Creí que no ibas a sanar. El médico había dicho... (*No sigue*).

CECILIA:

¡Tonto! Los médicos no saben nada. Esta mañana ha tenido que reconocerlo. Estoy ya completamente bien. Ven dame un beso. (*La besa en la mejilla*).

EMILIO:

¿Estás ya de veras completamente bien? ¿Se te han quitado los dolores?

CECILIA:

Sí. No te preocupes más. Me halaga ver tanta preocupación. Quisiera estar más enferma, ¿sabes? Quisiera que me doliera algo, para merecerlo.

EMILIO:

Yo te la doy gratis.

CECILIA:

No. No la acepto. Tú eres joven. Tienes demasiadas cosas en qué pensar para estar preocupándote por esta pobre vieja.

EMILIO:

Si no me preocupo yo, ¿quién se va a preocupar, tía?

CECILIA:

Yo, hijo. Es lo único que tengo que hacer, en resúmenes cuentas.

EMILIO:

Pues no lo haces bien, tía. No lo haces bien. Si no es que, de casualidad, me entero de que estabas enferma, y llamé al médico..., no sé qué hubiera pasado.

CECILIA:

No hubiera pasado nada. Ya ves qué rápido me he sanado.

EMILIO:

Porque atajamos pronto la enfermedad. Te sentaron bien los remedios.

CECILIA:

Tengo más fe en mis santos que en tus remedios.

EMILIO:

¿Y rezaste mucho para que te curaran tus... santos? (*Emilio deniega con la cabeza*). No. Tú eres incapaz de pedir para tí misma.

CECILIA:

No tengo necesidad. Otros piden por mí. Desconocidos. Y además, la mejor forma de pedir para uno mismo es pidiendo para los otros. Yo los conozco, a mis santos. ¿No ves que ellos lo ven todo?

EMILIO:

Es magnífica una religión que forja almas como la tuya.

CECILIA:

Es verdadera.

EMILIO:

Aquí en la tierra, sí, en esta vida, de la muerte para acá.

CECILIA:

Y de la muerte para allá. Si no fuera por eso perdería todo su sentido.

EMILIO:

No todo su sentido, tía. No todo. No el más profundo.

CECILIA:

Te he pedido ya, Emilio, que no me hables así. No me gusta.

EMILIO:

Perdóname. ¿Sabes que papá y mamá se enojaron mucho cuando supieron que estabas enferma y que yo no les había dicho nada? Sobre todo, mamá. Se puso furiosa. Pelea mucho conmigo.

CECILIA:

¿No les dijiste que yo te había hecho prometerme que no les dirías nada?

EMILIO:

Sí. Pero no lo comprendieron. Y tampoco yo comprendo cómo pude guardar semejante promesa.

CECILIA:

No quería que se preocuparan. Son demasiado buenos. Ya ves con cuánta frecuencia vienen desde que supieron. Quería evitarles esa molestia. No tenía nada.

EMILIO:

¿Nada? ¿Y los dolores? Dice el médico que debieron ser muy fuertes.

CECILIA:

También el dolor tiene derecho a existir, y si no es en nosotros, ¿dónde más se le va a acoger?

EMILIO:

Eres una santa, tía.

CECILIA:

Quítate eso de la cabeza, hijo. Soy una cristiana solamente, más o menos buena.

EMILIO:

¡Más o menos buena! Te digo que una santa. Pero con todo y eso no pienso volver a hacerte caso. Te lo advierto. Ahí estuvieron las recetas tiradas más de tres días. Y tú sin comprar los remedios.

CECILIA:

Ya te he dicho que creo más en mis santos.

EMILIO:

No, tía, no era eso. No tenías dinero. Confiésalo.

CECILIA:

Bueno, lo confieso. No tenía dinero. Estaba esperando que me pagaran unos bordados, pero se atrasaron.

EMILIO:

Pero pudiste pedírmelo a mí, o a papá, o a mamá, o . . . a cualquiera.

CECILIA:

Estaba esperando que me pagaran de un momento a otro. No creí que esta vez se fueran a atrasar.

EMILIO:

No, tía. No pienso guardarte ninguna otra promesa.

CECILIA:

No importa. No volveré a enfermarme.

EMILIO:

Dicho con otras palabras, tomarás tus precauciones para que yo no me entere la próxima vez que te enfermes.

CECILIA:

No. Te lo diré. Te lo prometo. Háblame de tus estudios.

EMILIO:

Lo dudo. Antes te veo cambiando de cara que de manera de ser.

CECILIA:

Háblame de tus estudios.

EMILIO:

Me falta un año para terminar la carrera.

CECILIA:

Ya lo sé. ¿Estudias mucho este bimestre?

EMILIO:

Lo normal.

CECILIA:

Ayer tarde olvidaste un libro en la otra habitación.

EMILIO:

Sí. Después me dí cuenta.

CECILIA:

¿Qué piensas hacer cuando termines?

EMILIO:

No sé. Trabajar con papá, supongo.

CECILIA:

¿Y es eso lo que quieres?

Sí, supongo.

EMILIO:

¿Supones?

CECILIA:

EMILIO:

En el fondo lo que quiero es ser puro, tía. Quisiera ser bueno.

CECILIA:

Eso es fácil, Emilio.

EMILIO:

No, no, es difícil, difícilísimo. Sobre todo para mí.

CECILIA:

¿Por qué? Tus padres son buenos. Imítalos. Excepto en cuestiones de religión. Porque siguen siendo indiferentes, ¿verdad? (*Emilio hace gesto de que no sabe*). Excepto en eso, imítalos en todo. Tienes en ellos un modelo muy cerca.

EMILIO:

(*Poniéndole una mano sobre su pierna*). Tengo un modelo, pero no son ellos, tía.

CECILIA:

¿Cuándo has visto en mí una acción buena? No seas tonto.

EMILIO:

Ahora. En este justo instante.

CECILIA:

Tonto.

EMILIO:

Para mí es tan importante, y tan difícil. Y lo será aún más cuando termine la carrera y vaya a trabajar con papá a la fábrica. Cuando tenga que dedicarme a ganar dinero a costa de los obreros, de los pobres.

CECILIA:

¿Y es eso lo que tú crees que tu padre hace? Estás equivocado, Emilio. Si tu padre descuidara sus intereses la fábrica se vendría abajo, y los más perjudicados serían esos mismos obreros.

EMILIO:

Sí, ya lo sé. Me lo he dicho muchas veces.

CECILIA:

Piensa con detenimiento las cosas y verás que tu padre tiene razón en todo lo que hace.

EMILIO:

Ya lo sé. Pero, ¿cómo va uno a pensar frente a un tipo tosiendo? ¿Sabes?, hay un obrero en la fábrica: Gutiérrez. Está tuberculoso. Tiene dos hijos. Su mujer también es buena. Un poco neurótica, pero es buena. Y él está tuberculoso. Ha demandado a papá por unas vacaciones que él no tiene obligación de darle. Y no es que no tenga obligación porque las leyes estén mal hechas, no, es que si se las da, habría que dárselas a todos, y el negocio se vendría abajo, y ellos mismos serían los perjudicados, de manera que la ley lo protege negándole esas vacaciones.

CECILIA:

¿Entonces? Tú mismo comprendes que es por su propio bien.

EMILIO:

El tipo tose, tía. (*Baja la cabeza*). Escupe sangre. El otro día estaban tomando licor los obreros. Después de tomar Gutiérrez le dio un acceso de tos. Todo el mundo permaneció en silencio. No querían seguir tomando de la botella. Pero tampoco querían herirlo. Les daba vergüenza. Yo cogí la botella y tomé. Era un ron amargo. Pero era bueno. Sabroso. (*Transición*). Perderá. Seguro. Es lo justo. Tiene un abogado bueno, uno de esos resentidos que ayudan a los pobres, pero papá se ha conseguido otro mejor. Mejor significa más caro. Si en un principio le hubiera dado a Gutiérrez la mitad de lo que se va a gastar en abogados y sobornos, le habría dado más de lo que le está pidiendo.

CECILIA:

Tú has comprendido que no se trata de ese Gutiérrez solamente. Si Roberto cediese ante él, todos los demás obreros querrían aprovecharse también.

EMILIO:

Y el negocio se vendría abajo, y ellos mismos se quedarían sin empleo.

CECILIA:

Eso es.

EMILIO:

¡Pero el tipo sigue tosiendo, tía!

CECILIA:

Te duele mucho, ¿verdad? (*Emilio baja la cabeza*).
¿Y todavía quieres ser bueno? Ya lo eres.

EMILIO:

La bondad debe poder verse, tocarse, acariciarse, para consolarnos. Y yo aquí lo único que hago es emitir una serie de sonidos más o menos articulados.

CECILIA:

Dios te acaricia la voz, hijo.

EMILIO:

Dios entonces está consolado. Pero, a mí, ¿quién me consuela? (*Cecilia le acaricia la cabeza*).

CECILIA:

Yo. (*El le besa las manos*). No te preocupes por Gutiérrez. También a él se le consolará. “Bienaventurados los que están afligidos, porque ellos serán consolados”. Por una mano más justa y más suave que la mía.

EMILIO:

(*Deniega*). El no quiere consuelo, quiere dinero.

CECILIA:

(*Sonríe*). Es lo mismo. Para un pobre es lo mismo. Yo rezaré por él de ahora en adelante.

EMILIO:

Eres tan buena. Me habría hecho una idea equivocada de la gente si no fuera por tí.

CECILIA:

Qué tonterías dices. Tienes a tus padres, que te quieren más que yo. *(El no contesta)*. Haces bien en querer ser bueno. Es lo único que vale la pena. El Señor, que es el manantial de toda bondad, recompensa a los buenos con su gloria.

EMILIO:

No. Nosotros somos la única cantera de bondad. Si no sale de nosotros, no saldrá de ningún sitio, porque Dios no existe. ¡Es justamente por eso que quiero ser bueno, tía, porque Dios no existe!

CECILIA:

¡No vuelvas a decir eso, Emilio! ¡No lo vuelvas a decir en tu vida! Por lo menos frente a mí.

EMILIO:

Perdóname.

CECILIA:

Sería horroroso. ¿No comprendes?

EMILIO:

Sí. Perdóname.

CECILIA:

Te puedes condenar por decir una tontería como ésa.

EMILIO:

No lo volveré a decir. Te lo prometo.

CECILIA:

No es tu culpa. Es esa educación que les dan hoy en día, atea, falta de todo principio. Es muy distinta de la que se recibía en mi época.

EMILIO:

¿Cómo eras en esa época, tía? Cuando eras joven...

CECILIA:

Pues igual a como soy ahora, sólo que joven. Por eso debe ser que el mundo se ha vuelto tan complicado.

EMILIO:

A veces me pongo a ver esos retratos viejos, tuyos y de mamá. Hay uno en el que están las dos con todo el grupo de la clase.

CECILIA:

Yo era la más fea.

EMILIO:

No digas eso.

CECILIA:

¿Por qué no? Es la verdad.

EMILIO:

Tú estás en uno de los extremos. Sólo se te ve la cara, sonriendo.

CECILIA:

Tu madre, en cambio, en el centro.

EMILIO:

En casi todas las fotografías estás sonriendo. Una sonrisa muy hermosa, tranquila.

CECILIA:

Sí, yo sonreía mucho, entonces. Y ahora, todavía sonrío. (*Sonríe*). ¿No te parece? (*Emilio asiente*).

EMILIO:

¿Cómo eras entonces, tía?

CECILIA:

Ya te lo he dicho. Fea.

EMILIO:

Digo, por dentro.

CECILIA:

¿Por dentro? No sé. Por dentro no sonreía. Sabía que nunca llegaría a tener nada, que los años me iban a encontrar cada vez más sola y más pobre. Y ya ves, no me equivoqué. ¿Para qué quieres saberlo?

EMILIO:

El otro día, en el comedor, estábamos hablando de tí, de tu enfermedad, y papá se puso a comentar cómo habías cambiado con los años.

CECILIA:

¿Sí? ¿Y qué dijo?

EMILIO:

Que eras muy alegre, y muy inteligente. Pero que te había ido tan mal en la vida que poco a poco te fuiste marchitando.

CECILIA:

Y tu mamá, ¿qué decía?

EMILIO:

Es curioso que me hagas esa pregunta. Mamá, sin ningún motivo aparente, de pronto se enojó con papá. Le dijo que por qué no se casó contigo en vez de con ella. Pelearon. Pelean a menudo.

CECILIA:

¿Por mí?

EMILIO:

No. Por todo. Siempre están nerviosos. Mi papá por sus asuntos en la fábrica. Mamá, por sus compromisos con sus damas de sociedad. Tú los conoces.

CECILIA:

A Carmen sí, porque es mi hermana. A tu padre no. Y ella es buena en el fondo. Lo que pasa es eso, que tiene muchos compromisos con esas damas y siempre está nerviosa. Tu padre es bueno también. Ya ves tú los problemas que tiene que afrontar en la fábrica.

EMILIO:

Dime una cosa, tía. En esa pelea hubo algo interesante que quisiera saber si es verdad.

CECILIA:

¿Sí? ¿Qué?

EMILIO:

Mamá le dijo a papá que él creía que había sido ella la que le impidió que se casara contigo, que te lo había ganado con trampas, porque él de quien había estado enamorado al principio era de tí.

CECILIA:

¿Pero tu madre cree eso? ¿Pero es que tu padre le ha dicho alguna vez semejante barbaridad?

EMILIO:

No. Eso es lo interesante. Es un remordimiento que tiene mamá y que de pronto se le asomó ese día. Dime, tía, ¿eso es verdad?

CECILIA:

¿Qué?

EMILIO:

¿Papá se enamoró de tí primero?

CECILIA:

No.

EMILIO:

La verdad, tía.

CECILIA:

Aunque lo fuera. Se casó con ella.

EMILIO:

¿Hizo trampa? ¿Te lo quitó con esas mañas que tan bien maneja?

CECILIA:

No.

EMILIO:

Bueno, no les llamemos mañas. Coquetería . . . , o ingenio, viveza . . .

CECILIA:

No. Eso es falso. Tu padre me conoció a mí primero, es cierto. Cuando fue a casa conoció a Carmen. Nos comparó. Tu madre era tan bonita. Se casó con ella.

EMILIO:

¡Pobre mamá!

CECILIA:

No. Ella no debe tener remordimientos. Yo no quiero que los tenga. ¡Si hubiera alguna manera de dársele!

EMILIO:

No seas tan generosa, tía, que ella a tí . . .

CECILIA:

Ella a mí no me quiere mucho. Ya lo sé. Pero eso no es motivo para no quitarle ese dolor que no le pertenece, ese remordimiento. Es infundado. No tiene razón de ser. Bastantes sufrimientos tiene ella con sus cosas para que encima de todo sufra por esas suposiciones. Debemos quitarle ese dolor, Emilio.

EMILIO:

Yo hablaré con ella, cuando se presente la oportunidad. Le diré... No sé.

CECILIA:

No, con ella no. Sería peor. Habla con tu padre, lo más disimuladamente que puedas. Que sea él quien le hable a ella. Pero que no sepa que yo... Como si fuera cosa tuya, ¿sabes?

EMILIO:

Quieres hacer el bien sin tocar campanillas, ¿verdad?

CECILIA:

Dios me oye, y mis santos.

EMILIO:

Y yo. (*Le besa en la mejilla*). En el nombre de mamá, gracias.

CECILIA:

Es por eso por lo que no he querido nunca aceptar la invitación de tu padre de irme a vivir con ustedes.

EMILIO:

¿Tú sabías ya entonces?

CECILIA:

Sí. No. Lo sospechaba, lo temía solamente. Pero no, no creía que tu madre pensara eso. Sin embargo, siempre es bueno precaverse. Sobre todo cuando está en juego la felicidad de la gente.

EMILIO:

También tú eres un manantial caudaloso.

CECILIA:

Sigo sólo el ejemplo y el camino de nuestro Señor.

EMILIO:

¿El Calvario?

CECILIA:

De la muerte para acá, sí. Oigo ruidos. Deben ser tus padres.

(En efecto, entran Roberto y Carmen).

CARMEN:

Ya te dije que estaría aquí. *(Por Emilio).*

ROBERTO:

Hola, hijo.

EMILIO:

Hola, papá. No tenía qué hacer y me adelanté un poco. Hola, mamá. *(La besa).*

ROBERTO:

¿Qué? ¿Cómo sigue la enferma? (*Le toca la frente. Cecilia se ruboriza pero no lo nota nadie*).

CECILIA:

Bien. Completamente. Trabajando de nuevo.

ROBERTO:

Por eso ha de ser que enfermaste. Trabajas demasiado.

CECILIA:

A estos bordados no se les puede llamar trabajo.

ROBERTO:

A ver. (*Inspecciona el bordado imaginario*). Tienes una mano prodigiosa. En otro tiempo hubieras podido hacer una fortuna. Pero hoy en día, con las máquinas...

EMILIO:

Una máquina nunca podrá hacer ese trabajo. Habría que dotarlas antes de un aparatito especial que temblara, que incluso se equivocara un poco. ¿Eh, tía?

ROBERTO:

No he dicho que se pudiera hacer mecánicamente. Sólo que los confeccionados a máquina han rebajado el precio de estos encajes hechos a mano. Es una verdadera labor de arte.

CECILIA:

Me los pagan generosamente. Gracias a tu mujer y sus amigas.

CARMEN:

Por cierto, la esposa del embajador de España me ha dicho que te encargara media docena más de pañuelitos. Como los de la otra vez, con su nombre bordado en la esquina.

CECILIA:

Ah, muy bien. Gracias. Lo malo es que esa señora tiene un nombre tan largo.

CARMEN:

Es noble.

CECILIA:

Quizás a ella sí podríamos cobrarle un poquito más.

CARMEN:

No, creo que no. Como tú muy bien has dicho, ya se te paga generosamente por tu trabajo.

CECILIA:

Lo dije por decir nada más.

EMILIO:

Pues díglele usted a esa señora noble que la tía no puede aceptar el encargo.

ROBERTO:

Claro. Debes tomarte una temporada de descanso.

CECILIA:

Dile que apenas termine esto se los comenzaré a hacer.

CARMEN:

Como quieras.

ROBERTO:

Desde luego, lo que deberías hacer es venirte a vivir con nosotros y dejar ya de trabajar tanto.

CARMEN:

Naturalmente que sí, mujer. Das una pena, viviendo así como vives. Hasta vergüenza. La gente habla.

CECILIA:

Yo vivo bien, tranquila.

CARMEN:

No nos dejas hacerte el bien.

EMILIO:

Es que también ella quiere hacerlo.

ROBERTO:

¿Y qué bien puedes hacer quedándote aquí?

CECILIA:

Evitarles el que tengan que cargar con una vieja achacosa y enferma como yo. Además, yo vivo bien. Ustedes se preocupan demasiado.

CARMEN:

Sobre todo mi hijo, que ya no para en casa por estar aquí.

CECILIA:

Sí, no debes venir tanto. Descuidas tus estudios.

CARMEN:

Por eso lo decía yo.

ROBERTO:

Bueno, no discutan. Ahora lo que importa es que te repongas rápidamente. ¿Cómo es que te has levantado? ¿No es demasiado pronto?

CECILIA:

No. Ya me siento bien. Y estaba cansada de estar tanto tiempo en cama.

EMILIO:

Entonces no te dio permiso el médico. ¡Me mentiste!

CECILIA:

No, no te he mentido. Me dijo que podía levantarme cuando me sintiera bien. Y ya me siento bien.

ROBERTO:

A mí me parece que es demasiado pronto.

CECILIA:

Si no tenía nada. Era una tontería.

CARMEN:

Los médicos exageran mucho.

CECILIA:

Sí. Y es natural. Si no lo hicieran se quedarían sin trabajo.

CARMEN:

Yo recuerdo cuando estuve enferma del hígado. Por poco me dicen que era cáncer. Si hasta me querían operar.

ROBERTO:

Pero, mujer, dabas tú unas descripciones de los síntomas que yo también creía que era cáncer.

CARMEN:

Me dolía. Yo no tengo la culpa. Menos mal que ya me siento bien. Aquello fue terrible.

EMILIO:

Mamá, que la enferma ahora es la tía.

CARMEN:

Perdona.

ROBERTO:

¿Ya van a discutir otra vez? ¡Caramba!

EMILIO:

Yo creo que sí, tía. Deberías venirte a vivir con nosotros.

CECILIA:

No. Por favor, Emilio. (*No insistas*). Por cierto, Roberto, me dice tu hijo que tienes un conflicto con otro de tus obreros.

ROBERTO:

Nada. Lo de siempre.

CARMEN:

Eres demasiado suave con ellos. Por eso ahora quieren encaramársete encima. Si los trataras con mano de hierro todo iría mejor. Deberían estar contentos de que no eres como yo. Yo, cuando voy a la fábrica, ni les contesto el saludo. Me da asco esa gente.

ROBERTO:

No. Tampoco eso. Pero, Emilio, no quiero que alternes con ellos en la forma en que lo haces. Te lo he dicho ya. No quiero tener que volvértelo a decir. El día de mañana vas a ponerte al frente de la fábrica y es bueno que te vayas acostumbrando.

EMILIO:

Sí, papá.

ROBERTO:

No veo las flores que te dije que traieras.

EMILIO:

Sí, las traje. Las he dejado en la cocina.

CECILIA:

¿Conque fue tuya la idea? Gracias.

CARMEN:

¿Flores? No sabía.

ROBERTO:

No tiene nada de particular.

CARMEN:

No.

CECILIA:

No debiste hacerlo. No me gustan las flores. Me parecen cursis. (*Carmen sonríe a Roberto*).

ROBERTO:

¿Cómo es que las bordas tanto, entonces?

CECILIA:

Algo hay que bordar.

EMILIO:

Para damas cursis.

CARMEN:

Que pagan con dinero cursi.

ROBERTO:

¿Otra vez?

CARMEN:

Habrás observado que tu hijo se burla de mí.

EMILIO:

¡Mamá!

ROBERTO:

Lo que he observado es que ya ustedes no pueden estar juntos, ni siquiera en casa extraña.

CECILIA:

Esta no es casa extraña. Y en el fondo se quieren. He visto a pocos hijos tan amantes de su madre como Emilio.

CARMEN:

¡Hum!

CECILIA:

Me habla de tí a todas horas. Se preocupa de tí. Esta misma tarde me decía que si estabas nerviosa era por tus preocupaciones.

CARMEN:

Menos mal que lo reconoces.

CECILIA:

Y tú también, lo adoras.

CARMEN:

Es mi hijo. ¿Tiene algo de extraño que lo quiera?

CECILIA:

No. Te enfadas un poquito porque..., bueno, porque no lo tienes a todas horas a tu lado. Sales mucho con tus amigos. (*A Emilio*).

ROBERTO:

Este casi no tiene amigos. Los obreros, esos son sus amigos.

CECILIA:

Vienes mucho aquí, en vez de estudiar.

CARMEN:

Sus estudios, eso es lo primero en lo que tiene que pensar.

CECILIA:

Claro. Tu madre tiene razón.

EMILIO:

Traeré los libros aquí, entonces.

CARMEN:

¡Emilio!, ¿qué te pasa?

EMILIO:

Mamá, ¿por qué duda de que la quiero?

CARMEN:

Porque no me lo demuestras. Ayer estuve toda la tarde esperándote.

EMILIO:

Yo estaba... en el cine. No sabía. Perdóneme. (*Va junto a su madre y la abraza cariñosamente*).

CARMEN:

Te he comprado hoy unas camisas muy bonitas. Para la universidad. Te gustarán. Espera a que las veas. Me han prometido mandármelas hoy mismo.

EMILIO:

Gracias, mamá.

CARMEN:

Hoy he estado de compras. Tú que sabes de estas cosas, quiero enseñarte un abanico que... (*Lo saca de su cartera. El abanico es imaginario*). Italiano. Me ha entusiasmado. Es una de esas cosas... Mira, ¿qué te parece?

CECILIA:

Es muy hermoso. Muy fino.

CARMEN:

A la larga se economiza comprando las cosas de buena calidad.

CECILIA:

Sí, es cierto.

CARMEN:

¿Te parece fino?

CECILIA:

Finísimo.

CARMEN:

Sobre todo el diseño del encaje, me gusta mucho. ¿Te gusta?

EMILIO:

Sí, mamá, es muy bonito.

CARMEN:

(Mira a Emilio, luego se vuelve hacia Cecilia). ¡Te lo obsequio! *(Vuelve a ver otra vez a Emilio).*

ROBERTO:

¡Carmen!

CARMEN:

¿Qué?

ROBERTO:

(Sonríe). Nada, mujer.

CECILIA:

Te lo agradezco en el alma, Carmen. Pero yo . . . no uso estas cosas.

CARMEN:

Pero si es finísimo, mujer, no puedes despreciarlo.

CECILIA:

Es que yo no uso estas cosas tan finas, Carmen.

ROBERTO:

Déjala que haga una acción buena. Sé cuánto le cuesta desprenderse de él.

CECILIA:

Bueno, gracias.

EMILIO:

(A Cecilia, en voz baja). ¡Gracias!

CARMEN:

Claro, que si no te gusta . . . Porque también hay otros.

CECILIA:

Como quieras.

ROBERTO:

Ven, nos vamos. Yo tengo mucho que hacer hoy, y además, como nos quedemos lo vas a estropear todo. Voy a traer las flores. *(Sale por la izquierda)*.

EMILIO:

¿Dónde me pusiste el libro?

CECILIA:

Sobre la mesita. *(Emilio sale por la derecha)*.

CARMEN:

No es por nada, pero te advierto que los otros son quizás más bonitos que éste.

CECILIA:

Como tú quieras. A mí me da igual.

CARMEN:

Bueno, ya hablaremos. Te dejaré éste aquí para que te decidas. Ten cuidado, no lo ensucies. Yo volveré mañana, o pasado.

CECILIA:

Sí, Carmen. *(Se miran)*.

CARMEN:

Cecilia, el otro día me cogiste en un momento en que no tenía un centavo encima. Pero si todavía necesitas ese dinero que me pediste...

(Un reflector ilumina al fondo, a la derecha, a Emilio).

EMILIO:

(A Carmen). ¿Cuándo? ¿Cuándo le pidió ese dinero?

CARMEN:

¡Emilio!

EMILIO:

(Se acerca). ¿Cuándo fue que le pidió ese dinero, tía?

CECILIA:

¿Qué te pasa? ¿Por qué te has puesto así?

EMILIO:

Es el dinero que necesitaba para comprar los remedios, ¿verdad?

CECILIA:

No.

CARMEN:

Fue antes de su enfermedad. Hace más de quince días. Tres semanas por lo menos.

EMILIO:

¿Quince días? Sí. Era para los remedios. ¡Era para los remedios, madre!

CECILIA:

Ella no sabía, Emilio.

EMILIO:

Aunque no fuera para eso! ¡Es una canallada!

(Roberto entra).

ROBERTO:

¿Qué pasa?

EMILIO:

Nada, papá. Nada.

(Carmen sale apresuradamente. Oscuro. Un par de reflectores iluminan en el fondo, a la izquierda, a Carmen y a Emilio. Al principio, Carmen le esquivo el rostro a Emilio).

EMILIO:

Fue una canallada, mamá. El médico le había recetado esos remedios hacía ya tres días. Ella no tenía dinero.

CARMEN:

¡Si me hubiera dicho que era para remedios, hijo!

EMILIO:

Aunque no lo fuera, mamá. Aunque no lo fuera. ¿Para qué va a querer dinero la tía si no es para una cosa urgente? Pero aunque no fuera para nada urgente, a la tía no se le puede negar nada, siendo ella como es, la mejor persona del mundo. Se lo juro, mamá, que se me cae la cara de vergüenza. ¡Pagarle así, a ella! ¡Tenía fiebre en ese momento! ¡Estaba enferma!

CARMEN:

La quieres más que a mí.

EMILIO:

Yo no sé eso, mamá. Yo sólo sé que ella es una persona buenísima, y que usted la trata mal.

CARMEN:

La quieres más que a mí. Esa ha sido su venganza, apartarte de mí, robarme tu cariño, como cree ella que yo le robé el de tu padre.

EMILIO:

Está en un gran error, madre. Usted no conoce a su hermana. Si hay alguien que me ha hecho amarla a usted, es ella. No sólo con su ejemplo, con sus palabras, defendiéndola a usted en todas las ocasiones, justificándola.

CARMEN:

¡Esa ha sido su venganza! ¡Separarte de mí, robarme! Lo demás son trampas, trampas encaminadas a este fin, a este momento. Tú me odias. Lo veo en tus ojos. Cecilia es mala, Emilio. Me ha robado el cariño de mi hijo, y no hay peor delito que ése. ¡No hay peor delito que ése! Porque ella sabe que yo a tí... ¡Está bien, no me quieras! Vete con ella.

EMILIO:

Está usted equivocada, madre. Usted tiene un gran remordimiento por papá y por toda la maldad que le ha hecho, y ahora de pronto se ha agarrado a esta

supuesta venganza de la tía Cecilia para consolarse. ¡Pero no le sirve! ¡Déjeme decírselo yo! ¡No le sirve! La tía es incapaz de semejante venganza, de ninguna venganza. ¿Qué culpa tiene ella de que yo la admire? De que la quiera, ¿qué culpa tiene? Es indigno imaginarse siquiera que la tía haya querido ponerme en contra suya. Es indigno siquiera pensarlo, después de todo lo bien que me ha hablado de usted. Porque si ha hecho trampas ha sido para cubrir las culpas de usted, si ha mentido ha sido para pintármela a usted mejor de lo que es.

CARMEN:

¡No! Ella sabía que tú sabías que mentía. ¡Trampa! ¡Y de la peor clase!

EMILIO:

Es indigno, mamá. Me avergüenzo de usted. Siento que sea usted mi madre. Siento que papá no se haya casado con ella, y lo siento no sólo por mí, también lo siento por papá.

CARMEN:

(*Feliz, tranquila al fin*). Bien. Esta es su venganza. Este es el castigo. Yo le robé a tu padre, y ella me roba ahora a mi hijo. Me duele, hijo. Pero estoy purgada. Se ha cobrado. ¡Por fin se ha cobrado!

EMILIO:

¡Mamá! ¡Cochina!

(*Oscuro. Reflector sobre Cecilia, que borda como al principio*).

CARMEN:

¡Cecilia! (*Luz sobre Carmen, a la izquierda*). Cecilia, he estado hablando con Emilio. (*Se acerca*). Me ha ofendido. Me odia.

CECILIA:

Quieres que te ayude, ¿verdad? Bueno.

CARMEN:

Sé que todo esto es obra tuya, que es la venganza que has ido tejiendo poco a poco, durante todos estos años. Tu obra está ya terminada. Es cruel, pero justa. Me llamó cochina. Fue como aceite hirviendo.

CECILIA:

¿Emilio?

CARMEN:

He venido a que te destapes, a que me sueltes todo ese odio que has ido almacenando durante toda tu vida. Muéstramelo, báñame con él, insúltame. He venido para eso. (*Baja la cabeza*).

CECILIA:

¿Odio? ¿Yo?

CARMEN:

¡Insúltame!

CECILIA:

¡Carmencita . . . !

CARMEN:

¡No trates de fingir! Tu obra ha dado frutos ya. No tienes por qué encubrirlo. Insúltame. Dime que te robé a Roberto, que mi vida fácil te estaba destinada a tí, pero que yo te la robé. ¡Cóbrate, Cecilia! ¡Te lo debo! Me has robado el cariño de mi hijo. ¿Te debo más?

CECILIA:

(Llora). ¡No!

CARMEN:

Bien. Estamos en paz. ¿Por qué lloras? No quiero que te arrepientas. Fuiste justa. (Se acerca a consolarla). Yo te he hecho mal y tú me lo has hecho a mí. Estamos en paz. Porque yo te lo debía. Me has cobrado y te he pagado.

CECILIA:

(Llorando aún). Carmen, no. Tú no me debes nada. Quítate eso de la cabeza.

CARMEN:

Yo te robé a Roberto. Tú me has robado a Emilio. Podemos darnos la mano. ¿Verdad?

CECILIA:

No, Carmen. No sufras. Tú no me has robado a Roberto. El te escogió a tí.

CARMEN:

¡Es como lo digo yo! ¿Comprendes? Yo te robé a Roberto, tú me has robado a Emilio. Estamos en paz.

CECILIA:

No, Carmen. No sufras. Ahora me parece que has sufrido toda la vida, ¡y no me perdonaré nunca si ha sido por culpa mía!

CARMEN:

No. No he sufrido. Siempre me ha tocado lo más agradable de la vida, lo más fácil y suave. He sido feliz, sí, a mi manera: Mis amigas, mis reuniones. Pero a costa tuya, porque mi vida te estaba reservada a tí. Ahora ya te he pagado, te he pagado con Emilio.

CECILIA:

(Deja de llorar). Me consuela saber que no has sufrido, que es una cosa momentánea, por Emilio. Lo de Emilio se puede arreglar. ¿Qué te ha dicho?

CARMEN:

Cochina. Le dije cómo te las has ingeniado para robarme su cariño, y él me llamó... *(No se atreve a decirlo)*.

CECILIA:

Se puede arreglar. Cuando venga le diré que es cierto. Que he querido vengarme, cobrarme, robándote su cariño. No me lo querrá creer al principio, pero yo haré que me lo crea. Tendré que ofenderte. ¿Me das permiso? Es para hacerme odiosa a sus ojos.

CARMEN:

(Desorientada). ¿Tú..., tú estás dispuesta a eso?

CECILIA:

Y a más. A todo lo que sea preciso para que no sufras.

CARMEN:

¿Entonces..., entonces, es mentira? ¿Tú no querías robarme a Emilio?

CECILIA:

No, Carmen, ¿cómo voy a querer eso?

CARMEN:

¿Eres así tan buena, tan buena? ¿No has querido vengarte? ¡Oh, qué vil soy! (*Subrayado*) ¡Qué cochina he sido! ¡Toda mi vida...! (*Esconde la cara*).

CECILIA:

¿Lloras?

CARMEN:

¡Soy..., eso que dijo él!

CECILIA:

Te había hecho tanto bien pensar que yo había quedado robarte a Emilio, ¿verdad?

CARMEN:

Hubiéramos quedado en paz. Me habría sentido en paz contigo.

CECILIA:

¡Es cierto! ¡Tú no sufrías cuando entraste. Sufres ahora. Es ahora que sufres. Soy una tonta. Debí haberme dado cuenta. ¡Hasta puedes pensar que esto es una continuación de mi venganza! (*Arrodillada*). ¡Te lo juro por los clavos de Cristo, por Dios vivo, que sólo quiero que no sufras! ¡Te lo juro por la salvación

de mi alma! (*Carmen la mira como desde lejos, envi-diándola. Cecilia comprende que la está hiriendo aún más*). ¡Es peor! ¡Es peor! ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer, Dios mío? ¡Estás sufriendo, pobrecita mía! ¡Te estoy haciendo sufrir! (*Transición*). Era cierto, Carmen, yo he querido robarte a tu hijo. Todo ha sido un ardid mío, para que sufrieras. ¡Todo, hasta el juramento! Pero no te dejes engañar. No tienes por qué sufrir.

CARMEN:

Mentira. Ahora estás mintiendo por mí. Eres buena.

CECILIA:

¡Es preciso que me creas! No echas a perder toda tu vida. Sigue viviendo feliz, como siempre. Es lo justo. ¡Es lo justo, Dios mío! Yo haré que Emilio vuelva a tí. Pero no sufras. ¡No sufras! O te lo robaré, si eso te sirve de consuelo, si es eso lo que quieres. ¿Qué debo hacer para que no sufras? Si eso te pone en paz con tu conciencia, te lo robaré.

CARMEN:

No. No me quites a mi hijo.

CECILIA:

Bueno. Yo haré que vuelva a tí. Pero no llores más. (*Carmen se ha calmado*). ¿Has comprendido ya? Te remuerde la conciencia por cosas de las que no tienes culpa. Roberto te escogió a tí. Eras más bonita que yo. ¿Pero qué culpa tienes de haber sido hermosa? ¿Qué culpa tienes de haber tenido una vida que no te permitía reparar en... cosas pequeñas? Carmen, no tienes culpa.

CARMEN:

(Pone su mano sobre la de Cecilia, agradecida). No te preocupes más. No puedes hacer nada por mí. Los malos no tenemos remedio.

CECILIA:

No eres mala, Carmen. No saldrás de aquí hasta que te hayas convencido de eso.

CARMEN:

Perdóname, Cecilia. Por todo.

CECILIA:

¡No tengo nada que perdonarte! ¡Compréndelo de una vez! Pero si te sirve para olvidar, bueno, te perdono.

CARMEN:

¿Qué hago ahora? ¿Dónde voy?

CECILIA:

Sigue viviendo tu vida de antes. Te pertenece. Es tuya. Pronto olvidarás todo esto, con tus amigas, tus reuniones.

CARMEN:

Siento esa vida tan lejana ya. No podría. ¡Era tan feliz antes! A mi manera, inconsciente, mala, pero era feliz. Y ya no podré serlo nunca más.

CECILIA:

Claro que podrás. No ha pasado nada. Absolutamente nada. Sólo tienes que darle la vuelta y regresar. Piensa que nada de esto ha pasado, que ha sido un sueño, un mal sueño que hemos tenido las dos.

CARMEN:

¿Y Emilio?

CECILIA:

Yo lo haré volver a tí. Serás feliz, como siempre, como antes.

CARMEN:

¿Como antes? ¿Crees que pueda?

CECILIA:

Estoy segura de que sí. Tú verás. Sigue tu vida natural y verás cómo todo volverá a ser como antes. Pero debes poner de tu parte, agarrarte de lo que eras, de lo que siempre has sido, y convencerte de que es así como eres feliz. Y convencerte de que Roberto es tuyo, porque él lo quiso, porque tú eras hermosa y lo sigues siendo, Carmen. Convéncete de eso. (*La ayuda a levantarse y a adoptar su porte noble, aristócrata, repugnante de antes*). Así, levanta la cabeza, así... Como toda una señora, como antes.

CARMEN:

¡Me cuesta!

CECILIA:

¡Agárrate duro, fuerte!

CARMEN:

Bueno. Dame el abanico.

CECILIA:

¿El abanico?

CARMEN:

¡Sí! ¡Dámelo! ¡No te lo doy! (*Transición*). Me cuesta. Es así como debo ser, ¿verdad?

CECILIA:

Sí, Carmen, si así eres feliz, sí.

CARMEN:

¡Dámelo entonces! ¡Pronto! (*Cecilia hace la mímica de dárselo*). Nunca me pidas nada. Nunca.

CECILIA:

Está bien.

CARMEN:

Y de que vuelva Emilio a mí. Y que te odie a tí.

CECILIA:

Bueno.

CARMEN:

Que todo vuelva a ser como antes.

CECILIA:

Sí, Carmen. Todo volverá a ser como antes. Recuperarás la paz.

CARMEN:

(*Al borde de caer de nuevo*). ¡Ojalá! ¡Ojalá pueda!
(*Sale, parece que llorando*).

(*Oscuro. Luz sobre Cecilia y Emilio*).

CECILIA:

Me alegro de que hayas venido, Emilio. Llevo dos días esperándote ansiosa. Tengo que hablarte. Me ha dicho mi hermana que la ofendiste, que la insultaste. Estuvo aquí llorando a lágrima viva. Nunca he visto a nadie sufrir así. Y es por culpa mía. Yo he conspirado contra tu madre desde que eras pequeño...

EMILIO:

¡Tía...!

CECILIA:

¡Déjame hablar! No me interrumpas, por favor. (*Que perdería el aplomo*). Yo he conspirado contra tu madre desde que eras pequeño, para robarle tu cariño. Comprende, Emilio. A ella siempre le ha salido todo bien. En el colegio era la más popular, todas las amigas la buscaban. En cambio a mí... Cuando conocí a tu padre, tuve un asomo de esperanza..., me llené de dicha. Pero no tardó tu madre en quitármelo, en robármelo. Decidí vengarme entonces. ¿Comprendes, Emilio? Quise vengarme, robarle algo a tu madre, lo más precioso que tuviera. Tú. Oh, he tejido fino. Te he ido ganando poco a poco, poniéndote pequeñas trampas, menos descaradas...

EMILIO:

¡Tía...!

CECILIA:

(*Sin dejarse interrumpir*) ... ¡menos descaradas! que las que usó tu madre para atrapar a Roberto, pero tan efectivas. No tenía prisa, tenía toda la vida por delante, porque era lo único a que me iba a dedicar. Al final has caído. He hecho como si la quisiera, como si la defendiera, para quedar yo más buena a tus ojos. Cuando se defiende a una persona mala, sucia, tramposa, vil, como tu madre, es sólo para que se vea cuán buenas somos defendiéndola. Pero ahora me arrepiento. No quiero tener que responder por semejante pecado. Lo confieso: todo fue cizaña mía.

EMILIO:

Tía, no sigas. Mamá se ha querido matar.

CECILIA:

¿Cómo?

EMILIO:

Papá la encontró ayer... La llevó al hospital, grave. Están ahí desde ayer. Quizás a estas horas haya... ¡Por culpa mía! (*Cecilia lo abraza*). No me dejan entrar. Dicen que no quiere verme. ¡Por mí culpa, tía!

CECILIA:

¡Carmen!, ¿qué locura has hecho?

EMILIO:

¡Por mi culpa!

CECILIA:

No, hijo, tú no tienes culpa. En todo caso la tendría yo. Pero ni siquiera yo la tengo. ¡Qué locura, Carmen!

EMILIO:

Yo quería ser puro, tía. ¿Ve usted lo difícil que es? Quería ser justo, y lo que he logrado es bañarme en culpa y salpicarte a tí y a papá. Y está bien que yo salga sucio de esto, pero papá también se consideraría responsable de su muerte, si muere. Y hasta tú, tía. Hasta tú.

CECILIA:

Vamos a rogarle a Dios que no pase nada. Pero nadie es culpable. Ni yo, ni tu padre..., ni tú. Nadie tiene la culpa. Dios lo ve todo. Sabe que la ofendiste por amor a mí, por verla pecar en mí. Sabe que yo me desesperé, que quise quitarle ese dolor que le diste. El lo sabe porque El lo ve todo.

EMILIO:

¿No te sientes, entonces, culpable?

CECILIA:

No.

EMILIO:

Pero, ¿y papá? ¿Cómo haremos para que tampoco sienta culpa?

CECILIA:

No creo que la sienta. Y si la siente es por pura generosidad suya, porque no la tiene.

EMILIO:

¡Si mamá muere...!

(Reflector a la izquierda, sobre Roberto).

ROBERTO:

Tu madre ha muerto, Emilio. *(Emilio se tapa la cara y llora. Pausa)* Llamándote. *(Pausa).*

EMILIO:

Me dijeron que no quería verme.

ROBERTO:

(Durante toda esta escena, salvo las veces que se indique, Roberto se dirigirá exclusivamente a Emilio, con un afán urgente de convencerlo, de convertirlo). No te llamaba para que fueras. No sé para qué te llamaba. Seguramente ella tampoco lo sabía. Murió sin saber nada. Sin tener nada a qué agarrarse. No. Me equivoco. Había algo que sí sabía. Sabía que era mala. Pero no se agarró de ese clavo ardiendo. Se empujó más. Cada vez más. Al final ya no se la oía, de tan lejos, de tan hondo como iba. Me ha estado hablando toda la noche. Me ha contado todo lo que ha pasado. Pero al final ya no se la oía. Sólo una voz tenue, cada vez más tenue, más lejana, pero gritando siempre. Cayó gritando. ¡Pero ya no se la oía! Como un grito lejano. Tenía miedo.

CECILIA:

¿Tuvo tiempo de confesarse?

ROBERTO:

(Sin verla). Sí, Cecilia. Tuvo tiempo. *(A Emilio)*. Fue una agonía larga. Pero no, no quiso confesarse.

CECILIA:

¡Pobre hermana mía!

ROBERTO:

(Pero a Emilio). Le dio vergüenza. Y me ha contado por qué, palabra por palabra. Me lo ha contado todo. Se confesó conmigo. Pero yo no pude absorberla. ¿Comprendes? No podía quitarle la única certeza que tenía, la de que fue mala. No podía quitarle lo único que le quedaba. Se hubiera muerto desnuda, mareada. Era más digno morir con algo en la mano. ¡Hacía muecas tan horribles! *(Se tapa el rostro)*.

EMILIO:

No tiene usted la culpa, padre. Ni yo, ni usted, ni la tía.

ROBERTO:

No. La culpa fue de ella misma. Ella lo reconoció. Cayó a la muerte hundida bajo el peso de su pequeña maldad de todos los días, que ella sumó con honradez, y que la hicieron tocar fondo. Porque nada la sostenía. Una buena acción en toda su vida, un sacrificio... Uno sólo, Cecilia, uno, y eso la hubiera salvado, se habría agarrado a él. No era tan mala. No pesaba tanto. Si alguien le hubiera tirado una cuerda, algo a qué agarrarse. Si alguien la hubiera hecho sentirse que de alguna forma había pagado, no se ha-

bría cobrado ella misma. Tú estuviste muy cerca, Emilio. Me la llamaste cochina. Tu madre no fue inocente. No la estoy defendiendo. No tengo con qué hacerlo. Pero hay dos clases de maldad, hijo. La del que la hace, la del que le hunde un puñal a otro, y la del que se goza de ser el instrumento de que el otro peque, la del que se goza viéndose la herida para saber hasta qué punto pecó el agresor. Y esta es una maldad más sutil pero más profunda que la primera. Peca más el agredido que el agresor, cuando el agredido, en vez de contestar humanamente con otra puñalada, contesta con la otra mejilla, para que sea Dios quien lo vengue, porque sabe que Dios es más cruel. Hay mucha más crueldad en la resignación del mendigo que en la avaricia de quien le niega la limosna, porque el pecado del avaro lo paga él mismo condenándose, pero, por el pecado del mendigo, ¿quién paga? Ese pecado queda impune a los ojos de Dios. Dios no lo ve. Si lo viera, Jesucristo mismo estaría en los infiernos. Es el pecado de los pobres, de los feos, el pecado de los santos, de los mártires. Ahora me explico por qué sonríen los mártires al morir. Se gozan de ver pecar al verdugo. Es su venganza. Un verdadero mártir debería romperse la cabeza con dos piedras antes de permitirle al verdugo cometer semejante pecado. Condenarse ellos mismos antes de ser el instrumento de la condenación del verdugo. Es una sonrisa perversa. Y es que no lo aman, al verdugo. Y es justo. Pero lo que no es justo es que lleven su venganza hasta ese extremo inhumano. Hijo, si alguno te da una bofetada, no le vuelvas la otra mejilla, rómpele la cara mejor. ¡Mendigo! ¿Qué dices a todo esto? ¿No es cierto lo que he dicho? ¿Esa ha sido tu venganza: Encomendar a Dios a mi mujer para que me la mande a los infiernos?

EMILIO:

Papá, la tía hizo todo lo posible para...

ROBERTO:

¿Sí? ¿Qué hizo? ¿Qué hizo? No, no hizo nunca nada. Nada de lo que pudo hacer, de lo que debió hacer. ¡Debió querer vengarse! ¡Debió pecar un poco para que no pecara tu madre tanto! Es inhumano ser tan bueno, ¡es inmoral! Ella se venga a la postre. A la postre es mala, inhumanamente mala. Pero se va a ir al cielo. ¡Oh!, si Dios de veras fuese justo te irías derecho a los infiernos, Cristo estaría en los infiernos, y todos sus santos y mártires que permitieron que el pecado del prójimo se consumara en ellos, que no se opusieron a él con todas sus fuerzas, aún a costa de perder su alma, sino que, por el contrario, entornaron los ojos mientras los crucificaban, mientras el verdugo se iba hundiéndose.

EMILIO:

Ella quiso quitarle el dolor que yo le había dado...

ROBERTO:

Para ser más buena y que pesara más el pecado de tu madre.

EMILIO:

...aún cuando con eso iba a hacerse odiosa a mis ojos...

ROBERTO:

No se trataba de tus ojos, sino que de los de Dios.

EMILIO:

¡Dios no existe, padre!

ROBERTO:

No importa que Dios no exista. Ella cree en El y eso es lo decisivo.

EMILIO:

¡Tía, dí algo...!

ROBERTO:

Hay demasiados héroes en el mundo. Demasiada gente excepcionalmente buena, o excepcionalmente mala. Y por admirarlos, o temerles, o amarlos, nos hemos olvidado de seres pobres, humildes, como el de tu madre. Y mientras los admiramos, a estos héroes, el ser humilde se escurre fuera de escena y sin que nadie lo note, se suicida. ¡Y encima de todo esto tenemos el coraje de sorprendernos! ¡Los están mandando vivos al infierno, Emilio! Y de la manera más vil, (*Vuelve a ver a Cecilia*) sin comprometerse en nada, permaneciendo limpios, inocentes, buenos...

EMILIO:

¡Tía, por favor...!

ROBERTO:

Ella quiso quitarle su dolor porque el dolor podía salvarla. Ella fue buena para hundir más a tu madre, ante los ojos de Dios, no los tuyos, que no creo que le importen mucho. Se desesperó cuando vio que tu madre se hacía méritos suficientes, se desesperó y se los quitó con ese pecado lento, reflexivo, sutil, como esa labor que hace. ¿Era por eso? ¡El dolor la ha salvado! No. Mentira. No es así como termina. Tú te vas a ir al cielo, Cecilia. Carmen y yo al infierno.

Por malos y por ricos. ¿Lo sabías tú eso? También por ricos nos vamos a condenar. Y los pobres nos ven cómo nos hundimos, y se gozan de ello, y se van al cielo. El otro día salió tu nombre en el juzgado. Gutiérrez te acusó de ser espía mío. Dijo que eras un señorito que fingía amistad con los obreros sólo para escuchar sus conversaciones... Yo sé que le has comprado remedios, juguetes para sus hijos... Y eso no te lo perdonaré nunca, el que te hayas servido de él para apuntarte en tu nombre una acción generosa. ¿Ves? ¿Comienzas a entender? (*Emilio lo mira a los ojos*). Sé lo que estás pensando. La próxima vez que lo veas te portarás malo con él, y es eso lo que ellos quieren, que te hundas en el pecado, que te vayas a los infiernos. Esa es la venganza de los pobres, su maldad. No te lo había dicho para que no lograran su fin, pero no tienes remedio, hijo, te vas a ir a los infiernos. Y además, lo prefiero. Allí estaremos tu madre y yo. ¿Qué vamos a hacer nosotros entre ángeles, Emilio? No nos dejarían entrar. A Gutiérrez yo le ofrecí hace tiempo otro trabajo, más suave, mejor remunerado. ¡Y no lo quiso! Me miró, se sonrió, y dijo que no. Se estaba sonriendo. Estaba gozándose de verme el alma sucia, estaba embarrándome más. El su tristeza se la cura rezando, porque ellos también rezan, a su manera. Pero yo, tu madre, comprenderás que nosotros no tenemos la cara para rezar. (*Por fin el llanto lo vence y comienza a llorar, conteniéndose al principio, pero cada vez más desconsoladamente, sin taparse la cara ni disimularlo, hasta que al final es ya un llanto desgarrador y feo*). Nosotros no tenemos consuelo. Tú, sí, mendiga miserable, inhumana, tú sí. Gózate de saber que mi mujer está ardiendo en estos momentos. Gózate, que ése es tu pecado que queda impune...

CECILIA:

(Tirándosele encima a estrangularlo, transformada en fiera). ¡Malo! ¡Malo! ¡Malo! (Roberto la avienta al suelo de una ruda bofetada).

ROBERTO:

... ¡en el cielo, no aquí en la tierra! Ahora que te consuele Dios. Eso es lo que querías, que nosotros te hiciéramos daño para que Dios te consuele, para merecerte su caricia. Bueno, ¡meréctela! ¡Toma! *(La pateo)*.

(Oscuro. De ahora en adelante, hasta el final sólo se oirán las voces en la oscuridad).

ROBERTO:

Y puesto que nos vamos a ir a los infiernos, nosotros, los ricos, los avaros, los amos, les vamos a dar el suyo aquí. Saldremos perdiendo, lo sé. Pero no importa. Alguien tenía que ser el santo, el mártir. ¡Toma, gózate, gózate...! *(Ruido de patadas)*.

EMILIO:

¡Duro, papá, duro...!

ROBERTO:

¡Vete al cielo, vete de aquí! *(Patadas)*.

EMILIO:

¡Mátala, mátala...!

ROBERTO:

(Patadas). ¡Vete, monstruo, vete...! ¡Vete, vete de aquí...!

(Con las últimas palabras, ha caído rápidamente el

TELON

LA VENGANZA

Personajes, según el orden en que aparecen:

EL CUERPO DE UN HOMBRE

EL HOMBRE

UNA MUJER

EL CUERPO DE ESA MUJER

La acción se desarrolla en una sala burguesamente amueblada.

A Sergio Ramírez Mercado

ACTO UNICO

Alguna puerta. Sillas. Algún sillón.

PRIMERA ESCENA: EL HOMBRE Y SU CUERPO

(Entra rápidamente, violento y disgustado, el Cuerpo de un Hombre seguido por el Hombre mismo que viene sonriéndose satisfecho, recordando una dicha reciente. En modo alguno se parecen estos dos personajes jóvenes. Las maneras toscas y vulgares del Cuerpo contrastan con las refinadas y aristocráticas del Hombre. Ni siquiera en la vestimenta se asemejan, pues el Cuerpo viste una ropa corriente de todos los días, mientras que el Hombre lo hace con cierta elegancia y buen gusto. Trae, además, una flor en la solapa. Un clavel rojo. Otra particularidad del Hombre es que es ciego, pero camina con tal seguridad que nos hace suponer en él una larga costumbre en las tinieblas. En cuanto entran, el Cuerpo del Hombre se pasea por todas partes, nervioso y disgustado; en cambio, el Hombre se deja caer voluptuosamente en el sillón sin prestarle mucho cuidado a su Cuerpo).

CUERPO DEL HOMBRE:

Te acordarás que hicimos un trato. Y no has sabido cumplirlo. Te aprovechaste de que dormía para salirte con la tuya. Llego a casa medio muerto de cansancio, y no me puedo recostar un poco, no me puedo descuidar porque en seguida te sales con las tuyas.

HOMBRE:

¡Se veía tan hermosa con su traje azul! ¡El aire, que nos salía a encontrar como un perro fiel y nos lamía todo! ¡Yo, de nuevo yo! ¡El campo, las flores que recogía! (*Huele, enamorado, la de su solapa*).

CUERPO DEL HOMBRE:

Irte así tan lejos sin decirme nada. Aprovechándote de que dormía. Y yo cansado de trabajar por ti. Así es como me pagas. Ya te quisiera ver sin mí, malagradecido. No sé de qué te sirvió esa famosa educación tuya por la que me tuve que sacrificar. (*Más bajo, para sí mismo casi*). Cuántas veces no prefería yo irme a bañar al río en vez de estar entumecido en ese cuarto...

HOMBRE:

(*Hundido en sus propios pensamientos*). Es que es tan hermosa, amigo...

CUERPO DEL HOMBRE:

¡A mí no me llames amigo!

HOMBRE:

...tan imposible en la realidad que solamente así en sueños, puedo verla y estar con ella. Se hizo un ramillete con las flores, ¿sabes?

CUERPO DEL HOMBRE:

Pues me parece recordar que cuando éramos niños aún de esos sueños participaba yo. Tú me los contabas y yo, yo. . ., pues yo me. . ., tú sabes.

HOMBRE:

(Voz baja. Su Cuerpo no llega a oírlo). ¡Cerdo!

CUERPO DEL HOMBRE:

Entonces eras buena fe, compañero, amigo de verdad. Ahora sueñas, viajas, gozas tú solo, y me dejas a mí, sin decirme nada, aprovechándote de que dormía, de que descansaba después de estar todo el día en esa oficina.

HOMBRE:

(Condescendiendo un poco con su Cuerpo). Pero, comprende. Esto es diferente. Ella es limpia, pura. Yo no podía permitir lo que allá en nuestra infancia. . .

CUERPO DEL HOMBRE:

¡Claro, yo no soy digno de ella!

HOMBRE:

No, no es eso. Es que yo la quiero, la amo de verdad, la. . . No sé cómo se dice, pero es una cosa íntima. Tú no comprendes, no puedes comprender. No podría compartirla. *(Voz baja).* Ni siquiera contigo. *(Voz normal).* Y aunque quisiera, no te dejarían entrar. Eres muy pesado. . ., no sé.

CUERPO DEL HOMBRE:

¡Pero te acordarás que hicimos un trato! ¡Quedamos en compartirlo todo! (*El Hombre baja la cabeza*). Y si no es que me despierta el despertador te hubieras salido con la tuya sin saber yo nada, confiando en ti. ¡Qué infame te veías! Puertas secretas, túneles en mí, donde yo menos sospechaba. Quién sabe desde cuándo me estás traicionando así.

HOMBRE:

No había otro lugar. No tenía otra manera de verla. Solamente en sueños.

CUERPO DEL HOMBRE:

(*Enojado*). ¡Pero me lo podías contar, como cuando éramos niños!

HOMBRE:

(*Enojado también*). ¡No! ¡No! ¡Yo no podía permitir que se la profanara así!

CUERPO DEL HOMBRE:

(*Sorprendiéndose de ese extraño arranque de cólera, lo mira en silencio un rato y luego le dice con calma, pero con resolución*). Bueno. Bueno. Pero me las pagarás. Eso sí, me las pagarás. Cuenta tú con ello.

HOMBRE:

Esto me pasa por haberte dado tanta confianza.

CUERPO DEL HOMBRE:

(*Haciendo aspavientos de asombro*). ¡Oye, pero qué cínico eres tú! Encima de que todo la malo es para

mí, venirme ahora con eso. Encima de que por darte gusto hasta me arriesgo a enfermedades, como cuando camino en la lluvia. Y eso que las enfermedades me son tan peligrosas, pues si me muero me comen las culebras, mientras que a ti, quién sabe.

HOMBRE:

Sabes perfectamente bien que no creo en ninguna inmortalidad del alma.

CUERPO DEL HOMBRE:

(Violentemente). ¡Pero yo sí! ¡Yo sí! *(Más para sí mismo)*. Todo lo malo es para mí, el cuerpo. Y ahora me dice que por darme confianza, como si yo fuera un sirviente, un criado. *(Enojado otra vez)*. El criado deberías ser tú, que probablemente vivas siempre, no yo, con tan poco tiempo, con tan pocas posibilidades. Y encima de todo esto, sueñas, viajas, gozas tú solo, mientras yo duermo rendido de cansancio de tanto trabajar en esa oficina calurosa todo el día. ¡No, hombre, no!

HOMBRE:

¿Y por qué crees que eres cuerpo? ¿Para qué crees que estás hecho?

CUERPO DEL HOMBRE:

Para servirte a tí, ¿verdad?

HOMBRE:

Yo no digo que para servirme a mí, pero ninguno de los dos debemos salirnos de nuestros límites.

CUERPO DEL HOMBRE:

Sí, ya sé cuáles son esos límites. Me acuerdo de lo que nos decían en la escuela, cuando niños: yo soy polvo. Todo lo que hago es vano. Todo lo que yo amo es pecado. Hay que martirizarme; hay que sacrificarme para salvarte a ti. (*El Hombre calla*). Ah, pero esto se acabó. Yo a ti te quería bien. Hacía de buena gana lo que me pedías. Además, teníamos un trato, de compartirlo todo: todos los dolores, todas las responsabilidades, todos los placeres, (*Subrayado*). Todas las mujeres. Ibamos a estar en constante comunicación. Y has faltado a tu palabra.

HOMBRE:

(*Sin aplomo*). Mentira. Todo lo he compartido contigo.

CUERPO DEL HOMBRE:

¿Y esa muchacha de ahora, con la que estabas en sueños mientras yo dormía?

HOMBRE:

Eso es otra cosa. Las demás, todas las he compartido contigo.

CUERPO DEL HOMBRE:

¿Cuáles demás cosas? De tu parte, ahora, de adulto, no recuerdo haber recibido ningún otro placer que un escalofrío en alguna tarde. (*Recordando*). Quizás aquellos libros pornográficos que leías. En fin, cosas así.

HOMBRE:

Pero, ¿qué otros placeres crees tú que tengo?

CUERPO DEL HOMBRE:

¿Y lo de esa muchacha con el traje ese azul que dices y el ramillete de flores?

HOMBRE:

Te he dicho que eso es ya otra cosa.

CUERPO DEL HOMBRE:

Si lo que me duele es que no me consideras digno de lo que amas, después de todo lo que hago por ti, y a pesar de estar en peores condiciones. (*El Hombre calla, baja la cabeza*). Ah, pero me las pagarás. Yo no sé cómo, pero me las pagarás.

HOMBRE:

Haz lo que quieras, pero ella no, nunca. (*Se retira a oler enamorado la flor de su solapa. Después de un rato, continúa con voz apagada, sin mucho interés de que lo oiga su Cuerpo*). Además, cuando nos encontremos en la realidad nos casaremos, y tú tendrás su cuerpo de ella. Por eso me dió esta flor: para que yo te la dé a ti en el momento debido y me pueda reconocer. Ella, por su parte, le dará a su cuerpo el ramillete de flores que recogió allá, en mis sueños. Todo esto, cuando creamos estar juntos, para reconocernos en la realidad. (*A sí mismo*). Pobrecita. Ella de veras lo cree posible (*Lo seduce y encanta esa posibilidad en la que no cree*). ¡Caramba, qué dichoso sería ese día! (*Sin embargo, pronto cae en un estado de humor pesimista, y a pesar de que no tiene esperanza de que ese día llegue, le medio dice a su Cuerpo*). Quizás, quizás algún día. (*Dirigiéndose a su Cuerpo más directamente*). Pero, ¿ves? ¿Ves, cuerpo, que también tú formas parte de este amor mío?

CUERPO DEL HOMBRE:

(*Irónico*). Sí, cómo no. Te lo voy a creer. Voy a confiar en ti. (*Se hurga groseramente las narices*).

HOMBRE:

¡De veras! Por eso me dió esta flor.

SEGUNDA ESCENA:
ENTRA LA MUJER Y SU CUERPO

(La mujer, joven como el Hombre, a pesar de ser ciega también como él, entra guiando de la mano a su Cuerpo. Las dos van vestidas de azul, pero los trajes pueden ser de diferente hechura. La Mujer lleva en el suyo un ramillete de flores, de donde es obvio que salió la que el Hombre luce en su solapa. Es patente una gran amistad y afinidad de espíritu entre estos dos nuevos personajes de modales e incluso de rasgos similares. Sin embargo, es posible que el Cuerpo de la Mujer sea un poco más tímido. Conviene recordar en esta escena que tanto el Hombre como la Mujer son incapaces de ponerse en contacto real de otra forma que a través de sus respectivos Cuerpos, pero aún así, de manera tan particular y lejana que ni el Hombre ni la Mujer oyen lo que sus Cuerpos hablan. Tampoco puede oír el Cuerpo del Hombre lo que la Mujer y el Cuerpo de la Mujer hablan, ni ver a la Mujer, ni el Cuerpo de la Mujer oír lo que habla el Cuerpo del Hombre y el Hombre, ni ver al Hombre).

MUJER:

Ven, ven, por aquí es. Lo siento.

CUERPO DEL HOMBRE:

(Al Cuerpo de la Mujer, entre saludo e interjección admirativa). ¡Hola!

CUERPO DE LA MUJER:

(Tímidamente). Hola.

MUJER:

(Ansiosa, asida a un brazo de su Cuerpo). ¿Está aquí? ¿Lo ves?

HOMBRE:

(Que se ha acercado a su Cuerpo como pidiendo protección al presentir la presencia de otra persona). Siento que alguien ha entrado. ¿Quién es?

MUJER:

Dime, pronto, ¿es él?

CUERPO DE LA MUJER:

No sé, Mujer, espera. *(Al Cuerpo del Hombre).* Perdóneme, creo que me he equivocado

HOMBRE:

(Gritando). ¿Quién es? ¿Quién está aquí? *(El único que lo oye es su Cuerpo, naturalmente, pero no le hace caso y se separa de él).*

CUERPO DEL HOMBRE:

Pierda usted cuidado, señorita. (*Al Hombre, que se le había vuelto a acercar asiéndolo del brazo*). ¡Suéltame! (*Otra vez al Cuerpo de la Mujer*). Dígame en que puedo servirle.

CUERPO DE LA MUJER:

¿No vive aquí un tal señor...? (*A la Mujer*) —¿Cómo es que se llama?

MUJER:

No sé. Pero lleva un flor en la solapa.

CUERPO DE LA MUJER:

(*Al Cuerpo del Hombre*). No me acuerdo cómo se llama.

CUERPO DEL HOMBRE:

Dígame usted entonces cómo es él. Aquí vivimos muchos. Quizás pueda ayudarla dándome sus señas.

MUJER:

¿Es él? ¿No me engaño? ¿Lleva una flor en la solapa?

CUERPO DE LA MUJER:

No, no lleva ninguna flor. ¿Y es solamente por eso que lo conoces?

MUJER:

En sueños lo reconozco de lejos, pero aquí, afuera, no sé cómo será.

HOMBRE:

(Después de haber esperado inútilmente que le hablara su Cuerpo). ¿Esta va a ser tu venganza?

CUERPO DEL HOMBRE:

Déjate de tonterías.

CUERPO DE LA MUJER:

(Al Cuerpo del Hombre). Pues, ¿sabe usted?, no sabría decirle exactamente cómo es él, pero lleva una flor en la solapa.

CUERPO DEL HOMBRE:

(Sorprendiéndose y viendo la que el Hombre lleva). ¿Qué dijo usted?

CUERPO DE LA MUJER:

(A la Mujer). ¿Qué clase de flor, rápido?

MUJER:

Un clavel. Un clavel rojo.

CUERPO DE LA MUJER:

(Al Cuerpo del Hombre). Digo que me sería difícil describirle a usted su fisonomía, pero lleva un clavel en la solapa, un clavel rojo.

CUERPO DEL HOMBRE:

(Al Hombre, mirándolo largamente). Sí, esta va a ser mi venganza.

HOMBRE:

¿Dejarme así, en la oscuridad, para siempre?

CUERPO DEL HOMBRE:

No, para siempre, no. Esta única vez.

MUJER:

(*Ansiosa*). Por fin, ¿qué? Es o no es?

CUERPO DE LA MUJER:

No sé todavía, espera. (*Al Cuerpo del Hombre*). —No vive nadie aquí que lleve un clavel en la solapa?

CUERPO DEL HOMBRE:

Perdóneme que me haya distraído. Estaba tratando de recordar. (*Vuelve a ver al Hombre, que permanece sin enterarse de nada*). Pero no, no vive nadie aquí que lleve un clavel en la solapa.

CUERPO DE LA MUJER:

(*A la Mujer*). No, definitivamente. No lleva ningún clavel en la solapa. Ni vive nadie aquí que lo lleve.

MUJER:

Yo, sin embargo, estaba tan segura. Como si me lo susurrara una voz... (*A sí misma*). ¿Dónde estará? ¿Que solo en sueños podré estar con él? (*Con dolor*). ¡Oh, a lo mejor ni existe!

HOMBRE:

¿Así es que no me dirás con quién estamos?

CUERPO DEL HOMBRE:

(Después de reflexionar). Sí, cómo no, sí te lo puedo decir. Hay una mujer aquí.

HOMBRE:

(Arrimándose otra vez a su Cuerpo). ¿Una mujer? Y es hermosa? *(Su Cuerpo lo deja arrimarse, pero no con buena fe).*

CUERPO DEL HOMBRE:

Déjame que la mire. *(La mira).*

MUJER:

Vámonos de aquí, entonces. Es peligroso estar a solas con un hombre, y debemos cuidarnos. *(Aunque a tientas conduce a su Cuerpo hacia la puerta).*

CUERPO DEL HOMBRE:

(Al Hombre). Sí, sí es hermosa. *(Al Cuerpo de la Mujer, al ver que se marcha).* —Pero no, no se vaya. *(Detiene al Cuerpo de la Mujer por un brazo, pero esta se lo quita).*

CUERPO DE LA MUJER:

Sí, nos tenemos que ir. Digo, me tengo que ir.

CUERPO DEL HOMBRE:

Ahora recuerdo... *(Finge recordar).* Sí, sé de alguien con un clavel así como me dijo usted. Sí, sí, estoy seguro.

CUERPO DE LA MUJER:

(A la Mujer). Dice que conoce al que buscas.

MUJER:

(Asustándose un poco, halando a su Cuerpo). No le creas. Quiere aprovecharse de lo que le hemos dicho. Corremos peligro. Vente.

CUERPO DEL HOMBRE:

Y me ha hablado de usted incluso. Por cierto que me extraña verla sin un ramillete de flores.

CUERPO DE LA MUJER:

(A la Mujer). Dice que se extraña verme sin un ramillete de flores.

MUJER:

(Deteniéndose, curiosa). ¿Cómo? ¿Cómo sabe él lo del ramillete de flores?

CUERPO DE LA MUJER:

(Al Cuerpo del Hombre). ¿Qué ramillete de flores?

CUERPO DEL HOMBRE:

Yo no sé. Pero sí me acuerdo que un amigo mío me habló de usted.

CUERPO DE LA MUJER:

¿Un amigo suyo?

CUERPO DEL HOMBRE:

(Vuelve a ver al Hombre, con venganza). Sí, un amigo mío, un buen amigo mío.

CUERPO DE LA MUJER:

(*A la Mujer*). Dice que un amigo le ha hablado de nosotras.

MUJER:

(*Entusiasmada*). ¿Un amigo? Pregúntale en dónde está.

CUERPO DE LA MUJER:

(*Al Cuerpo del Hombre*). ¿Y dónde está ese amigo de usted?

HOMBRE:

¿Qué haces ahora? ¿La enamoras?

CUERPO DEL HOMBRE:

¡Cállate!

CUERPO DE LA MUJER:

¿Cómo?

CUERPO DEL HOMBRE:

No. Nada. Perdón. Hablaba conmigo mismo. ¿Qué me decía?

CUERPO DE LA MUJER:

Que dónde está ese amigo de usted.

CUERPO DEL HOMBRE:

Ah, está muy lejos. (*Mirando al Hombre*). Está muy lejos ahora mismo. (*Viendo otra vez al Cuerpo de la Mujer*). Pero vendrá. ¿No quiere usted esperarlo?

CUERPO DE LA MUJER:

No sé. (*A la Mujer*). Dice que está muy lejos, pero que vendrá. ¿Lo esperamos?

MUJER:

(*Alegre*). Sí, claro, lo esperaremos. (*Como queriendo convencer a su Cuerpo, rogándole*). Lo hemos hecho ya durante tanto tiempo, cuerpo... Esperemos.

CUERPO DE LA MUJER:

(*Siempre más tímida que la Mujer, al Cuerpo del Hombre*). Sí, bueno, pero por un momentito nada más.

CUERPO DEL HOMBRE:

¿No quiere usted sentarse?

CUERPO DE LA MUJER:

Gracias. (*Se sienta. La Mujer permanece de pie detrás del asiento apoyando sus manos en los hombros de su Cuerpo*).

HOMBRE:

¿La enamoras ya?

CUERPO DEL HOMBRE:

No, todavía no. (*Mirándola fijamente*). Pero me gustaría acostarme con ella.

CUERPO DE LA MUJER:

(*Al Cuerpo del Hombre*). ¿Por qué me mira así tan raro?

CUERPO DEL HOMBRE:

Nada. Pensaba solamente.

CUERPO DE LA MUJER:

¿En qué, se puede saber?

CUERPO DEL HOMBRE:

(Con expresión y voz sexual). En lo sabroso que sería si nosotros dos... *(El Cuerpo de la Mujer se ruboriza e instintivamente cierra y recoge sus piernas. El Cuerpo del Hombre baja la cabeza).* Perdón.

CUERPO DE LA MUJER:

(A la Mujer). ¡Qué desvergonzado!

MUJER:

¿Qué te dijo?

CUERPO DE LA MUJER:

Nada, pero me dió a entender algo muy feo.

MUJER:

No sé por qué, pero no estoy tan alegre como quisiera estar. Quizás tenga un poco de miedo. Acuérdate que estamos destinadas a aquél.

CUERPO DE LA MUJER:

No te preocupes.

MUJER:

Que tenemos que guardarnos limpias, puras, para él.

CUERPO DE LA MUJER:

Sí, ya sé. No te preocupes.

CUERPO DEL HOMBRE:

(Al Hombre). Soy tan patán. Ayúdame a cnamorarla.

HOMBRE:

(Dándose cuenta y aprovechándose de su importancia). ¿No habías dicho que nos íbamos a separar? *(Se retira de su Cuerpo y va casualmente a pararse al lado de la Mujer, pero sin apercibirse de su presencia. La Mujer, en cambio, sí parece haberse dado cuenta de algo raro, nuevo en el ambiente, como un perfume cerca de ella, en el aire que respiraba)*.

MUJER:

¿No ha entrado nadie?

CUERPO DE LA MUJER:

(Viendo hacia la puerta). No.

CUERPO DEL HOMBRE:

(Al Hombre). Bueno, hombre, bueno. Me ganaste. Ayúdame y me olvidaré de todo.

HOMBRE:

(Cede, pero sin la indiferencia conveniente en estos casos, y entusiasmándose se acerca a su Cuerpo). Bien, te ayudaré. Pero me contarás todo, y me dejarás estar contigo. Yo me meteré en su sovaco, como siempre.

CUERPO DEL HOMBRE:

Sí, sí, de acuerdo.

(Se sientan los dos juntos, cerca del Cuerpo de la Mujer).

HOMBRE:

Dile que si eres tan patán es porque no estás habituado a tratar con personas finas; que tus palabras, acostumbradas a no salir nunca de tu cavernosa boca, son como trogloditas salvajes. Discúlpate.

CUERPO DEL HOMBRE:

(Al Cuerpo de la Mujer). Discúlpeme que haya sido tan... un poco indelicado, pero es que no tengo costumbre de hablar con personas finas, y, claro, mi boca cavernosa... Discúlpeme.

CUERPO DE LA MUJER:

Pierda cuidado.

MUJER:

¿De qué hablan ahora?

CUERPO DE LA MUJER:

Me ha pedido perdón, eso es todo.

HOMBRE:

Dile que todo esto es una experiencia nueva para ti; que tanta luz de pronto te encandila y ciega.

CUERPO DEL HOMBRE:

(Al Cuerpo de la Mujer, pero sin compartir la opinión del Hombre). Todo esto es una experiencia nueva para mí, porque tanta luz... Todo esto es una experiencia nueva para mí.

CUERPO DE LA MUJER:

(Halagada). ¿Qué, no ha conocido nunca a una chica antes? *(Al ver que no le contesta en seguida el Cuerpo del Hombre, pues se ha puesto a dialogar con el Hombre, el Cuerpo de la Mujer cuchichea en silencio y entre risitas con la Mujer, que no las comparte, sin embargo, y ofrece un semblante serio).*

CUERPO DEL HOMBRE:

(Al Hombre). ¡Claro! ¡Qué estupidez! ¿Que acaso no he conocido nunca a una mujer?

HOMBRE:

No la llares mujer. Dile chica.

CUERPO DEL HOMBRE:

¿Cómo no voy a estar acostumbrado a conocer... chicas?

HOMBRE:

Eso no importa. Dile que chicas has conocido muchas, pero que, como ella, solo en sueños se ven, y eso apenas, minutos antes del amanecer. *(Desde que dice "sueños" se ensimisma).*

CUERPO DEL HOMBRE:

(*Al Cuerpo de la Mujer, que cesa enseguida de cuchichear para atenderlo*). Entiéndame. Mujeres. . ., digo, chicas, he conocido muchas, pero como usted solo en sueños las he visto.

CUERPO DE LA MUJER:

(*A la Mujer*). Dice que en sueños me ha visto.

MUJER:

No le creas. Pregúntale si tardará en venir su amigo.

CUERPO DE LA MUJER:

(*Al Cuerpo del Hombre*). Tiene usted malos sueños.

CUERPO DEL HOMBRE:

(*Al Hombre*). Que tengo malos sueños. (*La vuelve a ver*). ¡Qué idiota! Pero es hermosa la tontona esta.

HOMBRE:

¿Malos sueños? ¡No! ¡Nunca! (*Inspirándose*). Dile que basta que ella entre. . ., que cuando sube. . ., no, que cuando baja hasta mi sueño, se me enciende como un faro en la noche alumbrando a los que en sueños cometen injusticias. Los asesinos, los conspiradores, huyen y se refugian debajo de las sábanas, confundiéndonos con la linterna de la policía o la mirada de Dios. (*Sonriéndose. Su Cuerpo lo mira extrañado*). Si hasta los niños que en sueños roban dulces, a pesar de que nos conocen, corren a sus camas espantados de su compañía, llamando a sus mamás. (*Entusiasmado*). Somos

un faro en las tinieblas, dile. Nos necesitan como luminoso punto de referencia las nubes que cruzan el cielo por la noche y que pitan como barcos. Y las almas de los que acaban de morir también nos necesitan. Mi corazón... (*Corrigiéndose rápidamente*). Tú corazón, es decir, consciente de su responsabilidad astronómica, y orgulloso, con el pecho henchido, tal como una vela en alta mar, la espera al filo de la noche, sale a encontrarla, y de la mano, como a una niña ciega, para que no tropiece con mis pecados, la conduce lejos de donde duermes y lloras, hasta el recuerdo donde habita la infancia llena de soles, y juegan en el campo juntos, y recogen flores.

CUERPO DEL HOMBRE:

(*Al Cuerpo de la Mujer*). Cuando entra usted a mi sueño..., mejor dicho, cuando baja usted, vamos los dos donde pasé mi infancia, lejos de donde duermo y lloro, y ahí recogemos flores, y brincamos, y la pasamos muy bien.

CUERPO DE LA MUJER:

(*Entuiasmándose, a la Mujer*). Dice que cuando llego a su sueño vamos donde pasó su infancia, lejos de donde llora, y corremos y brincamos y recogemos flores.

MUJER:

(*Dándole mucha atención, extrañada, pero a sí misma*). Cuando llego yo, siempre tiene los ojos húmedos, y me lleva de la mano... (*Perdiendo el interés, a su Cuerpo*). Pero no, ese es aquel. No le haga caso. Es su amigo, su amigo, al que buscamos. Pregúntale a qué hora vendrá.

CUERPO DE LA MUJER:

(Hace la pregunta solo porque se lo ha ordenado la Mujer, pues poco a poco se ha ido olvidando del Hombre y enamorando de su Cuerpo). Y su amigo, ¿tardará mucho todavía?

CUERPO DEL HOMBRE:

(Angustiado, al Hombre). ¿Qué más le digo? Ya quiere irse.

CUERPO DE LA MUJER:

(A la Mujer, que tiene un semblante cada vez más preocupado). Dice que pronto vendrá. Esperemos un rato más.

HOMBRE:

Dile que desde hace tiempo no se puede ir.

CUERPO DEL HOMBRE:

(Al Cuerpo de la Mujer). No tardará. No se puede usted ir.

CUERPO DE LA MUJER:

(A la Mujer). No te miento. De veras. Dice que no tardará.

HOMBRE:

Mi corazón la aprieta desde hace tanto tiempo que ha cogido su forma, y ahora le queda tan justo, tan ceñido en la cintura, que ya no se puede mover de él, ni abandonarlo.

CUERPO DEL HOMBRE:

(*Al Cuerpo de la Mujer*). Ni abandonarme.

HOMBRE:

Pero yo haré agradable su cautiverio. Se lo disimularé colgando como cuadros en las paredes de mi corazón los recuerdos de países, de paisajes que he visto, y ella se asomará a estos recuerdos míos como a ventanas y respirará, y tendrá así una especie de libertad.

CUERPO DEL HOMBRE:

(*Al Cuerpo de la Mujer*). Yo haré agradable su cautiverio... digo, su permanencia aquí. Le hablaré de cosas bonitas. ¿Le gusta a usted el foot-ball?

CUERPO DE LA MUJER:

¡Oh, me encanta!

MUJER:

¿Hablan?

CUERPO DE LA MUJER:

(*Entusiasmada*). ¡Ay, sí! ¡Hablamos de foot-ball!

MUJER:

¿Tardará mucho en venir?

HOMBRE:

Dile que ya en todas partes de mi vida se la conoce; que una multitud de pequeños deseos, como niños, me preguntan por ella a cada instante, y yo los entretengo y los consuelo dándome palmaditas en el corazón hasta

que la noche y ella llegan. Y dile que... (*Saliendo bruscamente de su ensimismamiento y cayendo en la cuenta de lo que hacía*). ¡No! ¡No! Todas estas son palabras para aquella, la solamente mía, de mis sueños. No quiero usarlas para conseguirte una fácil conquista, una mujerzuela cualquiera. No quiero ensuciarlas en sus orejas.

CUERPO DEL HOMBRE:

(*Yendo detrás del Hombre, que se había puesto en pie repentinamente. Rogándole*). Un poco más solamente. No es una mujerzuela. Está buenísima. El traje azul ese le queda muy bien. (*A sí mismo*). Que me gustaría quitárselo despacito.

HOMBRE:

(*Interesándose*). ¿Cómo? ¿Tiene un traje azul?

CUERPO DEL HOMBRE:

(*Corrigiéndose al ver que se traicionaba*). No, no. Es verde. Me había confundido.

HOMBRE:

(*Perdiendo el interés*). No puede ser, entonces. (*Pausa*). Claro, no podía ser. Tampoco lleva un ramillete de flores, ¿verdad?

CUERPO DEL HOMBRE:

No, ningún ramillete de flores.

HOMBRE:

(*Que a la sazón se encontraba cerca de la Mujer*). Es curioso. Por un instante me pareció que olía... (*Olién-*

dose la flor). Pero debe de ser esta que traigo. (Se aleja de la Mujer).

CUERPO DEL HOMBRE:

(Yendo detrás del Hombre). Anda, hombre, ayúdame. Yo te contaré todo y sacarás placer también.

HOMBRE:

Para mí ya no hay más que una. Cualquiera otra me repugnaría. (El Cuerpo del Hombre se le acerca y agarrándolo amigablemente por los hombros le dice al oído cosas aparentemente obscenas. El hombre rechaza todas sus proposiciones con firmeza diciendo varias veces "no" en voz alta, pero poco a poco pierde terreno y cede a la tentación, hasta que, interesado ya, le dice a su Cuerpo).

HOMBRE:

¿De veras? ¿Más que a la de aquel día?

CUERPO DEL HOMBRE:

Sí, te lo prometo.

(Ya muy interesado). Oye, y... (El resto, con una expresión libidinosa en el rostro, se lo dice en la oreja. Su Cuerpo también le contesta en la oreja y los dos rien).

(A todo esto, desde que el Hombre salió de su ensimismamiento y se separó de su Cuerpo, el Cuerpo de la Mujer y la Mujer quedaron hablando entre sí, sobre todo en los momentos en que el Hombre y su Cuerpo se hablaban en la oreja, de manera que se puede atender a lo que dicen todos).

MUJER:

(Repitiendo la pregunta, pues su Cuerpo, por estar tan embelesada oyendo las frases del Cuerpo del Hombre, no había podido contestar). ¿Tardará mucho tiempo en venir?

CUERPO DE LA MUJER:

(Sin prestarle mucha atención, mirando largamente al Cuerpo del Hombre). No sé. No sé.

MUJER:

Me parece que tiembles. Compórtate bien. Acuérdate que tenemos que conservarnos puras.

CUERPO DE LA MUJER:

(Un poco groseramente). Ya sé. Ya sé que tenemos que conservarnos puras para *(despectivamente)* ese que esperas. Pero, ¿qué tiene de malo hablar con un amigo? Además, la idea fue tuya. Estamos esperando a ese que dices tú.

MUJER:

Perdóname, es que tengo miedo, emoción, no sé. Debe ser porque más que nunca me siento cerca de él.

CUERPO DE LA MUJER:

Yo ya no me puedo portar mejor.

MUJER:

Sí, lo sé, y te lo agradezco. Perdóname. ¿De qué hablan ahora?

CUERPO DE LA MUJER:

De nada. Fue a buscar un cigarrillo. (*Efectivamente, el Cuerpo del Hombre, a quien en esos momentos hablaba el Hombre, sacaba un cigarrillo y lo encendía.*)

MUJER:

No vayas a fumar tú.

CUERPO DE LA MUJER:

(*Un poco indignada*). Si ni me ha ofrecido.

MUJER:

Te lo decía porque... como aquel día...

CUERPO DE LA MUJER:

¡Caray! ¡Para una vez que fumé tanto remordimiento! A veces me parece que me tienes mala voluntad.

MUJER:

(*Sintiéndolo de veras*). No, no es mala voluntad. Es que quiero que nos conservemos lo más limpias posible, lo más puras. (*Soñando*). Para él.

CUERPO DE LA MUJER:

(*La vuelve a mirar, un poco conmovida, y le pone una mano sobre una de las suyas que descansaba en su hombro*). No te preocupes. Seremos de él solamente, y estará orgulloso de nosotras. (*Mira al Cuerpo del Hombre*). Sólo charlo amigablemente, mientras viene tu amigo.

MUJER:

Pregúntale si todavía tardará mucho. *(Su Cuerpo no la oye por estar otra vez mirando fijamente, lánguidamente, al Cuerpo del Hombre, que continúa hablando con el Hombre)*. Pregúntale si todavía tardará mucho. *(Espera en vano la respuesta. Entonces sacude, asustada, los hombros de su Cuerpo)*. ¿Qué sucede? ¿No me oyes?

CUERPO DE LA MUJER:

(Volviendo en sí). Sí, sí. ¿Qué?

MUJER:

Pregúntale si todavía tardará mucho en venir.

CUERPO DE LA MUJER:

No, ya está por llegar. Ten paciencia.

HOMBRE:

(Acercándose con su Cuerpo, bastante alegres ambos). Bueno, pero le dirás exactamente lo que te diga. Y me darás mi parte, ya sabes.

CUERPO DEL HOMBRE:

Sí, hombre, sí. Claro.

HOMBRE:

Por lo pronto, quédatela mirando.

(El Cuerpo del Hombre y el Hombre se sientan juntos frente al Cuerpo de la Mujer. El Cuerpo del Hombre obedece y se la queda mirando fijamente).

CUERPO DE LA MUJER:

(Al Cuerpo del Hombre). ¡Qué raro es usted!

CUERPO DEL HOMBRE:

(Le transmite al Hombre en el oído lo que le dice el Cuerpo de la Mujer, y el Hombre, también al oído, le apunta algo corto, de dos sílabas, que el Cuerpo del Hombre le dice en voz alta al Cuerpo de la Mujer). ¿Por qué?

CUERPO DE LA MUJER:

No sé. Se queda usted tan silencioso tanto rato. Pareciera como si se consultara todo lo que dice y hace.

CUERPO DEL HOMBRE:

(Mismo juego de antes. Es decir, transmitiendo al Hombre lo que se le dice y recibiendo de él su diálogo). Sí, así es, efectivamente. Todo me gusta consultárselo a mi pensamiento. (El Hombre se le arrima otra vez a la oreja y le dice algo más). El sabe más que yo, y de esa manera no me equivoco. (Se inclina un poco hacia ella, como receloso de que el Hombre lo oiga, y con una voz misteriosa, pero suya propia, le dice). Oiga, dígame, ¿y usted no le consulta nada?

CUERPO DE LA MUJER:

Sí, cómo no, a mi moral cristiana, las cosas importantes. Pero ella sabe que me porto bien y está tranquila. *(Vuelve a ver a la Mujer, que no está nada tranquila).*

CUERPO DEL HOMBRE:

(Regresa a su posición de antes, un poco desilusionado). Sí, claro. (Naturalmente, de esta pequeña tentativa de

liberación nada le transmitió al Hombre, que en silencio buscaba frases que decir).

MUJER:

Yo creo que ya no vendrá. *(Su Cuerpo, que mira amorosamente al Cuerpo del Hombre, ni la oye. Entonces, un poco asustada otra vez, la sacude por los hombros).* ¿Estás aquí?

CUERPO DE LA MUJER:

Claro que sí, mujer. ¿Y dónde más voy a estar?

MUJER:

Yo creo que ya no vendrá.

CUERPO DE LA MUJER:

(Un poco fastidiada por la obstinación de la Mujer). Bueno, bueno, espérate. Déjame preguntarle. *(Al Cuerpo del Hombre, que había quedado pensativo).* Me figuro que su amigo ya no vendrá hoy.

CUERPO DEL HOMBRE:

(Saliendo bruscamente de su ensimismamiento). ¿Cómo?

CUERPO DE LA MUJER:

Su amigo, me figuro que ya no vendrá hoy.

CUERPO DEL HOMBRE:

(Ansioso). No, no se vaya.

CUERPO DE LA MUJER:

Es que estoy obligada, ¿sabe usted?

CUERPO DEL HOMBRE:

(*Al Hombre. ¡Se quiere ir otra vez! (El Hombre le da instrucciones al oído. Al Cuerpo de la Mujer, como recitando de memoria, de mala memoria).* Espere un rato más, que se ha regado la noticia y otras palabras mías también quieren besarla en las orejas y se me amontonan en la boca.

CUERPO DE LA MUJER:

(*A la Mujer*). Me acaba de decir que ya viene. Espérennos un rato más. (*La Mujer queda visiblemente nerviosa*).

CUERPO DEL HOMBRE:

(*Después de haber recibido nuevas instrucciones*). Si se va usted no la veré ya más... (*Al Hombre*). No la veré ya más, ¿y qué? (*El Hombre se le pega otra vez a la oreja y repite las instrucciones*). ¿Cómo? (*El Hombre vuelve a hacer la misma operación. Por fin las comprende el Cuerpo del Hombre y se las repite al Cuerpo de la Mujer, pero mirando disgustado al Hombre, pues a su parecer la frase es estúpida*). Y habrá un vacío en mí, a su medida, y se resbalarán de mis manos, como agua, las caricias que le tenía reservadas después de tanto ahorro. (*Al Hombre*). ¡No, Hombre, no! Cosas más efectivas, más... (*Lo interrumpe el Cuerpo de la Mujer*).

CUERPO DE LA MUJER:

(*Emocionada*). ¡Oh!

HOMBRE:

¿Qué?

CUERPO DEL HOMBRE:

No, nada. ¿Qué más le digo? (*El Hombre le da más instrucciones al oído*).

MUJER:

Tiemblas, hueles raro otra vez. ¿Qué estás haciendo?

CUERPO DE LA MUJER:

(*Desvanecida casi*). Nada, nada. Conversando.

MUJER:

¿Conversando de qué?

CUERPO DE LA MUJER:

De tonterías, mujer, de tonterías.

CUERPO DEL HOMBRE:

(*Como siempre, siguiendo instrucciones y hablando de memoria*). Como dos piezas de engranaje somos usted y yo. Mi soledad y su alegría. Su nombre y mi apellido. Su cabeza y mi hombro. (*El Hombre le da más instrucciones*). La invito a que caminemos juntos.

CUERPO DE LA MUJER:

(*Un poco tonta, no comprende que se trata de una invitación puramente simbólica*). ¿Adónde, se puede saber?

CUERPO DEL HOMBRE:

(Mismo juego de consulta. El hombre se sonríe al ver que no se había comprendido su frase). Donde nos lleve la mano de Dios. (Vue'va a ver con disgusto al Hombre y se corrige). De la naturaleza. (Con voz propia). Podríamos ir a un cine.

MUJER:

(Decidida). Vente, vámonos ya. Yo desconfío de este y tengo miedo. (El Cuerpo de la Mujer se resiste un poco, pero se deja llevar, embelesada).

CUERPO DEL HOMBRE:

¡No se vaya! ¡No se vaya usted, se lo ruego!

CUERPO DE LA MUJER:

Ahora sí debo irme, de veras.

CUERPO DEL HOMBRE:

¡Ya llegó! ¡Ya llegó su amigo!

CUERPO DE LA MUJER:

¿Qué amigo?

CUERPO DEL HOMBRE:

Su amigo de la solapa, digo, de la flor. Por el que preguntaba. Ya llegó.

CUERPO DE LA MUJER:

Ah, sí, claro. *(A la Mujer)*. Dice que ya llegó tu amigo.

MUJER:

¿Ya llegó? ¿Dónde está? ¡Llévame donde él!

CUERPO DE LA MUJER:

(*Al Cuerpo del Hombre*). Lléveme usted donde él.

HOMBRE:

(*Que acababa de encontrar una buena frase*). Dile que...

CUERPO DEL HOMBRE:

¡Ah, cállate! Ahora tomo yo las riendas del asunto.

HOMBRE:

¿Conque ésta va a ser tu venganza, verdad?

CUERPO DEL HOMBRE:

Sí, esta es mi venganza.

HOMBRE:

¡Traidor!

MUJER:

¡Llévame donde él, rápido!

CUERPO DE LA MUJER:

(*Al Cuerpo del Hombre*). Lléveme usted donde su amigo, por favor.

CUERPO DEL HOMBRE:

Yo la llevaré. No se preocupe.

HOMBRE:

Ni creas que me afectas mucho yéndote así, como un animal, y dejándome solo. Qué me importa una mujerzuela menos. *(Su Cuerpo sonríe, saborea cruelmente la venganza)*. Soñaré. Soñaré toda la vida. Cada vez que te descuides soñaré, sin decirte nada. Viviré en sueños.

CUERPO DEL HOMBRE:

Creo que también ahí estarás solo.

HOMBRE:

No me abandonará nunca. Vendrá apenas la llame. Apenas me toque el corazón vendrá. *(Su Cuerpo lo mira, pero no le dice nada)*.

CUERPO DEL HOMBRE:

(Al Cuerpo de la Mujer). Venga usted, es por aquí. Está en el cuarto de al lado.

CUERPO DE LA MUJER:

(A la Mujer). Ven, ven. *(La Mujer, muy emocionada, se arregla los cabellos y especialmente las flores. Va de la mano de su Cuerpo)*.

(El Cuerpo del Hombre, entonces, pone un brazo por el hombro del Cuerpo de la Mujer. Esta se resiste un poco, pero cede a sus caricias y suelta la mano de la Mujer, que la sigue sin enterarse de nada. A todo esto, han llegado a la puerta. Primero pasa el Cuerpo de la Mujer, después el Cuerpo del Hombre, y al ir pasando la Mujer el Cuerpo del Hombre le cierra la puerta violentamente en las narices, dejándola afuera).

TERCERA ESCENA: EL HOMBRE Y LA MUJER

MUJER:

(Primero se desconcierta, pero de pronto lo comprende todo y se tapa la boca para no gritar. Desesperada, se pone a golpear la puerta con todas sus fuerzas, sin hacer ruido sin embargo, como si en realidad ni la tocara). ¡No! ¡No! ¡Por favor! ¡Así no me atrevería a verlo más nunca! ¡No! ¡No! ¡No te manches! ¡No me atrevería a verlo más nunca así! ¡Lo perdería para siempre! ¡Por favor! ¡No! (Se muerde la mano de dolor al ver la inutilidad de su empeño).

(Mientras tanto, el Hombre se sienta tranquilamente en algún sillón. Huele su flor enamorado y busca, adoptando varias posiciones sucesivas, una que le sea cómoda para ponerse a soñar. La Mujer, vencida, regresa a tientas, tropezándose, a alguna silla. En el camino, con sus últimas fuerzas, en un arranque de cólera, se quita el ramillete de flores y lo arroja al suelo. Luego se sienta a llorar, con la cara entre los brazos. El Hombre, que ha encontrado por fin la posición propicia, se queda

inmóvil, la cara vuelta hacia arriba, con los ojos cerrados, esperando al sueño un buen rato. He aquí, sin embargo, que el sueño no llega y el Hombre comienza a inquietarse, cambiando nuevamente de posiciones y moviendo la cabeza como buscando algo en sueños. Su nerviosidad crece cada vez más y lo hace portarse como si estuviera siendo sometido a una tortura interna o a una espera desesperante. Después de llegar al clímax, y dándose por vencido, también él deja caer la cabeza entre sus brazos).

HOMBRE:

(Con dolor). ¡Oh!

(Se oyen ruidos extraños detrás de la puerta, voces desvanecidas del Cuerpo de la Mujer. La Mujer se tapa los oídos furiosamente, y cae, rápido el

TELON

LA RETRETA

(Pieza en un Acto)

PERSONAJES:

HOMBRE

JOVEN

MUJER

COMERCIANTE

VENDEDORA

NIÑO

EL

ELLA

VIEJECITA

POLICÍA

ARQUITECTO

Derecha e izquierda, las del espectador.

Lugar: Un parque cualquiera.

Tiempo: El presente y el pasado.

A Carlos Martínez Rivas

ACTO UNICO

El escenario representa el recodo de un viejo parque abandonado. Da una penosa impresión. Todo es viejo: la banca que hay a la izquierda; el farol, cuya luz también es vieja, desabrida; la yerba, que nace y crece vieja ya. Sólo el aire, a pesar de ser también viejo, respirado, conserva... o no, mejor: ha adquirido, con el tiempo, cierta frescura, conforme se ha ido enfriando del calor que un día obtuvo en pulmones humanos. Alrededor del parque pueden verse altos edificios modernos. Se trata de uno de esos parques que, no se sabe cómo, han sobrevivido a la moderna urbanización. El sitio en que se desarrolla la acción es, como ya se ha indicado, un recodo poco transitado, apartado de la vereda principal que circunda a todo el parque y por donde la gente se pasea. O se paseaba, mejor dicho, mientras los bomberos o la Banda Municipal tocaba piezas cursis. Era una hermosa costumbre que heredamos de los españoles y que hemos ido perdiendo poco a poco. Por un instante la escena permanece vacía. Lo único que llama la atención del público son los enormes edificios modernos y un anuncio comercial en

colores, sobre alguno de ellos, que se enciende y apaga con ritmo de corazón y tiempo.

(Entra un Joven, de prisa, nervioso. Viste a la moda del primer cuarto del siglo, totalmente en desacuerdo y en contraste con la urbanización actual del fondo. El joven reconoce el sitio y eso lo tranquiliza. Se sienta en la banca. Poco tiempo. Lo suficiente para coger aliento solo. Luego se levanta y comienza a verlo todo. La banca ha crujido. La prueba, vuelve a crujir. Comprueba el polvo del farol, lo podrido de todo. Sin embargo sonríe. Tiene un remedio para todo ello. Hace el esfuerzo de recordarlo..... Lo recuerda. Es una canción: La Violetera. (O quizá, si se prefiere, el vals Sobre las Olas, de Juventino Rosas). La silba. Entonces, y como por la sola virtud de la melodía, comienza todo a cambiar, a rejuvenecerse. Inmediatamente cesa el anuncio. Se hace transparente el telón de fondo donde están pintados los edificios de los alrededores y se deja ver un cielo magníficamente estrellado, un cielo tropical, de verano. La luz del farol se matiza, se hace como de luna. La yerba se torna verde, verde chillón, brillante. Los árboles, esqueléticos antes, se hacen frondosos y comienzan a mover sus ramas al viento. De pronto aparecen flores por todas partes, flores fosforescentes o alumbradas cada una por un pequeño foco para dar esa impresión. El joven, sin dejar de silbar, prueba otra vez la madera del banco. Ya no cruje. El polvo del poste del farol. Ya no tiene. Y se va, silbando, por la derecha. En su camino se topa con un Hombre y una Mujer, vestidos también a la moda de entonces. El Joven los saluda con un movimiento de cabeza).

HOMBRE:

(Al Joven). Buenas noches.

MUJER:

(Lo mismo). Buenas noches.

HOMBRE:

¡Qué tipo más raro!

MUJER:

¡Oh! (Espera a que se vaya). Lo llaman el Solitario. Siempre anda solo. Nadie lo conoce.

HOMBRE:

¡Qué de gentes más extrañas se ven en este parque!

(Por algún sitio insospechado, y como rastreando una pista, entra el Comerciante, hombre gordo, bajito y calvo, burgués perfecto, secándose el sudor de la frente con el pañuelo. Hemos de pensar que el sudor es debido bien a su constitución física o a su preocupación, pues nadie más parece sentir calor. Pero lo que más llama la atención de este nuevo personaje es que viste a la moda actual. Lleva desatado el nudo de la corbata).

COMERCIANTE:

Perdonen..... Un niño de unos ocho años, ¿no lo han visto ustedes? Con un aro. Uno de esos aros que los niños hacen rodar empujándolos con una varita, un aro..... *(Da el tamaño, que recuerda después de un gesto de vacilación, con un gesto de manos).*

HOMBRE:

No. (*Gesto de desilución del Comerciante*). Es su hijo?

COMERCIANTE:

¿Cómo? Ah, no, no. Sí. Sí. Estoy seguro de que se me esconde. Estoy seguro.

MUJER:

Mire, quizás no sea el mismo, pero me parece haber visto a un niño jugando con un aro. ¿El pelo castaño....., rizado.....?

COMERCIANTE:

¡Sí! ¡Sí!

MUJER:

Del lado del kiosko. Hace un rato.

COMERCIANTE:

O, muchas gracias. Muchas gracias. (*Mutis rápido*).

HOMBRE:

¿Ves lo que te digo? ¡Qué tipo más extraño!

MUJER:

Y qué rara su ropa, ¿lo notaste?

HOMBRE:

Sí.

MUJER:

Sigue contándome lo de la entrevista de esta mañana.

HOMBRE:

¿De veras que te interesa?

MUJER:

Claro. ¿Qué tiene de particular?

HOMBRE:

No sé.

MUJER:

A las esposas les interesa siempre todo lo que sea de sus maridos.

HOMBRE:

No me acostumbro a estar casado.

MUJER:

Pues es tiempo de que te vayas acostumbrando, porque va a durar mucho tiempo. ¿Qué te dijo el jefe entonces?

HOMBRE:

Bueno, pero sentémonos.

MUJER:

No, aquí no. Está reservada. (*El Hombre la mira sin comprender*). Los novios. La parcjita esa que viene todos los jueves a la retreta.

HOMBRE:

Pues que se sienten en otra parte.

MUJER:

No, ésta es la de ellos, aquí, apartados de la gente, en la oscuridad. Todo el mundo les respeta el sitio. Todavía no ha dado el campario las siete, ¿verdad?

HOMBRE:

(Mira su reloj). No. Pero ya las son. En mi reloj por lo menos.

MUJER:

Entonces no tardarán en llegar. Son muy puntuales. Ven, cerca del kiosko hay muchas bancas vacías. *(Van saliendo)*. ¿Qué te dijo el jefe entonces? Ya me imagino la cara que habrá puesto.

HOMBRE:

Sí. No se puede negar que lo sorprendí. Pero él, con mucha circunspección, disimulando la sorpresa.....

(Han salido. En su camino se topan con la Vendedora que viene pregonando su mercancía y que se la ofrece con un gesto al Hombre. Este, sin interrumpir su narración, deniega).

VENDEDORA:

(Se la comienza a oír desde antes de entrar. Su pregón tiene algo de lejano y melancólico). ¡Caramelos! ¡Chocolates! ¡Cigarrillos!

Niño:

(*Que la viene acompañando*). Por aquí no hay nadie, abuelita.

VENDEDORA:

Sí. Es temprano todavía. Ellos (*Los del banco*) siempre me compran.

Niño:

¿Puedo irme a jugar con Roberto ya?

VENDEDORA:

Bueno, anda, anda. Pero ven que te arregle un poco (*Se sienta en la banca para arreglarle el cuello*). No sé por qué te gusta jugar tanto con ese niño. El es rico, y los ricos..... son diferentes.

Niño:

Roberto no es rico.

VENDEDORA:

Sí, hijito, sí lo es. ¿No ves la ropa que usa? En cambio tú, mi pobrecito.....

Niño:

No es diferente.

VENDEDORA:

Ellos son felices, pueden jugar. Los pobres no podemos ser tan felices. Sobre todo, no conviene que nos acostumbremos a ser felices, como ellos. ¿Comprendes?

NIÑO:

Pero Roberto no es feliz, abuelita. Lloro.

VENDEDORA:

(*Extrañada*). ¿Robertito llora? ¿Por qué?

NIÑO:

(*Ya le han arreglado el cuello, metido la camisa, etc..... Sale corriendo, alegre*). ¡Secreto! (*Regresa*). Abuela, dame un paquetito de caramelos. (*Ella sonríe*). Dame por favor.

VENDEDORA:

Toma. (*Se lo da*).

NIÑO:

Así yo le doy caramelos y él me presta su aro. (*Sale corriendo*). (*La Vendedora lo ve irse, melancólica, pero no tarda en volver a la realidad y a su pregón mecánico*).

VENDEDORA:

(*Saliendo hacia la derecha*). ¡Caramelos! ¡Cigarrillos! ¡Chocolates! (*Fuera de escena ya, cada vez más lejos*). ¡Chocolates! ¡Cigarrillos! ¡Caramelos!

(*Momentos antes de hacerse inaudible su pregón, comienza a dar la hora un reloj de torre. Son siete campanadas, lentas, de acento grave. A las primeras campanadas, y casi simultáneamente, entran El y Ella. Uno por la derecha, el otro por la izquierda. Pero permanecen separados, cada uno*

en el extremo opuesto del escenario, y sin moverse, mirándose solamente. Terminan de sonar las siete. Se oye el silencio. Pausa).

EL:

Hola. *(No se mueve).*

ELLA:

Hola. *(No se mueve. Se miran solamente. Pausa).*

EL:

Hemos sido puntuales. Los dos.

ELLA:

Sí. *(Sonríe).*

EL:

¿Por qué te ríes de mí?

ELLA:

(Seria). No. *(Aparte).* Ahora vas a decirme que hace una noche hermosa.

EL:

Hace una noche muy hermosa.

ELLA:

Sí. *(Aparte).* “Tenía ganas de verte”.

EL:

Tenía ganas de verte.

ELLA Y EL:

(Simultáneamente). He estado esperando toda la tarde que diera el reloj las siete... *(El se da cuenta y se calla)*.

ELLA:

"...para venir. Hoy es jueves".

EL:

Te burlas de mí.

ELLA:

No. Es que... *(No sigue)*.

EL:

(Acercándosele). Si tú supieras lo que significa para mí... *(Ve que ella retrocede, no se sabe por qué, y se detiene, extrañada. Ella se da cuenta de que El se ha dado cuenta y, para desmentirse, corre a sus brazos y lo besa profusamente. El le coge la cabeza con ambas manos, ve que llora)*. Te pasa algo.

ELLA:

(Deniega). Nosotros. Tenemos años de acudir a la misma cita, a la misma hora, en el mismo sitio. De repetirnos las mismas palabras..., hasta el punto de que ya se han gastado y no significan nada. *(Cierra los ojos)*. Y da pena oírlos. Siempre lo mismo. Siempre lo mismo, que se repite y se repite. ¿No tienes la sensación de que todo se está gastando, cambiando, poco a poco, para que no nos demos cuenta? Pero yo sí me doy cuenta. De pronto he tenido la sensación... *(Lo mira. El sonríe)*. ¿No comprendes, verdad?

EL:

Te contradices: "Siempre lo mismo. Todo está cambiando".

ELLA:

Es como si se estuviera gastando todo, de tanto repetirse. Yo hasta me parece que cada vez viene menos gente al parque. Pero no es eso solamente, todo... (*Mira a su alrededor*). Esto no es real ya. ¿Cuándo has visto que eran así las flores? Parecen artificiales... (*En efecto, lo son, y sin disimularlo*). Nosotros mismos... Tú, por un instante... Yo...

EL:

Eres real para mí. Eres lo único real que existe para mí.

ELLA:

(*Comprende que El no puede comprender*). Perdona. Es sólo una sensación. Sentémonos, ¿quieres?

EL:

Yo comprendo que te sientas así. También yo, a veces, me canso, me...

ELLA:

No es eso.

EL:

Pero falta poco ya. Nos casaremos bien pronto...

ELLA:

No es eso.

EL:

Y entonces . . . , entonces seremos felices.

ELLA:

No es eso. Yo soy, ya, feliz; desde que nos conocemos. Nunca he sido tan feliz. Esta será la mejor época de mi vida, estoy segura. Siempre la recordaré como la mejor. Pero no es eso. (*El le pregunta con la mirada*). No sé. No podría explicarlo. Es sólo una sensación, te he dicho.

EL:

¿Sensación, de qué?

ELLA:

De que siempre, todos los jueves, es lo mismo. De que es el mismo jueves que se está repitiendo y repitiendo. Como si fuera un día terco que no se quisiera ir. ¡Quizás porque somos tan dichosos en él!

EL:

Te diré lo que haremos, para romper la monotonía: el próximo jueves nos citaremos en otra parte.

ELLA:

No podríamos. ¿No te digo que es un mismo día que se repite y se repite? Tal como lo vivimos la primera vez tendremos que vivirlo siempre, hasta que se gaste del todo, hasta que ya no sea real, hasta que sea como un sueño ¡Cada vez me parece menos real todo esto! La luz. (*Verde-azul, de sueño, que se ha perdido*). ¿Cuándo has visto, si no en sueños, una luz así? No es real. Quizás sea porque somos tan dichosos. ¿Verdad?

EL:

Sí. Debe ser eso.

ELLA:

Es hermoso lo que hemos hecho nosotros de esta hora. Por eso es que no quiere irse y se repite, vuelve todos los jueves, (*Sonreída*). A la misma hora.

EL:

Es una hora puntual. (*Ella ríe un poco del chiste*).

ELLA:

(*Transición*). Pero, ¿no sientes la sensación de que ella nos tiene como amarrados, de que no podríamos, aunque lo intentáramos, hacer otra cosa que esto, estar sentados aquí, o paseando alrededor, esperando que comience la música? Dime, de veras, si para el próximo jueves nos citáramos a las siete en otra parte, ¿qué harías?

EL:

Iría a esa otra parte, claro.

ELLA:

Y oyeras el reloj de la torre dar las siete, ¿podrías no venir aquí?

EL:

(*La mira*). Sí, vendría, porque te conozco, y estoy seguro de que estarías aquí.

ELLA:

Y yo, porque te conozco, sabría que ibas a pensar eso mismo que has dicho ahora, y estaría aquí esperándote. Y entonces sí que nos daríamos cuenta, ya sin ninguna duda, de que estamos presos en este día. Es mejor que no hagamos la prueba. Me daría miedo.

EL:

(*Sonreído*). A veces me parece que eres muy inteligente, pero a veces...

ELLA:

(*Afirma con la cabeza. Sonríe. Vuelta*). Mira, por ejemplo, de un momento a otro va a pasar la vendedora de caramelos.

EL:

Pasa siempre.

ELLA:

Pero yo te voy a decir el momento exacto en que va a pasar. (*Cierra los ojos. Pausa*). ¡Ahora!

VENDEDORA:

(*Su voz lejana, acercándose*). ¡Caramelos! ¡Cigarritos! ¡Chocolates! (*Entra*). ¡Chocolates! Buenas noches, parejita.

ELLA:

(*Sonriente. Es El quien ha quedado serio*). Buenas noches, señora.

VENDEDORA:

¿Un paquetito, como siempre? (*El paga*). Gracias.

ELLA:

¿Dónde está su nieto? ¿Es que no lo ha traído hoy?

VENDEDORA:

¿Pero cree usted que me iba a dejar salir sin que lo trajera? Anda por ahí, jugando. Ya sabe lo revoltoso que es. Hasta luego.

ELLA:

Hasta luego, señora.

VENDEDORA:

(*Mutis. Su voz, alejándose*). ¡Caramelos! ¡Cigarrillos!
¡Chocolates!

EL:

No tiene nada de raro. La oíste antes de que yo la pudiera oír. Eso es todo.

ELLA:

Bueno. (*Le mete un caramelo en la boca*). Ven, vamos a dar una vuelta. (*Mutis de ambos*).

(*Por el lado contrario entra una Viejecita. Es evidente que no quiere ser vista por la pareja y espera a que hayan salido del todo para acabar de entrar ella. Se sienta en el banco y teje. Viste un traje negro, sin moda. En la cabeza, un sombrero raro, de colores chillones. Después de un bre-*

ve momento, comienza a reírse para sus adentros, como si recordara algo gracioso, y a dialogar consigo misma como con sus recuerdos. Tímidamente al principio y completamente interior, pero exteriorizando su pensamiento cada vez más, hasta que al final actúa como una persona demente, o extravagante por lo menos).

VIEJECITA:

¡Je, je, je...! ¡Ji, ji, ji...! No... Sí, bueno. Había... había... (*Mira el cielo oscuro*) sol. ¡Je, je...! Así. Caramba, estas cosas son así, doña Matilde. Usted está bien, créamelo. El aire... ¿No siente usted frío? El mundo está cambiando. ¿Cuándo se ha visto que haga este frío aquí? (*Se arrebujá un poco*) Yo... toso... de noche. No me gusta. Es un cuarto horrible. No tiene ventanas. Aquí, sí. El aire. Pero, ¿tan tarde? Yo pensé..., siempre pensé que hacía sol. Sí. Todo se acaba, se gasta. El sol se está apagando. (*Alegre*). Pero usted está bien. ¡Ji, ji, ji...! (*Triste*). Sólo la luz. Me hace falta. Se ha gastado. Yo recuerdo, en cambio... ¡Uh, hace tanto tiempo! Más. Más. En el pueblo, cuando era niña. Allí sí había sol. Entonces sí. Corríamos, robábamos frutas en el huerto de don Tomás. ¡Don Tomás! (*Transición*). ¡Oh, no, don Tomás, no he sido yo! Ha sido Anita, y Juan. A mí no me gustan los marañones, ni las almendras. De veras. (*Pícara*) ¡Ji, ji, ji...! (*Transición*). Pero, ¿ya va a llover? (*Disgustada*). ¡Oh! Qué luz tan gris. Antes no. Es lo mínimo que se ha debido guardar. Deberían inventar algo. (*Transición brusca*) ¡María, ¿qué haces aquí?! (*La mano sobre el corazón*). Creí que te habías escondido para asustarme. Sí, es que ya comienza a fallarme la memoria. ¡Qué vestido tan

bonito! ¿Te lo hizo tu mamá? ¡Tanto tiempo de estar muerta y qué colores tienes, María! Oh, también yo puedo dar esos saltos. Mira, voy a dar uno... *(Se inmoviliza un instante)*. ¿Ves? ¿Viste? ¿Y el día que la tía llegó a casa..., con aquellos regalos? ¡Tía, ¿para mí?! ¡Qué lindo!

(Las flores, de grupo en grupo, comienzan a apagarse. El anuncio vuelve a latir. Todo retorna al estado calamitoso del principio).

VIEJECITA:

(Al ver desaparecer las flores). ¡Oh, oh, alguien viene! *(En efecto, entra un Policía, vestido a la moderna)*.

POLICÍA:

Buenas noches, señora.

VIEJECITA:

Buenas noches, señor policía. Ah, no; ahora son "guardias".

POLICÍA:

Es lo mismo. Ha venido usted hoy temprano.

VIEJECITA:

No. Hace tiempo que han dado ya las siete.

POLICÍA:

¿De veras? No me había dado cuenta.

VIEJECITA:

¿No oyó usted las campanadas?

POLICÍA:

¿Las campanas? ¿Qué campanadas?

VIEJECITA:

De la torre de la iglesia. Es un reloj que marcha muy bien.

POLICÍA:

Tan bien que desde que yo tengo memoria está parado.

VIEJECITA:

¿Cómo? ¿Y las campanadas? *(El Policía la mira sonriente: No hay tales campanadas).*

POLICÍA:

La ví de lejos que hablaba. Estaba usted acompañada otra vez, ¿eh?

VIEJECITA:

¡Ji, ji, ji...! No. No. Estaba sola. Tejiendo un suéter. Cada vez hace más frío allí.

POLICÍA:

Pero va a perder la vista con esta luz.

VIEJECITA:

No puedo perder lo que no tengo, hijo. Yo estoy casi ciega. Esto lo puedo hacer sin ver. Si bajo los ojos es para disimular. De usted, por ejemplo, sólo veo una mancha kaki. *(El uniforme).* Pero no es sólo que esté perdiendo la vista, es que la luz se está gastando..., porque en otros sitios, veo mejor. Aunque,

también allí, ¿sabe usted?, cada vez es más gris, más oscuro, más frío. (*Hablando consigo misma, como antes*) ¡Estás tiritando, María! ¡Qué te pasa! ¡María, ¿qué te pasa? ¡Voy a ir corriendo a avisarle a...! (*Ve al Policía. Vuelta*). Perdone. Murió. Era una primita mía. No la olvidaré nunca.

POLICÍA:

¿Por qué no habla con personas reales, señora? Seguro que tendrá gente conocida, amigos...

VIEJECITA:

Oh, sí, tengo muchas amistades: La señora Natividad, María misma, con la que algunas veces voy a jugar, antes de... aquello. Doña Matilde... Doña Matilde y yo fuimos muy amigas, ¿sabe? Oh, hablábamos mucho. Nos contábamos todo.

POLICÍA:

Ha muerto, ¿verdad?

VIEJECITA:

Sí, por supuesto. Si no, ¿cómo iba a poder verla? ¿No le digo que estoy ya casi ciega? Todos han muerto, menos yo. Pero ellos son todos muy buenos y no han querido abandonarme, dejarme sola aquí!

POLICÍA:

No está sola. Otros han ido naciendo. Como el niño ese para quien teje el suéter.

VIEJECITA:

Oh, ¿esto? Es para el nieto de la vendedora. Vestía tan mal el pobrecito.

POLICÍA:

¿La vendedora?

VIEJECITA:

De caramelos. Siempre venía a la retreta. Y él siempre me compraba un paquetito para mí.

POLICÍA:

Pero ese niño, a estas horas...

VIEJECITA:

(Detiene la labor por un breve instante). Habrá muerto también. (Se pone a tejer de nuevo, más de prisa, para ahuyentar o desmentir el pensamiento).

POLICÍA:

Para usted significa mucho este parque, ¿verdad?

VIEJECITA:

Para mí, y para muchos. No son solamente mis recuerdos los que hay aquí. Esto está lleno de gente.

POLICÍA:

Nadie más que usted viene ya por aquí. La gente va ahora al cine, a bailar..., ya nadie viene al parque. Usted solamente.

VIEJECITA:

Se habrán olvidado. Es posible. Tendrán que buscarse. Encontrarse. Como ese señor gordo, bajito, de la corbata desanudada. *(El Comerciante)*. Yo no. He tomado mis precauciones. Sé dónde debo ir a buscarme cuando llegue la hora. Aquí. Sobre todo aquí.

POLICÍA:

¿Fue aquí donde conoció a su esposo?

VIEJECITA:

No. Pero, antes de casarnos, veníamos todos los jueves, a la retreta. (*Transición*). Oh, pero no, no puedo hablar de esto. Me oirían. Ella sospecha ya. Está nerviosa. Puede vernos.

POLICÍA:

¿Quién es ella?

VIEJECITA:

Yo. Entonces. Pero, (*Pícaro*). Yo tengo mis trucos. Cuando los recuerdo hago como si pensara en otra cosa. Hago como si me preocupara por el tejido. Así los miro sin que me vean ellos. Porque ella sospecha ya. Por eso no conviene que yo esté aquí. Ni usted, señor policía. Venga, vámonos a otra parte. Vendrán por aquí apenas comience la música. Tocaban canciones tan bonitas. Como aquella de ta ra rá ta ra ra rá ra rá... (*La Violetera. Mutis de ambos*).

(*Una banda al fondo, toca la Violetera. Todo vuelve a transformarse. Entran El y Ella. Van pasando*).

ELLA:

¿Ves? Yo sabía que en el momento de llegar aquí comenzarían a tocar.

EL:

No quisiera que fueras así, sabes? Yo soy un simple mecánico, y tengo miedo de que te desilusiones cuando me conozcas mejor.

(Se oye, acercándose, el pregón de la Vendedora).

ELLA:

No digas tonterías. ¿Por qué me vas a desilusionar?

EL:

No sé. Eres tan complicada. Tienes cosas tan raras. Y yo soy muy burdo.

ELLA:

¿Quieres que te diga lo que eres? *(Cariñosa)*. Tonto. *(Han salido)*.

VENDEDORA:

(Entra. Cambia de sonrisas con Ella). ¡Caramelos! ¡Cigarrillos! ¡Chocolates!

(Entra el Comerciante, buscando secándose el sudor. Por el lado opuesto, el Niño. El Comerciante vuelve a salir).

NIÑO:

¡Abuelita...! *(Se para en seco al ver al Comerciante y espera a que éste salga. Transición)*. Mira. Es él.

VENDEDORA:

¿Quién?

NIÑO:

Ese señor. Roberto le tiene miedo.

VENDEDORA:

¿Por qué?

NIÑO:

No sé. (*Transición*). Abuelita, dame otro paquetito . . .

VENDEDORA:

¿Y el que te acabo de dar?

NIÑO:

Se acabó. Es que le doy a Roberto. (*Han Salido*).
(*Entran el Hombre y la Mujer*).

HOMBRE:

¿Quieres?

MUJER:

No. Era un capricho, un (*Subrayado*) antojo. Pero ya me pasó.

(*Ella sonríe significativamente. El la mira, pone cara de idiota y sale disparado detrás de la Vendedora*).

HOMBRE:

¡Eh, vendedora . . . ! (*Mutis*).

(*Entra el Joven. Le sonríe a la Mujer pero ésta no le hace caso. Entran el Hombre y la Vendedora*).

HOMBRE:

(A la Mujer). Escoge. Es un antojo.

VENDEDORA:

Mis felicitaciones.

MUJER:

Estos.

HOMBRE:

(Paga). ¿No estás cansada? ¿No convendrá que te sientes un rato?

MUJER:

No sé en qué estás pensando. ¿Es que no puede una tener un antojo? (*Han salido*).

VENDEDORA:

¿Cigarrillos, joven? ¿Caramelos?

JOVEN:

No.

(*A la Vendedora se le cae alguna mercancía que el Joven le recoge*).

VENDEDORA:

Muchas gracias, joven. Ya no están mis brazos para cargar con este trasto todo el día.

JOVEN:

¿Quién la podrá estar recordando a usted, pobre vieja?

VENDEDORA:

¿Cómo?

JOVEN:

Se explica que esa pareja esté aquí. Ella le va a decir que van a tener un hijo. Y eso no lo olvidarán nunca. Los novios, también. Es una viejecita. Yo la conozco. La he visto algunas veces. Pero a usted, ¿quién?

(Entra el Niño).

NIÑO:

¡Abuelita . . . !

JOVEN:

(Cae en la cuenta). Ah, es él.

(La Vendedora, mirando extrañada al Joven, hace mutis con el Niño. Entra el Comerciante).

COMERCIANTE:

Por favor, ¿no ha visto usted a un niño de unos ocho años . . . ?

JOVEN:

Usted no es de aquí, ¿verdad? *(Por lo moderno de su ropa).*

COMERCIANTE:

No, no soy de aquí. ¿Vestido . . . de azul me parece, y jugando con un aro?

JOVEN:

(Lo mira. Tarda en responder). No.

COMERCIANTE:

Se me esconde, estoy seguro. Estoy seguro. (*El Joven lo mira, sonríe*). Soy comerciante. Me llamo...

JOVEN:

No. El. Ese niño, es usted, usted mismo, ¿verdad?

COMERCIANTE:

Empiezo a dudar. Empiezo ya a ponerlo en duda. Pero, no. Lo dejé aquí. Eso lo recuerdo bien. Se me esconde. (*Cierra los ojos*). A veces estoy a punto de verlo, y de pronto oigo que sale corriendo. Me corre por la frente, por la médula...

JOVEN:

Tendrá miedo. Los niños son muy miedosos.

COMERCIANTE:

No. No es miedo. Es vergüenza. Yo creo que es vergüenza. Se avergüenza de mí.

JOVEN:

(*Como si eso lo explicara todo*). ¡Ah!

COMERCIANTE:

Se equivoca usted. No soy un hombre malo. Soy... comerciante. Pero él tenía no sé qué ideas. Usted conoce a los niños. Quería ser músico. Como los de la banda. Usted comprenderá que ser músico, en estos tiempos... Tuve que abandonar esa idea.

JOVEN:

(*Lo sigue comprendiendo todo*). Sí.

COMERCIANTE:

Pero él no comprende.

JOVEN:

No podrá comprender. Los niños..., ya se sabe. Debió usted habérselo explicado, con razones, con ejemplos. Hay uno muy a propósito, de la hormiga que se pasa el verano almacenando alimentos para el invierno, y la cigarra, que se la pasa cantando. Digo que es a propósito porque como la cigarra canta, tiene algo de músico. Es poeta, la cigarra. (*Baja la cabeza y medita un poco. También él es poeta. Vuelta a la ironía*). La hormiga no, la hormiga vale mucho más.

COMERCIANTE:

Debí haber hecho muchas cosas.

JOVEN:

Todavía puede hacerlo. Convénzalo usted. Después de todo, ser hormiga no es tan despreciable, ¿no?

COMERCIANTE:

(*Demasiado preocupado para darse cuenta de la ironía*). Ya no hay tiempo. Además, se me esconde. No lo encuentro. ¡Y tengo que encontrarlo, señor!

JOVEN:

¿Por qué?

COMERCIANTE:

Yo no sé qué hay después de la vida, o si siquiera hay algo. Pero, lo necesito a él. No se me juzgaría con justicia si no va él conmigo. ¡También yo he tenido mis ideales! ¿Comprende?

JOVEN:

Perfectamente.

COMERCIANTE:

¿Qué me aconseja que haga?

JOVEN:

No sé. Váyase a su casa.

COMERCIANTE:

¡Estoy muriéndome en mi casa! Creen que estoy inconsciente. Me oyen algunas de estas palabras que le estoy diciendo a usted, aquí, pero ellos dicen que es delirio. La fiebre, ¿sabe? (*Se seca el sudor*). Yo también los oigo, y ellos no lo saben. (*Escucha*). ¿Ve usted? ¿Oye? Mi mujer le pregunta al doctor cómo me encuentra. Y él le dice... (*Se frota las orejas*). Ya no se oye. Me zumban los oídos. ¡Estoy muriéndome! ¡Voy a morirme de un momento a otro! (*Inicia el mutis*). ¡Y tengo..., tengo que encontrarlo, antes de...! (*Ha salido*).

(*Entran los novios*).

JOVEN:

(*Les cede el banco*). Siéntense, siéntense. Me iba yo. (*Mutis*).

ELLA:

Por lo menos, no me negarás que cada vez viene menos gente.

EL:

Sí, es verdad.

ELLA:

Es curioso. Porque siendo el mismo día, debería venir la misma gente, ¿no?

EL:

Yo no sé. Yo... no te comprendo. Ya te he dicho que soy muy burdo. Yo... te quiero solamente. *(Pausa)*.

ELLA:

También yo. *(Se besan)*. ¡Oh, si pudiéramos guardar este día para siempre! ¡Clavarlo! *(Transición)*. ¿Te has dado cuenta de lo que acabo de decir? “Si pudiéramos guardar este día para siempre. Clavarlo”. Seguramente dije eso mismo la primera vez que lo vivimos y se ha cumplido mi deseo. ¡Ya no podemos salir nunca de aquí!

EL:

Aquí estamos juntos.

ELLA:

Sí. Estoy nerviosa. Perdona.

EL:

A pesar de que sé que cuando nos casemos seremos más felices, no me importaría quedarme aquí siempre. Quiero decir, que fuera cierto eso que tú dices.

ELLA:

¿Toda la eternidad? Te aburrirías de mí.

EL:

No. Tú sí, seguramente.

ELLA:

No. Es de veras que te quiero. ¿Es de veras que soy feliz contigo. Es que... Ya me ha pasado. ¿Te cuento un chiste?

EL:

Bueno.

VIEJECITA:

Pues, un hombre que no había visto nunca el mar, cuando lo ve, dice: ¡Cuánta agua! Sí, le dice otro, y eso que sólo se ve la de encima. (*El no ríe*). Lo he contado mal. Es más largo. No me mires así, por favor.

EL:

Perdona.

ELLA:

Cuéntame tú uno.

EL:

Yo no sé chistes.

ELLA:

¡Brrr! Hace frío. Qué brisa más fresca se ha levantado. Viene del mar, seguramente. Me gustan los veranos. El viento.

EL:

Eres muy bonita. (*Pausa*).

ELLA:

Me sé otro, muy bueno. ¿Quieres que te lo cuente?

EL:

Bueno.

ELLA:

No.

(*Música. Se miran*).

ELLA:

Sería tan bonito, que fuera eterno este momento. Por lo menos vivirá mientras yo viva. Será mi mejor recuerdo. Siento como si me miraran. Quizás sean las estrellas. (*Las ve*). O Dios. (*Gesto de El. Ella lo detiene*). Piensa bien lo que vas a decir, quedará grabado para siempre. (*Pausa. El la besa*). De rosas fueron, lámparas sin tela, los árboles, la música, el treinta y cuatro y medio. El color amarillo. Y esta piedrecita. (*Que recoge del suelo*).

EL:

¿Qué dices?

ELLA:

Nada. Palabras sin sentido. Para recordarlas también a ellas. Me siento tan generosa. Mira, (*La piedrecita*) te condeno a que la recuerdes siempre. Las cosas importantes las recuerda todo el mundo, no conocen el olvido, pero, estas cositas... Pobrecitas. Mirala..., recuérdala.

EL:

Bueno. La recordaré.

ELLA:

¡Qué vas a recordar! A lo mejor te olvidas hasta de mí, hasta de este momento.

EL:

Nunca.

ELLA:

Yo sí que no lo olvidaré. Nada. No dejaré que se me escape ni un solo detalle, ni un solo instante. Ni uno solo. Los guardaré, presos, para siempre. No pasará el tiempo en mi memoria. Será jueves todos los días, hasta que me muera. Y allí te veré, y me veré, como estamos ahora. Y me seguirá dando risa tu manera de peinarte. (*Lo despeina, cariñosa. Vuelve a peinarlo con la mano*). Te miraré, tal y como te estoy mirando ahora. Y me miraré a mi misma, como soy ahora, porque en mi memoria no pasará... (*Se ha oído. Cae en la cuenta de lo que dice y la invade el temor, pero se deja seguir hablando para oírse*). El tiempo. Siempre será jueves, el mismo día que se repetirá y se repetirá, y lo estaré mirando... ¡Ah! (*Se tapa la boca con la mano, angustiada, e inicia rápidamente el mutis*).

EL:

¿Qué te pasa?

ELLA:

(Se detiene y se vuelve, pero no hacia El, sino hacia algún punto determinado donde fija la atención). ¡Siento como si me estuvieran mirando! (Mutis rápido. El sale detrás de Ella).

(Todo se hace viejo otra vez. Entran el Policía y el Arquitecto. Este viste también a la moderna, por supuesto).

POLICÍA:

No, no está aquí.

ARQUITECTO:

Y dice usted que viene...

POLICÍA:

Todos los días, alrededor de las siete. Es el único consuelo que debe tener la pobre.

ARQUITECTO:

Ya se ha de haber ido. Creo que lo mejor es cerrar las verjas de una vez.

POLICÍA:

No, estoy seguro de que todavía anda por aquí. Podría quedar encerrada. Le dará mucha pena cuando vea que se destruye todo esto. ¿No puede usted esperar a que se vaya ella por su cuenta? Tendríamos que decirle por qué hoy se cierran las verjas del parque tan temprano.

ARQUITECTO:

Le ha cogido usted mucho cariño a esa señora, por lo que veo. Aunque no le dijéramos nada, lo sabría mañana cuando venga y se encuentre a los obreros trabajando. Desde afuera, porque no la dejarán entrar.

POLICÍA:

Sí. Pobre.

ARQUITECTO:

No puedo yo creer que no tenga familia..., algún pariente lejano...

POLICÍA:

Pero es cierto. Vive sola en una habitación vieja. No tiene a nadie.

ARQUITECTO:

Hay asilos para esa clase de gente.

POLICÍA:

Sí. Supongo. *(Pausa)*. Algunas veces, de tanto oírle sus historias de aquellos tiempos, también a mí me ha parecido oír voces, pregones, música, en este parque viejo.

ARQUITECTO:

Me habría interesado conocerla. *(Consulta su reloj)*. Mire usted, yo...

(El policía se ha acercado al sitio desde donde creía Ella que la miraban).

POLICÍA:

Señora, ¿qué hace usted ahí, escondida?

VIEJECITA:

¡Chh! *(Se asoma, ve que se han ido ya los novios y sale)*.

POLICÍA:

Quiero presentarle al señor arquitecto del Municipio. Le he hablado mucho de usted y quiere conocerla.

ARQUITECTO:

Encantado.

VIEJECITA:

¿Eh?

ARQUITECTO:

Que tengo mucho gusto en conocerla.

VIEJECITA:

Ah, ah, muchas gracias. Es usted muy amable. Muy amable. Como el señor policía... No, el señor guardia. Ahora les llaman guardias, ¿sabe usted?

ARQUITECTO:

Sí, señora, lo sé.

VIEJECITA:

¡Oh, pero debemos irnos de aquí! Van a pasar de nuevo.

POLICÍA:

Cálmese, señora.

VIEJECITA:

(Ve lo ruinoso de todo). Es verdad. No me había dado cuenta. *(Inicia el mutis)*.

POLICÍA:

¿Quiere que le ayude a cruzar la calle?

VIEJECITA:

(Cae en la cuenta de que se iba y regresa sobre sus sus pasos). No. No. Es muy temprano todavía. Todavía no puedo irme.

ARQUITECTO:

Sin embargo, señora, hoy se va a cerrar el parque más temprano que de costumbre... *(Iba a decirse lo pero se arrepiente)*. ¿Qué piensa usted hacer cuando se decidan por fin a destruir este parque?

VIEJECITA:

¿Cómo?

ARQUITECTO:

Cuando edifiquen casas aquí. Tarde o temprano lo harán, sin duda.

VIEJECITA:

Estaré muerta para entonces. Sería horrible, ¿verdad? Oír dar las siete y no poder venir. Separarme así. Sería como si me hirieran, como si me cortaran en dos. No poder venir a buscarlos cuando... *(Piensa un*

momento en ello). No. Además, no harán eso que dice usted. Los parques son necesarios en las ciudades. Para que la gente tenga donde pasearse, para que jueguen los niños...

ARQUITECTO:

Aquí ya no viene nadie, señora.

VIEJECITA:

Porque usted no los ve. Pero vienen, vienen. Y es tan hermoso ver esto lleno de gente... Aunque cada vez vienen menos, es cierto. O será que es mi memoria la que está fallándome y ya no los recuerdo. No sé.

ARQUITECTO:

¿Y usted conoce a esa gente?

VIEJECITA:

A algunos de ellos, sí.

ARQUITECTO:

¿Son... amigos de usted, le hablan?

VIEJECITA:

¡Qué pregunta! ¡Ji, ji, ji...!

POLICÍA:

(Al Arquitecto). Venía con su esposo.

VIEJECITA:

No, no. No nos habíamos casado todavía. A él, de esposo, lo recuerdo menos. Se hizo muy mal genio con

el tiempo. Me regañaba cada vez que me veía distraída, recordando. Porque, ya desde entonces, ¿sabe usted? Hasta que murió, y pude dedicarme de lleno a revivir los días de nuestra juventud, a agarrarlos, tenderles la mano, para que no se vayan, como se va todo. Y es lo que hago. Ya me da un poco de vergüenza. Cambia una tanto con el tiempo, ¿verdad? Por eso me da vergüenza que me vean, y tengo que recordarlos a escondidas, disimulando. Pero, tengo que hacerlo, si no, desaparecerían. Porque ellos sólo me tienen a mí. Yo tengo a Dios, pero ellos sólo me tienen a mí. Uy, qué vergüenza me dará el día en que me les tenga que presentar. No sé qué les diré, qué cara pondré, Dios mío. *(Pausa)*. Hace frío.

ARQUITECTO:

Señora, ya es tarde y... *(Mira su reloj, impaciente)*.

POLICÍA:

Y le puede hacer daño. Ha refrescado mucho. ¿Por qué no se va ya a su casa?

VIEJECITA:

Bueno. Me iré.

POLICÍA:

La ayudaré a...

VIEJECITA:

No. No. Prefiero..., prefiero irme sola. Gracias. Buenas noches. Hasta mañana. Porque mañana es jueves. También mañana será jueves.

POLICÍA:

Hasta mañana, señora.

VIEJECITA:

¿Como es que era? Ah, sí: De rosas fueron, lámparas sin tela, los árboles, el treinta y cuatro y medio. El color amarillo. —¿Ve usted? Lo recuerdo. —La piedrecita. Menos mal que me encontró a mí. Si no, ¿dónde estaría a estas horas? *(Inicia el mutis)*. Ah, sí, y la música. Ta ra rá ta ra ra rá ra rá... *(La Violeta. Mutis)*.

(Poco a poco se deja oír la banda que recoge y continúa la melodía. Cesa el anuncio, corazón del tiempo, y todo vuelve a adquirir el aspecto mágico, pero ni el Arquitecto ni el Policía se aperciben de nada de ello).

POLICÍA:

Va hablando sola. ¿Ve usted cómo se detiene de vez en cuando? Va recordando. Allí donde usted la ve está ya casi ciega. El camino lo conoce de memoria.

(Entran el Hombre y la Mujer).

VENDEDORA:

(Acercándose). ¡Caramelos! ¡Cigarrillos! ¡Chocolates!

POLICÍA:

(Siguiendo a la Viejecita con la mirada). Le aseguro a usted que hay noches en que a mí también me parece oír pasos de gente que se pasea, y música..., como viniendo... de otro mundo.

ARQUITECTO:

(Irónico). Sí, sí, veo que le ha contagiado. En fin, desde mañana lo que se oirá son los taladros. Venga, vamos a cumplir con el requisito de cerrar esto oficialmente.

(Se oye que un automóvil pita insistentemente).

POLICÍA:

(Que está viendo) ¡Cuidado . . . !

(El automóvil frena: se oye el chirrido de las llantas).

POLICÍA:

¡Mire . . . ! ¡La ha atropellado!

(Mutis de ambos que salen corriendo a socorrerla).

HOMBRE:

Siéntate. Te puede hacer daño caminar tanto.

MUJER:

No, ya te he dicho que aquí no.

HOMBRE:

¡Las bancas son públicas!

MUJER:

(A la Vendedora, que entra en esos momentos). ¿Verdad, señora, que esta banca es propiedad privada?

VENDEDORA:

Je, je . . . Casi. Pero se han ido ya.

MUJER:

(Se sienta). ¿Tan temprano?

VENDEDORA:

Sí. Los han venido a buscar. Una viejecita. Es curioso . . . Es la primera vez . . . Mírelos, allá van, cruzan la calle ahora.

MUJER:

Ya no los veremos hasta el próximo jueves.

JOVEN:

(Entrando). No. A esos ya no los veremos nunca.

(Entra el Niño).

JOVEN:

(Al Niño). Se fue con el comerciante el niño con quien jugabas, ¿verdad? *(El Niño, medroso, no responde).* El señor ese gordo, de corbata desatada . . . *(El Niño asiente con un leve gesto).* Está bien. Se lo merecía. *(Sonreído).* Nos vamos quedando solos. Mejor dicho: Nos hemos quedado solos.

(La Vendedora y la Mujer se cruzan gestos significando con ellos que el Joven está loco. Poco a poco, sin embargo, van cayendo en la cuenta de que lo que dice es verdad. La Vendedora reaccionará inmovilizándose, apretando contra sí, como para defenderlo, a su nieto. La reacción de la Mujer es de un histerismo mudo).

JOVEN:

(Continuando sin interrupción. Sonriente, disimulando así su verdadero estado de ánimo). Todo el mundo se va en estos momentos. También a ellos los recordaba la vieja. Eran el fondo, el marco de la pareja. Se borran, miren. *(Sólo la Mujer mira).* Menos nosotros. Nosotros tenemos vida propia. Quiero decir, pertenecemos a otros. A otros que no han venido a buscarnos, no sé por qué. Por lo menos en mi caso. Y que ya no vendrán. Han cerrado el parque. Van a edificar aquí. Por eso les hablo, ya es hora de que lo sepan. Pero no, no teman, a éste no le pasará nada. Es el otro, el viejo. Sólo que, naturalmente, al destruir el otro, cerrarán toda posibilidad de que nos vengan a buscar. *(La música cesa poco a poco, pero como alejándose).* También la música se va. Se la lleva la vieja. *(Silencio).* ¿Oyen el silencio? ¿Y ven esa como neblina que comienza a formarse? es la eternidad.

(El efecto de la neblina que lo invade todo lentamente debe sugerirse apenas, levisísimamente, y esto exclusivamente por medios luminotécnicos. La Mujer no puede retener un pequeño gemido, se levanta).

HOMBRE:

(Un poco disgustado, al Joven). ¿Qué le pasa a usted?

MUJER:

¡Vente, vámonos de aquí! *(Hace mutis con el Hombre).*

VENDEDORA:

¡Señora, por Dios!

JOVEN:

(Pausa. Mira a la Vendedora). El es un Dios de vivos. De nada nos sirve a nosotros.

VENDEDORA:

Es usted un loco sin conciencia. Ha asustado a esa señora que espera un niño.

JOVEN:

Niña. Los conozco. Se han divorciado, se han casado de nuevo, han envejecido. Ya no se reconocerían si se vieran. Se recuerdan, sí, alguna que otra vez. Pero no lo suficiente para venir a buscarse. Y si ahora intentaran hacerlo, ya no podrían. Pero no lo intentarán. Ya le digo que los conozco, los he visto en algunas de mis salidas. Me he interesado por ellos. En un principio tuve la intención de decirles..., recordarles... Pero no valía la pena. A usted sí no la he visto nunca. Usted ya estará muerta, por supuesto. Es este niño, o, este hombre, mejor dicho, el que la recuerda. Pero quién sabe dónde pueda estar... (*Esta mirando al Niño*). En un país lejano..., en una cárcel... Lo cierto es que él tampoco ha venido.

(*Regresa el Hombre y la Mujer, ella cabisbaja y llorando*).

JOVEN:

(*Empieza a ponerse serio*). Les dije que habían cerrado. ¿Que qué vamos a hacer ahora? No sé. Podríamos aullar, como lobos. Podríamos hacernos fantasmas del parque... No..., lo van a destruir. Gastarnos. Pero, ¿cómo? ¿Ven ustedes? Ahora comienza. (*La vendedo-*

ra lo interroga con la mirada). ¿Que quién soy yo? Qué más da. Uno de ustedes, un olvidado. Por mis ideas, mis proyectos... poco lucrativos, supongo. He salido muchas veces, me he buscado... Y nada. Nunca he podido averiguar qué fue de mí. Aunque estoy seguro de que me he visto. (Mira al público directamente y completamente serio, trágico). Que me ve. Y no me reconoce.

(Está mirando al público mientras cae, despacio, el

TELON

I N D I C E

	Pág.
CAIFAS	7
Prólogo	11
Primer acto	29
Segundo acto	53
Tercer acto	73
ENEMIGOS	99
Primer acto	103
Segundo acto	133
EL MENDIGO Y EL AVARO	165
Acto único	169
LA VENGANZA	231
Acto único	
Primera escena	235
Segunda escena	243
Tercera escena	273
LA RETRETA	275
Acto único	279

Se terminó de imprimir
en el mes de febrero de 1972,
en los Talleres Gráficos de

Trejos Hermanos

habiéndose hecho un tiraje de 3.000 ejemplares
en papel periódico satinado.



COLECCION SEPTIMO DIA

José de Jesús Martínez nació en Nicaragua en 1929 pero desde hace mucho tiempo vive en Panamá, cuya ciudadanía ha adoptado. Hombre de muchas facetas, estudió Filosofía en Madrid, Matemáticas en París y Munich; instructor profesional de aviación, cadete de marina, profesor universitario; ha escrito poesía, ensayo y sobre todo teatro, género este donde se destaca como uno de los más importantes dramaturgos centroamericanos.

Las piezas incluidas en este volumen, constituyen una verdadera antología personal del autor y se recogen por primera vez en forma conjunta.



**EDITORIAL UNIVERSITARIA
CENTROAMERICANA
(EDUCA)**